

Oswald Wirth

EL LIBRO DEL APRENDIZ

*Manual de Instrucción Iniciática para el uso de los
Francmasones del Primer Grado*

1894



BIBLIOTECA UPASIKA

www.upasika.com

ÍNDICE

Nota, *página 4.*

A los Nuevos Iniciados, *página 5.*

Interrogaciones Ritualísticas a los Hermanos Visitadores, *página 6.*

Conocimientos Filosóficos sobre la Historia General de la Francmasonería, *página 8.*

La Situación Masónica en 1920, *página 48.*

Masonería Extranjera, *página 56.*

Porvenir de la Francmasonería, *página 65.*

La Iniciación Masónica, *página 66.*

Concepciones Filosóficas Relativas al Ritualismo del Grado de Aprendiz, *página 78.*

Deberes del Aprendiz Masón, *página 81.*

Catecismo Interpretativo del Grado de Aprendiz, *página 85.*

Primeros Elementos de la Filosofía Iniciática, *página 92.*



**El aprendiz delante de la piedra bruta que debe
Pulir con ayuda del Cincel y el Martillo**

NOTA

El presente manual fue editado en francés por su autor en 1894 y reeditado en 1908 y en 1920.

La Gran Logia de Chile obtuvo del autor, ilustre hermano Wirth, autorización para verterlo al castellano e introducirle pequeñas modificaciones necesarias para adaptarlo al Rito Escocés Antiguo y Aceptado y para hacer más extensas las noticias históricas sobre la Orden en Chile.

Igual autorización fue concedida para los Manuales del Compañero y del Maestro.

El convenio suscrito con el hermano Wirth reserva a la Gran Logia de Chile la exclusividad de la edición castellana para toda la América Latina.

La generosa y fraternal actitud del hermano Wirth compromete hondamente la gratitud de todos los masones chilenos, que encontrarán en este Manual sabias y provechosas enseñanzas masónicas, debidas a la singular preparación del autor.

Finalmente debe agradecerse la cooperación que han prestado en esta traducción los hermanos E. G. M. de la Logia 62 y P. L. E. de la Logia 50, que han hecho gran parte del trabajo revisado por el Departamento del Rito y Simbolismo de la Gran Secretaría General de la Gran Logia de Chile.

EL LIBRO DEL APRENDIZ

A LOS NUEVOS INICIADOS

QQ.: HH.::

Al iniciaros en sus Misterios, la Francmasonería ha querido hacer de vosotros hombres escogidos, sabios o pensadores, elevándoos por sobre la masa de los seres que en nada piensan.

No pensar, es consentir en ser dominado, conducido, dirigido y tratado comúnmente como una bestia de carga.

Es por sus facultades intelectuales que el hombre se distingue del bruto. El pensamiento lo vuelve libre, y le da el imperio del mundo.

Pensar es reinar.

Pero el Pensador ha sido siempre una excepción.

En otro tiempo cuando el hombre tuvo ocasión de abandonarse al recogimiento, se perdió en el sueño; en nuestros días, cae en un exceso contrario; la lucha por la vida lo absorbe, hasta el punto que no le queda tiempo para meditar con calma y cultivar el Arte supremo del Pensar. Pues, este Arte, llamado el Gran Arte, el Arte Real o el Arte por excelencia, le corresponde a la Francmasonería el hacerlo revivir entre nosotros.

La intelectualidad humana no puede continuar debatiéndose entre dos enseñanzas que excluyen la una y la otra el pensamiento: entre la Iglesia, basada en la fe ciega; y las escuelas, que sentencian los dogmas de nuestras nuevas creencias científicas.

Ahora que todo conspira para evitar a nuestros contemporáneos la pena de pensar, es indispensable que una institución poderosa haga revivir el estandarte de las tradiciones que se olvidan.

Nos faltan pensadores, y no es nuestra enseñanza universitaria la que puede formarlos.

El pensador no es el hombre que sabe mucho. No debe tener la memoria sobrecargada de recuerdos embarazosos. Es un espíritu libre, que no tiene necesidad ni de catequizar ni de adoctrinar.

El pensador se forma por sí solo, es hijo de sus obras. La Francmasonería lo sabe, y evita inculcarle dogmas. Contrariamente a las Religiones, no pretende estar en posesión de la verdad. La Masonería no sólo se limita a ponerlo en guardia contra los errores (el error), sino que además se afana en que cada uno busque la Verdad, la Justicia y la Belleza.

La Francmasonería repudia la fraseología y las fórmulas, con las cuales los espíritus vulgares se enseñorean para engalanarse de todos los oropeles de un falso saber. Quiere obligar a sus adeptos a pensar y da, en consecuencia, su enseñanza bajo el velo de las alegorías y de los símbolos. Invita, asimismo, a reflexionar a fin de que se apliquen a comprender y a descubrir.

INTERROGACIONES RITUALISTICAS A LOS HERMANOS VISITADORES

Cuando un masón desea tomar parte en los trabajos de una Logia, no se le permite la entrada sino después de retejado por el hermano Experto.

Al entrar, ejecuta la marcha y los saludos de costumbre y después permanece de pie y al orden hasta que sea invitado a tomar asiento.

En esta ocasión, el Venerable Maestro podrá formular al hermano visitador, las preguntas siguientes, a las que deberá saber responder:

P.- Hermano mío, ¿de dónde venís?.

R.- De la Logia San Juan, Venerable Maestro.

P.- ¿Qué se hace en la Logia San Juan?.

R.- Se elevan templos a la virtud y se cavan sepulcros a los vicios.

P.- ¿Qué traéis de allí?.

R.- Salud, prosperidad y buena acogida a todos los hermanos.

P.- ¿Qué venís a hacer aquí?.

R.- A vencer mis pasiones, dominar mi voluntad y hacer nuevos progresos en la Masonería.

El Venerable Maestro. - Tomad asiento hermano mío y sed bienvenido a este Taller que recibe con reconocimiento el concurso de vuestras luces.

Los autores que han estudiado la Francmasonería en su esoterismo, es decir en su enseñanza oculta, han insistido mucho sobre la importancia de la pregunta ¿de dónde venís?.

Ella debe ser tomada por el pensador en su sentido más elevado y conducirlo al problema del origen de las cosas.

El aprendiz debe averiguar de dónde venimos, como el compañero deberá preguntarse ¿qué somos? y el maestro ¿a dónde vamos?.

Estas tres cuestiones encierran el eterno enigma que toda ciencia y toda filosofía tratan continuamente de resolver.

Nuestros esfuerzos no pueden llevarnos sino a soluciones provisionarias, destinadas a apaciguar momentáneamente nuestra sed de curiosidad. Pero pronto concebimos la fragilidad de las respuestas con las que nos hemos contentado y buscamos siempre sin perder nunca la ilusión y creyendo que hemos encontrado.

Semejante al legendario Judío Errante, el espíritu humano marcha siempre. Pero cuando los hombres se agrupan entre ellos, su vínculo social descansa esencialmente en ideas que se hacen del pasado, del presente y del porvenir de las cosas.

El pensador está obligado a esclarecer este punto de vista de sus contemporáneos. Como Edipo, debe saber responder las interrogaciones de la Esfinge, a menos que, a

imitación de Hércules, sepa engañar el hambre de Cerbero lanzando manotadas de tierra en el triple hocico del guardián de los Infiernos.

La pregunta ¿de dónde venís?, no tiene únicamente un alcance filosófico: el Ritual responde a ella llevándonos a la Historia de la Francmasonería. Nuestra institución deriva, en efecto, de las confraternidades de San Juan, título que llevaban en la Edad Media las corporaciones de constructores a las que debemos todas las obras maestras de la arquitectura ojival.

Se ha querido ver, además, en San Juan al dios Janus de los latinos. Este Dios de doble cara simbolizaba el principio permanente para el cual el pasado y el futuro no son sino uno. Su imagen debe incitar a los masones a mirar hacia atrás, al mismo tiempo que hacia adelante; porque, para preparar el progreso de la humanidad, es necesario no olvidar las lecciones de la historia.

CONOCIMIENTOS FILOSÓFICOS SOBRE LA HISTORIA GENERAL DE LA FRANCMASONERÍA

Consideraciones Preliminares

Ciertas ideas son susceptibles de ejercer una especial atracción sobre los individuos aislados. Ellas los agrupan, formando, así el eje intelectual de una asociación. Pero estas asociaciones no pueden constituirse por grupos desprovistos de toda estabilidad y de toda cohesión. Una conglomeración de individualidades diversas no puede transformarse en algo permanente, sino por medio de una ley orgánica que instituya la vida colectiva.

En toda asociación, es necesario distinguir la idea y la forma.

La Idea o el Espíritu obra como un generador abstracto:

Es el Padre de la colectividad, donde la Madre está representada por el principio plástico que le da su forma.

Estos dos elementos de Generación y de Organización están representados en la Masonería por dos columnas, donde la primera (masculino - activo) hace alusión a aquello que establece y funda, mientras que la segunda (femenino - pasivo) se refiere a aquello que consolida y mantiene.

El historiador que conoce las luces de la filosofía no puede hacer abstracción de estos dos factores esenciales. Para él, los anales de nuestra institución se remontan más allá del año 1717, fecha de la fundación de la Francmasonería moderna; porque las ideas que ahora consiguen tomar cuerpo, en tiempos anteriores dieron lugar a numerosas tentativas de creaciones similares.

Una colectividad que se funda, por otra parte, no sabría improvisar su organización. Todo Ser se constituye en conformidad a su especie, se beneficia por la experiencia ancestral. Todo nuevo Ser, viene a ser así el heredero de una raza antigua que revive en él, como ha vivido él mismo en toda la cadena de sus antecesores.

Desde este punto de vista, es permitido asignar a la Francmasonería un origen muy antiguo, ya que se asemeja a todas las confraternidades de iniciados del pasado.

Pero parece haber salido de las primeras asociaciones de constructores, como puede juzgarse, por la circunstancia de haber dado nacimiento al Arte de Edificar.

Los Orígenes de la Masonería

La Francmasonería no se dedica hoy día, a los trabajos materiales, pero deriva de una confederación de picapedreros y arquitectos, cuyas ramificaciones se extendieron en la Edad Media sobre toda la Europa occidental, transmitiéndose el secreto de su arte. Esos constructores se conformaban con los usos antiguos. Practicaban los ritos de los iniciados, que las leyendas corporativas hacen remontar a la más remota antigüedad.

Debemos guardarnos de tomar a la letra estas tradiciones ingenuas. Tienen mucho de mitológicas y a menudo un sentido alegórico. (Según una de estas leyendas, Adán habría

sido recibido Masón conforme a los ritos de la Orden del Paraíso por el Padre Eterno). Es una manera de decir que la Francmasonería ha existido siempre, si no realmente, por lo menos en estado latente, es decir, que ella responde a una necesidad primordial del espíritu humano.

Pero es necesario reflexionar sobre la influencia ejercida primitivamente por el arte de construir, para formarse una idea justa del rol civilizador que las más antiguas asociaciones han jugado necesariamente.

Estas asociaciones se constituyeron, desde el momento en que la Arquitectura se convirtió en un Arte. Fueron llamadas, sin duda, a construir desde luego, los muros de las ciudades antiguas. Estas murallas de defensas, construidas con piedras talladas, no han podido ser, sino obras de obreros ejercitados y agrupados en tribus.

No han podido estar, estos artesanos, sino que asociados y esto por dos razones: desde luego, porque, toda construcción importante, no puede ser obra de individuos aislados, y en seguida, porque la práctica del arte de construir exige una iniciación profesional.

Es entonces evidente, que, desde los tiempos más remotos, los Masones han formado grupos corporativos y que, por la fuerza misma de las cosas, se han dividido en aprendices, compañeros y maestros.

En cuanto a su misión civilizadora, se manifiesta bajo un doble punto de vista: por una parte, las ciudades protegidas contra los asaltos de la brutalidad, de la barbarie, por sólidas murallas, se convirtieron en centros de las actividades, en asilos inviolables, reservados a una fracción más cultivada que las multitudes de fuera; por otro lado, los Masones dieron el ejemplo de asociarse en vista de un trabajo común.

Puede, así, afirmarse que la Arquitectura es la madre de toda civilización, y es, a justo título, que los antiguos Masones consideraban su arte, como el primero y el más estimable de todos.

El Arte Sagrado

Primitivamente todo revestía un carácter sagrado; pero el arte de construir estaba más particularmente rodeado de un carácter divino. Los hombres que a él se dedicaban ejercían un sacerdocio. Eran sacerdotes a su manera. Tallando las piedras y arreglándolas para construir los edificios, creían rendir un culto a la divinidad.

Toda construcción útil era santa, destruirla era un sacrilegio, y las más antiguas inscripciones amenazaban con la venganza divina al hombre impío que destruyera o atacara los monumentos.

Los constructores tenían una religión propia, enteramente basada en el arte de construir. El Universo era, a sus ojos, una inmensa cantera de construcción donde cada ser estaba llamado a contribuir con sus esfuerzos a la edificación de un monumento único. Figurábase un trabajo incesante, que no había comenzado jamás y no debía terminar nunca, pero que construía por todas partes, según las indicaciones de un mismo plan. De ahí viene la idea de La Gran Obra, dedicada a la construcción de un Templo Ideal, cada vez más y más perfecto. De ahí el uso tradicional entre los Masones de Consagrar sus trabajos A.: L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.:.

Primeros Datos Históricos

Nosotros no conocemos más que noticias precarias sobre las más antiguas corporaciones constructoras de los pueblos del Oriente. Pero es singular el encontrar en las escrituras acadias el A como signo de la sílaba (Bou)... que significa Hacer, Construir. Si ésto no es más que una simple coincidencia, es de todas maneras significativo y los Masones apasionados podrán ver en ésto, un indicio de la remota antigüedad de su símbolo, pues, los monumentos Caldeos, donde se les encuentra se remontan a más de 4.500 años antes de nuestra era.

Los autores desconocidos de los más antiguos libros sagrados de la China, no ignoraban, desde luego, el valor simbólico del compás y de la escuadra, insignias del sabio, que poseía el secreto y sabía conducirse conforme a las instrucciones del Primer Constructor.

En Egipto, el sacerdote enseñaba las ciencias y las artes. Ciertos hierofantes se especializaban en la Ingeniería y la Arquitectura. Los artesanos puestos a sus órdenes no tenían derecho a ninguna iniciativa.

Los Escultores y talladores de piedras, fueron más libres en Siria. Formaron asociaciones religiosas que recorrieron toda el Asia Menor, para erigir por todas partes templos, según la conveniencia de los diferentes cultos.

Es así que, por allá por el año 1000 antes de Jesucristo, Hiram, rey de Tiro, pudo enviar a Salomón los obreros necesarios a la construcción del templo de Jerusalem, del palacio real y de los muros de la ciudad. Estos mismos constructores tomaron parte igualmente, en la fundación de Palmira.

Más tarde la Arquitectura era ejercitada en toda la Grecia por los Pontífices de Dionisios y Numa Pompilio perfeccionó sus organizaciones por allá por el año 715 antes de la era Cristiana.

La legislación romana constituyó los Colegios de Constructores, encargados de ejecutar todos los trabajos públicos. Estas corporaciones tenían su autonomía y la ley les garantizaba numerosos privilegios. Cada una de ellas practicaba sus ceremonias religiosas particulares, apropiadas a los oficios que ejercitaban sus miembros. Estos ejercitaban todas las profesiones necesarias a la arquitectura religiosa, civil, militar, naval e hidráulica.

Estas laboriosas confraternidades, se esparcieron por todo el imperio. Seguían la marcha de las legiones romanas para construir los puentes, los caminos, los acueductos, los campos atrincherados, las ciudades, los templos, los *anfiteatros*, etc. En fin, ellos contribuían a civilizar a los pueblos vencidos, instruyéndolos en las artes de la paz. Subsistieron florecientes hasta la invasión de los bárbaros.

En el siglo tercero, Teofastro nos los describe en los siguientes términos: “Según las tradiciones de la estatuaria antigua, los escultores y talladores de piedra, viajaban de un lado al otro de la tierra con los útiles necesarios para trabajar el mármol, el marfil, la madera, el oro y los otros metales. La materia informe les abatecía para elevar los templos, según modelos divinos.

El Cristianismo

Las religiones profesionales se conformaban al genio del politeísmo greco-romano; mientras éste reiné, nadie podía soñar en tomar en cuenta alas corporaciones arquitectónicas de sus enseñanzas religiosas. Pero, no fue lo mismo cuando el Cristianismo pasó a ser la religión del estado, en tiempo de Constantino, y pretendió fundar la unidad de culto y de creencias.

El Supremo Arquitecto del Universo encuadraba con el monoteísmo, a quien parecía habersele adelantado. Pero esta simplicidad, esta vaguedad propicia a las adaptaciones contradictorias, no podían satisfacer a la nueva religión, que formulaba dogmas imperiosos y precisos y para quien era del todo necesario que desde ahí en adelante se les sometieran.

Fieles a sus tradiciones, los constructores se guardaron de contrariar la fe oficial. Se hicieron bautizar, reservándose el adaptar el Cristianismo a las doctrinas de la metafísica arquitectónica. Así nació una religión oculta, pariente del Gnosticismo que se abstiene cuidadosamente de toda manifestación exterior. A lo más encontraremos un indicio en esta singular facilidad, con la cual los artistas bizantinos y coptos se ponían indiferentemente al servicio de las diferentes sectas cristianas y después a las musulmanas.

Exteriormente sumisas al absolutismo cristiano, las asociaciones de constructores, pudieron prosperar bajo el amparo del Imperio del Oriente, mientras que desaparecían en Occidente, sumergidas por la invasión de los bárbaros. Un período vino, entonces, en que se estuvo más preocupado de descubrir los monumentos antiguos que de edificar otros nuevos. El cristianismo, sin embargo, no demoró mucho en imponerse a los invasores. La arquitectura religiosa volvió a surgir y nuevas escuelas de constructores se constituyeron poco a poco. Ellas dieron nacimiento al estilo románico.

Las Órdenes Monásticas

Durante muchos siglos, toda la Europa occidental, fue víctima de la brutalidad de guerreros ignorantes, que no temblaban más que delante de los fantasmas de sus imaginaciones groseras. El clero cristiano, aplicando a ésto todas las tradiciones de los sacerdotes, aprendió rápidamente, a dominar a estos espíritus inclinados a los terrores supersticiosos. Tuvo la valentía de amenazar a estos indomables conquistadores con un Juez Celestial, cuyo rigor inflexible no podía ser apiadado sino por medio de piadosas donaciones. Esta fue, para la Iglesia, una fuente inagotable de riquezas.

Vióse entonces el Cristianismo, rodearse de un aparato fastuoso. Después de haber crecido en la abnegación y en la pobreza, deseaba seducir por la magnificencia. Los templos antiguos, antes saqueados por la codicia de los bárbaros, o demolidos por el furor iconoclasta de los nuevos creyentes, debieron ser reconstruidos a la gloria del Dios de los Cristianos. Como jamás se había dejado enteramente de edificar, los procedimientos de la profesión se conservaban entre los artesanos; pero cuando se trató de construir los edificios apropiados a las exigencias del culto cristiano faltaron, desde luego, los arquitectos.

Los monjes más instruidos fueron llamados a estudiar la arquitectura, y la habilidad para trazar los planos no demoró mucho en afianzarse. Algunos abates, en particular aquellos de la congregación de Cluny, desplegaron en estas materias un verdadero talento.

Rivalizando entre ellos, estos abates no se contentaron con las construcciones técnicamente groseras. Cuando quisieron pasar de los simples muros de ladrillo o de piedras toscas a los de piedras talladas, les fue necesario formar verdaderos artistas, sobre todo, cuando la ambición les vino a golpear los espíritus por la osadía en el abovedado más y más complejo.

Lo monjes se vieron obligados a asociarse, de una manera permanente, con “los legos talladores de piedras”, que en calidad de hermanos legos, llevaban hábitos y recibían subvención del convento.

La Masonería Libre

Entre los obreros sometidos a la disciplina monástica, los mejor dotados adquirieron los conocimientos suficientes que les permitían dirigir ellos mismos el trabajo de sus compañeros. Se formaron así los arquitectos laicos, con un espíritu mucho más independiente, que les daba más conciencia de sus capacidades y de sus talentos. Su autoridad no tardó mucho en primar sobre la de los monjes, que vieron pronto a “las hermandades constructoras” sustraerse a su tutela. Las asociaciones autónomas, recordando a ciertos colegios romanos, pudieron constituirse.

Esta evolución, parece haberse realizado, desde luego en Lombardía, donde las tradiciones antiguas permanecían siempre vivas, y han podido, por lo tanto, más fácilmente ser revividas, por la mediación de Venecia, donde la influencia bizantina se hacía sentir poderosamente.

Lo que es seguro es que la villa de Como, fue por mucho tiempo el centro donde afluían los artistas, deseosos de perfeccionarse en el arte de construir. Sus ambiciones eran la de ser iniciados en el secreto de los Magistri Comacini, título extendido en el siglo XI, de una manera genérica a todos los constructores.

Se pretende que en el deseo de consagrar su independencia, las asociaciones arquitectónicas laicas, unidas entre ellas por los vínculos de una estrecha solidaridad, habrían solicitado del Papa el monopolio exclusivo para la construcción de todos los edificios religiosos de la Cristiandad. Deseando impulsar una empresa tan piadosa, la Corte de Roma, habría tomado las confraternidades de constructores bajo su protección especial, declarando que sus miembros debían ser en todas partes eximidos de los impuestos y del vasallaje. Estas serían las franquicias que se dicen otorgadas por Nicolás III en 1277 y confirmadas por Benito XII en 1334, que habrían valido a los protegidos de la Santa Sede el nombre de Francmasones (hasta aquí, la prueba documentada de estas afirmaciones atrevidas, no ha sido proporcionada).

El amparo del Soberano Pontífice, explicaría el favor que la Masonería libre encontró entre todos los príncipes cristianos. En estos tiempos de fervor religioso, éstos no podían experimentar, por otra parte, más que simpatías por los constructores de iglesias, que se repartieron progresivamente en Francia, en Normandía, Gran Bretaña, en Borgoña, después en Flandes y a orillas del Rhin, penetrando desde aquí en todo Alemania. En todas partes, estas asociaciones han dejado monumentos de un estilo particular llamado gótico, o más exactamente ojival. Obras maestras, en que la uniformidad del estilo parece ser el

indicio de un acuerdo internacional, mantenido durante siglos entre los constructores, extendidos en toda la Europa occidental.

Esto es lo que ha hecho decir a M. Hope en su historia de la Arquitectura: “Los arquitectos de todos los edificios religiosos de la Iglesia latina, habían sacado su ciencia de una misma escuela central; obedecían a las leyes de una misma jerarquía; se dirigían en sus construcciones bajo los mismos principios de conveniencia y de gusto; mantenían entre sí, en todas partes, donde se les enviaba, una correspondencia asidua, de manera que los menores perfeccionamientos llegan a ser inmediatamente de propiedad de la Corporación entera y una conquista del Arte”.

Las Confraternidades de San Juan

Estos Arquitectos de la Edad Media gustaban celebrar los solsticios, conforme a los usos de las más antiguas épocas paganas. A fin de poder permanecer fieles a las tradiciones equívocas, bajo el punto de vista cristiano, escogieron como patronos los dos Santos Juanes, cuyas fiestas caen en épocas solsticiales.

Quien sabe, si al abrigo de esta elección, el antiguo culto de Jano volvió a encontrar adeptos más o menos conscientes. Lo mismo que los dos santos solsticiales, el dios de la doble cara, presidía la entrada del sol en cada uno de los hemisferios celestes. Jano era, por otra parte, el genio de todos los comienzos, tanto de los años como de las estaciones, de la vida y de la existencia en general. Pues, es preciso no perder de vista que Comienzo se dice *Initium* en latín. Los iniciados debían, pues, ver la dignidad tutelar de la Iniciación en este inmortal encargado de guardar las puertas (*Janua*), de donde él separaba a los que no deben entrar. Una vara (*vaculum*) le servía para ésto. Tenía, además, una llave para indicar que tenía derecho para abrir y cerrar, revelar los misterios a los espíritus elegidos o sustraerlos ala curiosidad de los profanos indignos de conocerlos.

Etimológicamente, Juan, es verdad, no proviene de Jano, pero sí del hebrero Jeho H’annan, que se traduce por “aqueel que Jeho favorece”. El mismo verbo viene en H’anniBaal o Annibal, que significa favorito de Baal. Pero, Jeho y Baal, no son sino nombre o títulos del Sol. Este, era considerado por los Fenicio como un astro quemante, a menudo homicida, cuyos estragos eran temibles. Los mistagogos (sacerdotes griegos) de Israel veían al contrario, en él, la imagen del Dios Luz que ilumina las inteligencias. Jeho H’annan, Johanes, Hehan o Juan, son así sinónimos de hombre iluminado, a la manera de los profetas. Lo mismo que los artistas de las catedrales, instruidos sin duda en las doctrinas esotéricas muy antiguas, el Pensador verdadero o iniciado está, entonces, en el derecho de llamarse Hermano de San Juan.

Anotaremos, finalmente, que San Juan Bautista se nos presenta como el precursor inmediato de la Luz redentora o del Cristo solar. Es la Aurora intelectual que, en los espíritus, precede al día de la plena comprensión. Asperay ruda, su voz resonaba a través de la esterilidad del desierto, despertando los ecos dormidos. Sus acentos vehementes sacuden las mentalidades rebeldes y las preparan para acoger las verdades que deben ser reveladas.

Si el huraño Precursor representa, simbólicamente, a las descoloridas blancuras de la mañana, conviene por oposición, representar a San Juan el Evangelista, como rodeado de la gloria empurpurada del atardecer. Personifica la luz crepuscular de la tarde, aquella que

inflama al cielo cuando el sol desaparece del horizonte. El discípulo preferido del Maestro fue, en efecto, el confidente de sus luces secretas, reservadas para las inteligencias escogidas de los tiempos futuros. Se le atribuye el Apocalipsis, que, bajo el pretexto de descorrer el velo de los misterios cristianos, los disfrazó (encubrió) bajo enigmas calculados para arrastrar a los espíritus perspicaces más allá de las estrecheces del dogma. También, es de la tradición Johanista, que se han aprovechado todas las escuelas místicas que, bajo el velo del esoterismo, han aspirado a la emancipación del pensamiento. No olvidemos, en fin, que el cuarto Evangelio comienza por una introducción de un alto alcance iniciático, sobre el cual se presté durante mucho tiempo el juramento masónico. La doctrina del Verbo hecho carne, es decir, la Razón divina encarnada en la Humanidad, se remonta, por otra parte, según Platón, a las concepciones de los antiguos hierofantes. En estas condiciones, el título de Logias de San Juan, conviene mejor que cualquier otro, a los Talleres, donde los inteligentes, después de haber sido preparados para recibir la luz, son conducidos a asimilarla progresivamente, a fin de poderla reflejar a su turno.

Canonizaciones Equivocadas

Sería una temeridad afirmar que los dos San Juan representan únicamente el simbolismo iniciático. Puede ser que ellos correspondan a personajes que realmente hayan existido. Otros Santos, por el contrario, no disfrutaban de su privilegio celestial, sólo porque fueron, en tiempos pasados, extraídos del calendario pagano. En su “Origen de todos los Cultos”, Dupuis es muy explícito en esto:

“Los Griegos, dice, honraban a Bacchus (Baco) bajo el nombre de Dionisio o de Denis. Era considerado como el jefe y el primer autor de sus misterios, asimismo como Eleuthére (Eleuterio). Este último nombre era también un epíteto que le daban y que los latinos han traducido por Libre. Se celebraban en su honor dos fiestas principales, una en Primavera, y la otra en la estación de las vendimias. Esta última, era una fiesta rústica, celebrada en el campo, en contraposición a la fiesta de la Primavera llamada fiesta de las ciudades o Urbana. Agregaron un día en honor de Demetrio, rey de Macedonia, que tenía su corte en Pella, cerca del golfo de Tesalónica. Baco, era el nombre oriental del mismo Dios. Las fiestas de Baco, debían ser anunciadas en el calendario en los siguientes términos: Festum Dionysii, Eleutherii, Rustici. Nuestros buenos frailes han hecho tres santos, San Denis, San Eleuterio y San Rústico, sus compañeros. Llamaban al día siguiente: Fiesta de Demetrio, haciéndolo un mártir de Tesalónica. Agregan que fue Maximiliano quien lo hizo morir, por consecuencia de su desesperación de la muerte de Lyaes, y Lyaes es un nombre de Baco, así como Demetrio. Se colocó la antevíspera la fiesta de San Baco, haciéndolo también un mártir del Oriente. Así, aquellos que quieran leer el calendario latino o el breviario que guía a nuestro clérigos en la celebración de los santos, de las fiestas, verán el 7 de Octubre Festum sancti Demetri; y el 9, Festum sanctorum Dionysii, Eleutherii et Rusticii. Han puesto diversos epítetos y nombres a la denominación de un mismo Dios, Baco, Dionisios, o Denis, Liber o Eleuterio.

Baco se desposó con Zephir o el viento suave, bajo el nombre de la ninfa Aurora. Y bien: dos días antes de la fiesta de Denis o de Baco, se celebraba la de La Aurora Plácida o de Zephir, bajo el nombre de Santa Aurora y de San Plácido.

Las Sátiras contra la Iglesia

¿En qué medida han podido influir las reminiscencias de la antigüedad en el estado del alma de los constructores de la Edad Media? La cuestión es difícil de resolver, pero es evidente que ellos estaban animados de un espíritu singularmente inquieto.

Desde luego, en el aspecto religioso, pretendían no depender sino directamente del Papa y eran profundamente irrespetuosos de la jerarquía eclesiástica. Su audacia se ha manifestado muchas veces por caricaturas que no temían tallar en la piedra misma de las catedrales.

Un monje y una religiosa, representados en la más inconveniente de las actitudes, decoran la Iglesia San Sebaldus en Nuremberg y este tema escabroso se repite entre otros en una gárgola del museo de Cluny.

En la galería superior de la Catedral de Estrasburgo, una tropa de animales es conducida por un oso que lleva la cruz. Un lobo con un ciño prendido y precidido de un cerdo y de un carnero cargado de reliquias, desfilan piadosamente al paso que un asno dice la misa en el altar.

Revestido de ornamentos sacerdotales, un zorro reza en Brandeburgo ante una manada de gansos.

Los ejemplos de esta naturaleza abundan. Se encuentran juicios bastante subversivos y entre los condenados figuran a menudo personajes coronados o mitrados. El Papa mismo con la tiara y rodeado de cardenales ha sido entregado a las llamas eternas sobre la catedral de Berna.

Estos indicios hacen suponer que la iniciación conferida secretamente a los miembros de las confraternidades de San Juan no se refería únicamente a los procedimientos materiales del arte de construir.

Ciertas esculturas irónicas pueden haber sido inspiradas sin duda por las rivalidades que, en todas las épocas, han surgido entre las órdenes monásticas y los clérigos seculares; pero otras traducen manifiestamente el pensamiento íntimo de un artista singularmente emancipado para su época.

La Alquimia

Si nos preguntamos, de qué fuente ha podido provenir en la Edad Media, una extraña inspiración mística secretamente hostil a la Iglesia, tendremos que llegar a recordar el prestigio de que gozaba entonces la Filosofía Hermética. Bajo el pretexto de buscar la Piedra de los sabios, los adeptos, es decir, los libres pensadores, se dedicaban en realidad, a estudiar los secretos de la naturaleza. Profundizaban, indiferentemente las obras de todos los filósofos ya fueran Griegos, Arabes o Hebreos. Este eclecticismo debía conducir a doctrinas tan poco católicas, en el sentido corriente de la palabra, que hubiera sido imprudencia exponerlas en otra forma que bajo el velo de alegorías y símbolos.

La transmutación del plomo en oro, vino a ser el tema de disertaciones muy sabias, en que la metafísica religiosa tenía más cabida que la metalúrgica o la química. La Gran Obra aspiraba a realizar el bienestar de la humanidad o del género humano, gracias a una reforma progresiva de las costumbres y de las creencias. La lectura atenta de los tratados

alquimistas, posteriores al Renacimiento, no dejan subsistir ninguna duda a este respecto, porque el estilo de los discípulos de Hermes se hizo menos enigmático, cuando disminuyó para ellos el peligro de explicarse libremente.

La antigua arquitectura sagrada, era entonces esencialmente simbólica. Desde el plano de conjunto de un edificio, hasta los menores detalles de la ornamentación, todo debía estar ordenado según ciertos números místicos y las reglas de una geometría especial, conocidos solamente por los iniciados.

Las figuras geométricas daban lugar, en efecto, a interpretaciones sobre las cuales se basaba una doctrina secreta, que pretendía alcanzar la clave de todos los misterios. Es así que, los constructores de catedrales han probado por sus obras, que estaban instruidos en estas tradiciones filosóficas, de las que los alquimistas eran a la vez detentores.

No se podría determinar, en qué medida aprovechaban los unos de los otros sus conocimientos iniciáticos. Siempre se ha dicho que el Hermetismo, comúnmente inspiraba a los talladores de piedras, en la elección de sus motivos de ornamentación. Los Alquimistas, por otra parte, no ignoraban el significado que los Masones daban a sus útiles.

Nada es más significativo, a este respecto, que un grabado del tratado intitulado L'Azoth, o, la manera de hacer el oro oculto de los filósofos, del Hermano Basilio Valentín. Se ve en él un personaje con dos cabezas, que, en la mano derecha tiene un compás y en la izquierda una escuadra. Es el hermafrodita alquímico, que une la energía creadora masculina a la receptividad femenina, asociando, en otros términos, el Azufre con el Mercurio, o el ardor temerario de la columna B a la estabilidad ponderada de la columna J. Está de pie sobre el dragón, que simboliza el cuaternario de los elementos, de los cuales el iniciado debe triunfar en el curso de sus pruebas, (pág. 25 del libro).

La Decadencia de las Corporaciones

Haciéndose rica y poderosa, la Iglesia tuvo necesariamente que corromperse. Llegó una época en la que el alto clero, entregado a todas las intrigas de la política, hacía alarde de un lujo de lo más insolente y ni aun se tomaba la molestia de disimular la corrupción de sus costumbres.

Los fieles se escandalizaban. Su antiguo fervor fue reemplazado por la duda y numerosas herejías pudieron arraigarse en los espíritus. Esto fue la aurora del despertar intelectual que se preparaba.

Este nuevo estado de ánimo, tuvo su repercusión en la arquitectura religiosa. Las donaciones se hicieron escasas. A fuerza de construir Iglesias las había por todas partes y los miembros de las confraternidades de San Juan encontraban cada vez menos donde emplear su talento. Se habían especializado en exceso en el estilo llamado Gótico, ya pasado de moda. Después vino el cisma de Lutero, que desencadenando terribles guerras religiosas, terminó de desorganizar las antiguas corporaciones de constructores.

Amenazaban desaparecer sin dejar más que vagos rastros documentados, pero afirmando su pasado poderío por los monumentos incomparables, que se impondrán siempre a la admiración de la posteridad.

La Kabala

No todo debía perderse. Una transformación se elaboraba, provocando desde luego un movimiento intelectual del más alto interés.

Mientras las querellas del dogma dividían los espíritus, los más beligerantes quisieron profundizar imparcialmente las cuestiones religiosas. Llegaron así a estudiar, especialmente, la metafísica religiosa de los Judíos. Estos, pretendían estar en posesión de una doctrina secreta que se remontaba hasta Moisés; era a sus ojos la tradición por excelencia, llamada Qablalah en hebreo. Tratábase, en realidad, de conceptos derivados, en buena parte del Gnosticismo alejandrino, y derivados por tanto del patrimonio de la antigua iniciación. Sus características consistían en hacer resaltar la concordancia fundamental de las religiones.

Sus fantasías místicas tuvieron por efecto práctico el de sugerir la idea de una filosofía que reuniera indistintamente los fieles de todos los cultos, sin obligarlos a renegar de sus creencias particulares.

Eminentes pensadores, en comunión de voluntades los unos para con los otros, dedicaron toda su energía cerebral a especulaciones de esta clase, lo que trajo por resultado una tensión particular en la atmósfera mental del siglo XVII.

Los Rosacruces

El exceso del mal trae el remedio. Los estragos del fanatismo ciego debían conducir al despertar de una regeneración universal, por el amor y por la ciencia. Hacia 1604, una asociación secreta, deseó llamar al cristianismo a la inteligencia de sus misterios y enseñar al mundo las leyes de la fraternidad.

Los afiliados habían escogido por emblema una rosa fijada sobre una cruz y referían la leyenda de un cierto Cristian Rosenkreuz, del cual pretendían continuar su obra. Se habló mucho de ellos y, perdiéndose en las nebulosidades del hermetismo y de la teosofía, lograron excitar las imaginaciones y sembrar gérmenes cuya eclosión no debía hacerse esperar.

NOTA: La Orden Rosa-Cruz no estuvo jamás organizada en sociedad. Erase considerado miembro de ella por el solo hecho de poseer ciertos conocimientos. Los hermanos de la Rosa-Cruz no se reunían para deliberar o trabajar en común. Se contentaban con mantener entre ellos correspondencia epistolar y con comunicarse el fruto de sus estudios.

La Francmasonería Moderna

La concepción de un ideal (Columna B) permanece estéril mientras falten los medios prácticos para su realización (Columna J). Las aspiraciones generosas de los filósofos, no podían entrar en acción sino bajo la ayuda de una organización positiva. El espíritu o el alma, nada pueden, si no disponen de un cuerpo como instrumento de ejecución.

Allá en la época en que gracias a los rosacruces y a otros místicos una entidad espiritual flotaba en el aire, ansiosa de encarnarse, un organismo propicio vino a ofrecérsele.

No teniendo más razón de ser, las antiguas confraternidades masónicas estaban por todas partes disueltas, salvo en Gran Bretaña y en Irlanda, donde siempre ha reinado un espíritu favorable a la supervivencia de toda tradición antigua y respetable. Por la fuerza de un hábito impregnado en las costumbres, las asociaciones de Masones libres y aceptados, subsistían todavía en el siglo XVII en diversos centros de los tres reinos insulares. Era notoriamente público que los masones libres, se reconocían entre ellos por ciertos signos, que estaban obligados bajo juramento a guardarlos en secreto. Se sabía, igualmente, que en todas las circunstancias de la vida estaban obligados a prestarse ayuda recíproca. Después de su decadencia, bajo el punto de vista del ejercicio del arte de construir, la práctica de la solidaridad vino, en efecto, a ser el objeto esencial de estas confraternidades. Se extendió, entonces, la moda de hacerse aceptar como miembro honorario y las logias masónicas se mostraban tan asequibles a los gentiemen que no manejaban profesionalmente la plan a, que los del oficio se desinteresaban más y más de una institución que no respondía a sus necesidades prácticas. Los Masones aceptados, fueron así, poco a poco tan numerosos como los Masones libres y desde el comienzo del siglo XVIII estaban francamente en mayoría.

Fue en este momento cuando se tomó una resolución de importancia extrema. Esta tuvo por resultado hacer renunciar a las empresas materiales de la antigua masonería profesional llamada operativa, por oposición a la nueva Masonería puramente filosófica llamada especulativa.

Así nació la Masonería Moderna, que tomó de los constructores de la Edad Media un conjunto de formas alegóricas y de signos ingeniosos, de reglas de buena disciplina y tradiciones de fraternal solidaridad, a fin de aplicar ese conjunto a la enseñanza de una arquitectura social, esforzándose en construir el bienestar humano, por el perfeccionamiento intelectual y moral del individuo.

Elías Ashmole

La Masonería moderna, respondía a una necesidad sentida en toda la Europa, por los espíritus más nobles. Se esparció con tanta rapidez que parecía un prodigio. Así, cuando más tarde se ha querido remontar hasta su origen, no se pudo escapar a la idea de que, semejante a Minerva que surge armada del cerebro de Júpiter, la concepción masónica ha debido ser ideada por algún pensador genial.

A fin de descubrir el fundador de una tan maravillosa institución, los Masones ingleses del siglo XVII fueron pasados en revista. Se supo así que el 16 de Octubre de 1646, un sabio anticuario adepto al hermetismo y a los conocimientos secretos, en ese entonces en boga, fue recibido Masón en Warrington, pequeña villa del condado de Lancaster. No hubo necesidad de más para erigir a Elías Ashmole, era el nombre del personaje, en héroe de leyendas. Se le atribuyó todo el mérito de la reforma verificada. Según el H.: Ragon, y otros historiadores, sería él, el Rosa-Cruz, que habría impreso un carácter iniciático a los primitivos rituales obreros. Esto no es verdad; la influencia que este

aficionado a las ciencias ocultas ejerció sobre la Francmasonería es nula. Desengañado, según parece, por la naturaleza de los “misteños” que le fueron revelados en la iniciación, no reapareció en la Logia sino al cabo de 31 años después, el 11 de Marzo de 1682, por la segunda y última vez de su vida, como lo atestigua su “diario” que jamás dejó de llevar con una escrupulosa minuciosidad.

La Primera Gran Logia

Contrariamente a lo que, en buena lógica, es permitido figurarse, los documentos positivos nos muestran la organización de la Masonería moderna, naciendo inconscientemente. Las más grandes cosas pueden, en efecto, ser engendradas por individuos que no tienen ninguna sospecha del alcance de sus actos.

Así fue el caso de los Masones londinenses que el 24 de Junio de 1717 se reunieron para celebrar la fiesta tradicional de San Juan Bautista. Eran miembros de cuatro Logias que llevaban vida poco próspera, que para no desaparecer enteramente, decidieron permanecer unidos bajo la autoridad de oficiales. Como cada una de las logias estaba presidida por un Maestro (para distinguirlo de otros Maestros), le dieron el epíteto de Venerable o lo llamaban el Maestro de la Sielle, y dieron el título de Gran Maestro al presidente del nuevo grupo, que se llamó Gran Logia. Además, es posible, que estos nombres fueran adoptados desde 1717, pero la principal preocupación que tuvieron ese año, fue la de reunirse en número suficiente en el próximo solsticio de verano.

El primer Gran Maestro fue Antonio Sayer, hombre obscuro, de condición muy modesta. Fue escogido a falta de otro mejor. Se apresuraron en 1718 a darle como sucesor a Jorge Payne, burgués acomodado, que no había asistido a la reunión anterior. El próximo elegido fue Juan Teófilo Desaguliers (nacido en la Rochela el 12 de Mayo de 1683, hijo de un pastor calvinista que se refugió en Inglaterra a consecuencia de la revocación del Edicto de Nantes el año 1685), doctor en Filosofía y en Derecho, miembro de la Sociedad Real de Ciencias de Londres. Después de haber cumplido un año de Gran Maestro, este distinguido físico restituyó el Malleto al H. Payne a falta de un personaje más ilustre.

Para consagrar el prestigio de la Gran Logia, era importante poner a su cabeza, un hombre de calidad. Así los Masones de Londres colmaron sus deseos, cuando en 1721, Su Gracia, el Duque de Montagu, se dignó aceptar la dignidad de Gran Maestro. Esta elección tuvo el mejor efecto sobre el mundo profano. Llegó a ser de buen tono pertenecer a la Sociedad de Francmasones universalmente considerada como una compañía distinguida.

El Libro de las Constituciones

Las modificaciones hechas a los regímenes de las antiguas confraternidades de constructores, dieron lugar a la promulgación de un nuevo Código de la ley Masónica. La redacción le fue confiada al H. James Anderson y la obra se llama “El libro de las Constituciones de los Masones Libres, que contiene la historia, cargos y regulaciones de la más antigua y muy respetable Fraternidad”. Allí se dicen en 90 que concierne a Dios y la religión”.

“Un Masón está obligado por su compromiso a obedecer la ley moral y si comprende bien el Arte no será jamás un estúpido ateo ni un libertino irreligioso”.

“Aunque, en los tiempos pasados, los Masones estaban sujetos, en cada país a practicar la religión de este país, cualquiera que fuese, se estimó que era más oportuno, en adelante, no imponerles otra religión que aquella en que todos los hombres están de acuerdo y dejarles libertad en cuanto a sus opiniones particulares. Es suficiente que sean hombres buenos y leales, gente de honor y probidad, cualesquiera que sean las confesiones o convicciones que los distingán”.

“Así, la Masonería será el centro de unión y el medio de establecer una sincera amistad entre personas que, fuera de ella, estarían constantemente separadas las unas de las otras”.

En lo relativo a la autoridad civil, suprema o subordinada, leemos: “El Masón es un sujeto pacífico sometido al poder civil, en cualquier lugar en que resida o trabaje; no debe estar jamás implicado en los complots o en las conspiraciones contra la paz y la prosperidad de la Nación, ni comportarse incorrectamente con respecto a los magistrados subalternos, pues la guerra, la efusión de sangre y las insurrecciones han sido, en todo tiempo, funestas a la Masonería”.

“Si algún Hermano se alza contra el Estado, es necesario guardarse de favorecer su rebelión, teniéndole compasión como a un desgraciado. Si él no está desde luego convicto de ningún otro crimen, la leal confraternidad, aunque sin favorecer la rebelión a fin de no llevar sombras al gobierno establecido ni darle un motivo de desconfianza política, no lo expulsaría de la Logia, permaneciendo indisolubles los lazos que a ella lo unen”.

El artículo VI que trata “de la conducta en Logia” recomienda, en fin, “Que vuestras disputas o vuestras querellas no franqueen jamás el umbral de la Logia; evita, sobre todo, las controversias sobre las religiones, las nacionalidades o la política, atendiendo a que en nuestra calidad de Masones, no profesamos sino la religión universal ya mencionada. Somos, desde luego, de todas las naciones, de todas las lenguas, de todas las razas, y si excluimos toda política es porque ella no ha contribuido jamás en el pasado a la prosperidad de las Logias y no contribuirá mayormente en lo venidero”.

Los Principios Fundamentales de la Francmasonería

A la luz de los extractos que preceden, la Francmasonería moderna se nos presenta como una asociación de hombres escogidos, cuya moralidad ha podido ser tan bien comprobada, que sintiéndose completamente seguros los unos de los otros, podían practicar entre ellos una fraternidad sincera y sin reservas.

Estos hombres, reconocidos como buenos, leales y probos, están obligados a evitar, con el mayor cuidado, todo aquello que pudiera dividirlos. Les está especialmente prohibido discutir acerca de sus convicciones íntimas, tanto religiosas como políticas. La virtud característica debe ser en todo caso la Tolerancia.

Para ser tolerante, es indispensable adquirir ideas amplias y elevarse por sobre la pequeñez de todos los prejuicios. “La Francmasonería se esfuerza, en consecuencia, en emancipar los espíritus; se dedica, en particular, a libertarlos de los errores que mantienen la desconfianza y el odio entre los hombres. Estos, a sus ojos, no deben ser estimados más

que en razón del valor efectivo que ellos tienen de sus cualidades intelectuales y morales”. Toda otra distinción de creencia, de raza, de nacionalidad, de fortuna, de rango o de posición social debe borrarse del seno de las reuniones masónicas.

Extensión Rápida de la Francmasonería

El código masónico redactado e impreso por orden de la Gran Logia de Inglaterra, recibió su aprobación solemne, el 17 de Enero de 1723. Ha sido considerado después, como el documento que determina las normas características de la Francmasonería moderna. Su importancia es, pues, capital, puesto que toda organización que se aparte de los principios en los cuales fue inspirada deja, por ésto, de ser masónica.

El libro de Anderson permitió, por otra parte, hacer conocer la nueva confraternidad, que respondía a las aspiraciones, a la vez las más nobles y las más generosas. No demoró gran cosa en ejercer una verdadera fascinación sobre un buen número de espíritus selectos. Se vio afluir, en particular, los pensadores que estaban entonces enamorados de la doctrina del Humanitarismo. ¿No era ésta una fórmula, una organización, que se ofrecía espontáneamente, para revestir con un cuerpo tangible las concepciones, hasta las nebulosidades de los filósofos? Ahora que el sectarismo y la intolerancia acaban de poner a Europa a sangre y fuego, debieron apreciar altamente, la altura de miras de que la Francmasonería daba prueba en materias de religión y de dogmatismo, no menos que en lo tocante a las dimensiones políticas. A la pureza de los principios y a la elevación de las tendencias se asociaba, en *fin*, ciertos aspectos misteriosos e impenetrables, cuya seducción no fue menos poderosa.

En estas condiciones, las Logias se multiplicaron muy rápidamente, desde luego, en Inglaterra, en Escocia y en Irlanda, después en el continente, para llegar, finalmente, hasta los confines del mundo civilizado.

Al principio, es cierto, las Logias no se fundaban siempre en virtud de los poderes formales, emanados de la primera Gran Logia. Todo Maestro-Masón, regularmente iniciado en Inglaterra, se creía con el derecho de propagar en el extranjero la luz masónica. Con este objeto, se juntaba, en cuanto era posible, con otros Masones y procedía con ellos a las iniciaciones, según las formas ritualísticas. En rigor, iniciaban sólo con su autoridad privada, a un profano que él estimaba digno de este favor; después, entre ellos dos, procedían a la iniciación de un nuevo adherente, hasta constituir una Logia Simple, destinada a llegar a ser luego Justa por la asociación de dos nuevos miembros y finalmente Perfecta cuando su efectivo llegaba o sobrepasaba de siete.

Una Logia podía sesionar aunque el local no fuera convenientemente cerrado y al abrigo de toda indiscreción. Ciertas figuras trazadas con tiza sobre el piso, bastaban para transformar en santuario cualquier local.

Es fácil concebir que Logias tan fácilmente formadas, hayan podido desaparecer con igual facilidad, sin dejar rastros documentados de su actividad. También la historia de la introducción de la Francmasonería en los diferentes países, se encuentra envuelta muy a menudo en profunda oscuridad. Con frecuencia se reduce a narraciones equívocas, cuya exactitud resulta imposible de comprobar.

La Masonería Anglo Sajona

Desde que un gran señor se puso a la cabeza de la Gran Logia de Inglaterra, aseguró inmediatamente su prosperidad. Doce Logias solamente habían tomado parte, el 14 de Junio de 1721, en la elección del duque de Montagu. Tres meses después habían 16 y al fin de año, 20. En 1725, 49 Logias estuvieron representadas en la Gran Logia.

Lo que hizo sobre todo buscar, por otra parte, la iniciación masónica, es que ella confería en cierto modo patente de respetabilidad. El público inglés manifestaba, sin embargo, cierta desconfianza sobre una sociedad tan indiferente en materias de religión. Afin de dar confianza los Francmasones no tardaron en demostrar en todas las cosas una escrupulosa ortodoxia anglicana.

Un movimiento se diseñó en este sentido poco después de 1723: muchos espíritus timoratos se escandalizaron de las innovaciones consagradas por el Libro de las Constituciones. Este tenía a sus ojos el grave error de no hacer ninguna creencia obligatoria, aunque tradicionalmente, todo Masón tenía el imperioso deber de ser “fiel a Dios y a la Santa Iglesia”.

Celosos de su autonomía, muchas de las Logias rehusaron reconocer a la Gran Logia de Londres una autoridad que ellos pretendían era usurpada.

Por esta causa y bajo otros pretextos, se produjo en el seno de la Masonería inglesa una serie de divisiones que tuvieron por consecuencia, a partir de 1751, oponerse frente a frente dos Grandes Logias rivales.

La más nueva de estas Logias no fue prácticamente constituida sino en 1753. Sus adherentes se vanagloriaban de permenacer adeptos a los antiguos usos y se llamaban nada menos que Antiguos Masones por oposición a los Modernos Masones, de los cuales la Gran Logia era en realidad la más antigua puesto que se remontaba a 1717.

Esto es lo que los historiadores han llamado el Gran Cisma. La constitución de los Antiguos exigía la creencia en Dios. En su ritual abundaban las oraciones y múltiples citas bíblicas, tanto como las fórmulas piadosas. Tenía también un grado suplementario: el del Arco Real.

En estas condiciones, está explicado el espíritu que reinaba entre los Anglo Sajones: la competencia de los Antiguos debía ser fatal para los Modernos. A fin de no desacreditarse enteramente en su propio país, éstos tuvieron que ceder, capitulando poco a poco sobre la mayor parte de los principios, que en sus comienzos habían seducido a los mejores pensadores de Europa.

De reacción en reacción, los Modernos llegaron finalmente, a no diferenciarse de los Antiguos, más que en detalles ritualísticos. No había ningún obstáculo serio para la fusión de las dos Grandes Logias inglesas, que en 1813 se unieron para constituir la Gran Logia Unida de Inglaterra.

El Comienzo de la Masonería en Francia

Puede ser que los refugiados ingleses se hayan dedicado en Francia a los trabajos masónicos más o menos en 1649, fecha de la condenación a muerte y de la ejecución de Carlos II. Es posible que entre aquellos que frecuentaban la corte de Saint Germain, o tal

vez entre los oficiales de los regimientos irlandeses al servicio del Rey de Francia, hubiesen Masones aceptados. ¿Se reunieron alguna vez, en la forma consagrada, para “tener logia” según el uso de la época? Esto es muy posible, pero nosotros carecemos hasta hoy día de pruebas documentadas.

De todas maneras, no se trataba de fundación de logias permanentes, que sólo se reunieron periódicamente a partir del primer cuarto del siglo XVII. Todavía, nada se puede afirmar en lo relativo a las primeras logias, que fueron regularmente constituidas en el Continente: L’Amitié et Fraternité, Orden de Dunkerque (actualmente Logia N2 313 de la Gran Logia de Francia) y La Parfaite Union, Orden de Mons, reclaman la primicia, y pretenden tanto la una como la otra, ser fundadas en virtud de la constitución dictada por el duque de Montagu en 1721.

Desgraciadamente, las actas de la Gran Logia de Inglaterra, no hacen ninguna mención al respecto.

En París, se hacen remontar las primeras reuniones masónicas al año 1725. Un grupo de ingleses, a cuyo frente estaba Carlos Raclyffe, que fue después Lord Derwentwater, desde la decapitación de su hermano menor (James Raclyffe, ejecutado en Londres el 14 de Febrero de 1716), el caballero Maclean (del cual los franceses hicieron Maskelyn) y Francisco Heguerty, cadete del regimiento Dillon, parecen haber tomado la costumbre de reunirse en la calle de Boucheries, en casa de un comerciante inglés llamado Hure cuya tienda se llamaba “Louis D’Argent”. Esta logia no pudo constituirse sino de motu proprio, es decir en virtud de los derechos que sus fundadores creían tener por su iniciación y no pretendió quizás darse un título distintivo. Parece, sin embargo, que fue puesta bajo el patrocinio de Santo Tomás de Cantorbéry. Compuesta casi exclusivamente de refugiados jacobinos no tuvo relación alguna con la Gran Logia de Londres, cuya autoridad central tendía a esparcirse.

El 7 de Mayo de 1729, Andrés Francisco Lebreton fue maestro de una Logia que se reunía en la calle de la Boucherie “A la Ville de Tonnerre” en cada de Debure. Esta fue la Logia Santo Tomás o Luis D’Argent, que el 3 de Abril de 1732 se hizo conceder una carta regular bajo el N2 90, por el vizconde de Montagu, entonces Gran Maestro de la Gran Logia de Inglaterra.

De esta Logia se desprendió otra el 1 de Diciembre de 1729, que tomó el nombre de su fundador Costown, llamado Costaud, que tomó después el nombre de “Loge des Arts Sainte Margueritte”.

Una cuarta Logia fue constituida en 1735, en la calle de Bussy en la casa de un comerciante llamado Landelle. Se llamó a Logia d’Aumont, en la que el duque de ese nombre fue recibido.

El Trabajo Masónico según la Concepción Inglesa

Los Masones ingleses no han experimentado la necesidad de imprimir a sus trabajos un carácter particularmente filosófico. Animando o avivando las discusiones en el seno de las Logias, temen contravenir al espíritu de fraternidad que la Francmasonería tiene por misión esencial de propagar y mantener. Han creído siempre que sólo es necesario practicar

en las Logias el ritual y nada más. En el curso de sus reuniones, se limitaban a proceder escrupulosamente, según todas las fórmulas a la realización de los trabajos.

Como esto es una ocupación monótona, comúnmente fastidiosa y siempre árida, la compensaban cada vez con un agape que estimaban bien ganado. En las ceremonias ritualísticas se observaba la disciplina más perfecta; cada uno se mantenía correcto, solemne y digno, sin permitirse cambiar ni una palabra con su vecino, pero cuando los obreros eran llamados a pasar del trabajo al refrigerio, y que cerrados en el templo los trabajos eran reabiertos bajo otras formas en derredor de la mesa del banquete, toda etiqueta desaparecía, la más franca cordialidad se establecía entre los comensales y era con el vaso en la mano como la fraternidad se manifestaba verdaderamente expansiva.

Era por esto que las Logias parisienses, que no conocieron otra forma de trabajo, se reunían invariablemente en los restaurants, entre los que no faltaban los que deseaban explotar la situación haciéndose recibir masones para adquirir el derecho de tener Logias en su establecimiento.

El Maestro de la Logia, que vendía que comer y que beber con una tendencia natural a preocuparse sobre todo de sus intereses comerciales, hacía perder al trabajo masónico la dignidad que le es propia. Esto condujo luego a graves abusos. Ciertas Logias dieron lugar a críticas muy justificadas. Se admitía a cualquier candidato con tal que pudiera subvenir a los gastos de la iniciación, pero el trabajo de la masticación era esencial y la instrucción masónica se reducía a palabras grotescas desprovistas de sentido iniciático, que aún se persiste en su uso en los banquetes de la Orden La Igualdad.

No se buscaba, sin embargo, el hacerse Masón, aún en las Logias irregulares por el solo hecho de tener buenas comidas. Lo que fascinaba, sobretodo, en la institución era la Práctica de la Igualdad. Se sabía que, al amparo del nivel masónico, los más grandes señores fraternizaban sin reservas con aquellos que entonces eran llamados Villanos. En el seno de las Logias se encontraba realizado el ideal de una vida más perfecta. Las castas se borraban, el individuo no era apreciado sino como hombre, es decir en razón de su valor real, haciendo abstracción de sus condiciones de nacimiento.

La Francmasonería vino a ofrecer, así, un excelente terreno de cultivo para fermento de las ideas revolucionarias.

El gobierno de Luis XV no debió estar equivocado. No se había inmutado mientras eran sólo extranjeros los que se reunían más o menos misteriosamente.

Cuando personajes de la alta nobleza francesa se juntaron con ellos no se pensó todavía en vigilarlos. Pero, desde que se supo que los villanos se asociaban, bajo el techo de la Masonería con la gente de condición, la autoridad consideró como particularmente sospechoso el misterio con que los Masones se obstinaban en encerrarse.

Desde entonces, las Logias, fueron vigiladas por la policía, que fue impelida a tomar, en este sentido, una serie de rigurosas medidas. Nada se consiguió: el movimiento estaba lanzado. La intervención oficial, los arrestos brutales, las multas infligidas a los locales donde se recibían a los Masones no hacían más que ruido y réclame.

Se hicieron esfuerzos para redoblar las precauciones. Los espíritus descontentos, estimaron como un atractivo el afrontar cualquier peligro y tomar parte en los centros de conspiraciones.

Los Primeros Grandes Maestros

Hacia el fin de 1736, los miembros de cuatro Logias parisienses, reunidos en número de unos sesenta, procedieron por primera vez a la elección de un Gran Maestro. El escrutinio designó a Carlos Radcliff, conde de Derwentwater, Par de Inglaterra, que sucedió al caballero escocés Santiago Héctor Maclean; el cual, después de muchos años, ocupó el puesto de Gran Maestro, probablemente en su calidad de ser el Maestro más anciano. Preparándose para abandonar la Francia, se supone que Lord Derwentwater se dirigió a Roma, al lado del pretendiente Carlos Eduardo, con quien desembarcó en Escocia el 27 de Junio de 1745. Hecho prisionero después de la batalla de Culloden (27 Abril 1746) desastrosa para la causa de los Stardos, fue decapitado el 8 de Diciembre de 1746, compartiendo así la suerte de su hermano mayor. El nuevo Gran Maestro convocó para el 24 de Junio de 1738, una asamblea con el propósito de que se le eligiera sucesor. Se había acordado que el puesto de Gran Maestro sería en adelante reservado a un francés, elegido ad vitam. Habiendo sido informado el Rey, amenazó con la Bastilla a aquel de sus súbditos que se permitiera aceptar ese cargo. Luis de Pardaillan de Gondrin, duque d’Fpernon, habiendo sido elegido, se hizo proclamar “Gran Maestro General y perpetuo de los MASONES en el reino de Francia”.

Luis XV no se atrevió a perseguir a este Par de Francia. Empero, el Lugarteniente de policía, Héroult, quiso incorporarse a una reunión de Francmasones que presidía precisamente el duque d’Andin. Este se portó sin vacilaciones delante del jefe de la policía y, empuñando la espada, le intimó orden de retirarse. Este incidente sirvió mucho a la propaganda masónica.

El enérgico Gran Maestro murió, desgraciadamente, a la edad de 36 años, el 9 de Diciembre de 1743. Fue tanto más sentido, cuanto que su sucesor Luis de Borbón-Condé, conde de Clérmont, príncipe de sangre real, no supo seguir sus huellas.

Constitución de una Autoridad Central

La Asamblea que el 11 de Diciembre de 1743 confió el cargo de Gran Maestro al conde de Clérmont, tuvo la ambición de someter todas las Logias francesas a una autoridad central, dependiente de la Gran Logia de Inglaterra. Fue así como se adoptó el título de Gran Logia Inglesa de Francia, sin que ninguna carta o poder de la Gran Logia provincial haya sido obtenida de Londres. Se preocupaban menos de subordinarse al poder masónico reconocido como regular, que de manifestar la adhesión a los mismos principios y la adopción de una manera de trabajar idéntica.

Dos hechos son característicos desde este punto de vista. Desde luego, la promulgación de Las Ordenanzas Generales destinadas a servir de regla a todas las Logias del reino. También, este primer Código Masónico francés reprodujo, adaptándolos alas circunstancias, las principales disposiciones del Libro de las Constituciones del Hermano Anderson. Un artículo especial estipula, además, que la Gran Logia no reconoce ningún grado fuera de los de Aprendiz, Compañero y Maestro, entendiéndose así, que repudiaba las novedades que acababan de surgir.

Los Maestros Escoceses

El 21 de Marzo de 1737, el caballero Andrés Miguel Ramsay, calificado “Gran Orador de la Orden” fue llamado a pronunciar, para una recepción de Francmasones, un discurso que tuvo una gran resonancia.

La Francmasonería estaba sujeta, por una parte, a los misterios de la antigüedad, pero más directamente a las órdenes religiosas y militares que se constituyeron con motivo de las Cruzadas. Instruido en la historia de su país, Ramsay creía encontrar en Escocia el hogar donde las tradiciones masónicas se conservaban en el máximo de su pureza.

Esta plancha de arquitectura no aspiraba más que a instruir a los neófitos y a los Masones en general. Teorías atrevidas se encontraban expuestas con entera buena fe. El autor no proponía, por otra parte, ninguna innovación, ni la creación de grados suplementarios, ni la reforma del ritualismo entonces en uso.

Sin embargo ha venido a ser responsable de todas las invenciones que debían lanzar a la Masonería en intrincadas complicaciones.

En realidad, Ramsay, no hizo directamente nada, pues jamás él se imaginó el sistema de grados que le fue atribuido más tarde. Pero los que lo concibieron se inspiraron visiblemente en las ideas emitidas en el famoso discurso de 1737.

Comparando la Masonería con la Caballería Religiosa, Ramsay, había hecho corresponder:

Los Aprendices a Novicios,
Los Compañeros a los Profesos, y
Los Maestros a los Perfectos.

De aquí se tomó base, más tarde, para combinar una Masonería en seis grados, después en siete o nueve, en seguida en veinticinco y finalmente en 33. En su origen, sin embargo, no se vio aparecer más que Maestros Escoceses cuyas intenciones, eran a no dudarlo, muy loables. Se proponían, en efecto, reformar la Masonería importada de Inglaterra, tomando como modelo la Masonería de Escocia, que bajo la fe de las afirmaciones de Ramsay, creían más antigua y mejor organizada.

Estos reformadores, no parecían haber constituido inmediatamente un cuarto grado; pero como ellos pretendían en sus Logias ciertas prerrogativas, la Gran Logia Inglesa de Francia, creyó un deber oponerles el texto siguiente que forma el artículo 20 de las Ordenanzas generales aprobadas el 11 de Diciembre de 1743:

“Habiendo notado desde hace poco que algunos Hermanos se presentan bajo el título de Maestros Escoceses y reivindican, en ciertas Logias, derechos y privilegios de los cuales no existe ningún dato en los archivos y usos de todas las Logias establecidas sobre la superficie del Globo, la gran Logia, a fin de mantener la unión y la armonía que debe reinar entre todos los Francmasones, ha decidido que todos esos Maestros Escoceses, a menos que sean Oficiales de la Gran Logia o de una Logia particular, deben ser considerados por los Hermanos iguales a los otros Aprendices o Compañeros cuyas insignias deben llevar, sin ningún signo de distinción”.

El Período Crítico

Los abusos que los Maestros Escoceses se proponían remediar provenían sobre todo del defectuoso reclutamiento de ciertas Logias. Se habían admitido fácilmente espíritus frívolos o groseros, incapaces de comprender a la Francmasonería y de mostrarse dignos de ella. Aquellos masones que se consideraban más refinados, sintieron entonces la necesidad de distinguirse de los otros y de reunirse separadamente. Habiéndose concertado en número suficientemente grande, resolvieron buscar el modo de apoderarse gradualmente de la dirección de las Logias, a fin de aplicar sus proyectos de reforma.

Esta conspiración no fue del agrado de los Maestros de las Logias de París que habían constituido su Gran Logia. Así, su primera medida fue la de declararse “perpetuos e inamovibles, por temor de que la administración general de la Orden, confiada a la Gran Logia de París, se hiciera muy incierta y vacilante, al cambiar de manos tan a menudo”. Constituido bajo auspicios tan enojosos, el poder central de la Masonería francesa debía necesariamente carecer de autoridad. Tenía contra sí la naciente organización de los Maestros Escoceses quienes, a la Masonería denominada “inglesa” preconizada por la Gran Logia como la única auténtica y regular, no tardaron en oponer otra Masonería bautizada con el nombre de “escocesa”, que presumía ser más antigua, más excelente y más respetable.

En realidad se trataba de una concepción esencialmente francesa, cuyo modelo se había buscado en vano en Escocia. Pero Ramsay había dado una noción tan ventajosa de la Masonería de su país, que, con la mejor buena fe, más de algún Masón francés, pudo localizar en las brumas del Norte de Gran Bretaña utopías concebidas por contraste con lo que tenía bajo sus ojos.

Una vez lanzadas las imaginaciones por este camino, se encontró, por consecuencia, fantasiosos, poco escrupulosos para afirmar sus engañosas aseveraciones por documentos forjados a toda costa, o por lo menos, con escandalosos errores de fechas. A falta de toda autoridad reguladora reconocida, cada uno quiso al fin ocuparse en reformar o perfeccionar a su modo la Masonería. Fue entonces cuando por todas partes se vio surgir las más variadas organizaciones, titulándose:

Logias Madres, Capítulos, Areópagos, Consistorios y Consejos de todas clases. Los masones habían llegado a no agruparse sino al calor de un nuevo sistema de altos grados. El más nuevo de esos sistemas quería, naturalmente, hacerse pasar siempre por el más antiguo y más ilustre de todos. Se acreditaron así falaces leyendas y se inventaron grados más y más halagüeños para la vanidad de los que andaban a caza de honores.

La Masonería Iniciática

La exuberancia de vida, que se manifestó en el seno de la Masonería francesa del siglo XVIII, no debía traducirse sólo en hechos enojosos.

Estrechada en la aridez de las fórmulas inglesas, la Masonería no podía avenirse con el genio latino. La palabra iniciación significa para nosotros algo más que la simple revelación de los “misterios” que permiten a los masones reconocerse entre sí. Evoca un pasado prestigioso, e induce al Masón moderno a realizar el ideal de la Iniciación antigua.

Precisamente un académico versado en los estudios de la antigüedad, el abate Terrasson, publicó en 1728 una memoria filosófica intitulada “Sethos” que tuvo numerosas ediciones. Este cuento, inspirado en las Aventuras del Telémaco, de Fenelón, tenía por héroe un príncipe egipcio, cuya educación se completaba bajo la Gran Pirámide. Ahí, en santuarios secretos preparados a propósito, todo aspirante a la suprema sabiduría debía, al decir del autor, sufrir las pruebas más horripilantes.

Comparando esta “mise en scene” dramática, - desde luego perfectamente imaginaria -, al ceremonial de las recepciones en uso en la Francmasonería, se llegó a no ver en esto más que una pálida reminiscencia de los antiguos misterios. Algunos reformadores se preocuparon, en seguida, de imprimir al ritual Masónico un carácter más en conformidad con las tradiciones iniciáticas. Debía tender a formar realmente Iniciados, es decir hombres superiores, pensadores independientes, libres de los prejuicios del vulgo, sabios instruidos de lo que no está al alcance de todos.

Bajo el imperio de estas preocupaciones el ritual francés de los tres primeros grados fue progresivamente transformado en una verdadera obra maestra del esoterismo. Para aquel que sabe comprenderlo, enseña a conquistar realmente la Luz. Ninguno de los detalles del ceremonial eran arbitrarios:

El conjunto está lógicamente coordinado y cada parte da lugar a interpretaciones del más alto interés.

No se puede decir otro tanto del ritualismo de los grados llamados superiores, que delataban frecuentemente, de parte de sus autores, una ignorancia deplorable en materia de simbolismo. Por mal traídos que fueran, estos grados, no dejaban de presentar alguna utilidad práctica.

Los Sustitutos del Gran Maestro

Si el Conde de Clermont hubiera querido desempeñar cordialmente sus funciones de Gran Maestro, habría podido evitar la mayor parte de los desórdenes que debían comprometer la unidad de la Masonería francesa. Se habían fundado grandes esperanzas en este Príncipe de la sangre, cuya elección, confirmada apresuradamente por las Logias de Provincia, parecía llena de promesas. ¡Ay! no debía tardarse en reconocer que la elección del Gran Maestro había recaído sobre un cortesano y no sobre un verdadero masón.

Sabiendo que la Masonería era en alto grado mal vista, el Conde de Clermont se guardó bien de hacer causa común con ella. lejos de usar de su ascendiente para defenderla de los redoblados ataques policiales, no pensó, desde el comienzo, sino en desligarse de los deberes del cargo que había aceptado. (El Conde de Clermont sólo se atrevió a adoptar el título de Gran Maestro a partir de 1747, año en que el rey, sin duda por irrisión, se dignó permitirselo). Con el pretexto del comando de armas que ejercía sin el menor talento militar, su primera medida fue la de transmitir sus poderes de Gran Maestro a un sustituto.

Como tal figuró desde luego un banquero llamado Baure, el que, sin duda, más timorato aún que el Conde de Clermont, se abstuvo completamente de actuar como Gran Maestro. Como llegó hasta excusarse de reunir la Gran Logia, se hizo comprender al Conde de Clermont la necesidad de que se eligiera un mandatario más activo. Fue entonces cuando el profesor de baile Lacome, un intrigante, a quien se suponían vergonzosas complacencias,

logró hacerse nombrar “Sustituto particular del Gran Maestro”, título que puso a su disposición toda la administración masónica.

Esta elección, estimada escandalosa, levantó vehementes protestas. Se produjo la escisión en el seno de la Gran Logia, cuya mayoría rehusó reunirse bajo la presidencia de Lacorne. La anarquía se hizo entonces completa, sin que el Conde de Clermont tratara de remediarla.

Mientras tanto, como en 1762, la confusión llegara al colmo, se hicieron al Conde de Clermont las más serias reclamaciones. Este se decidió entonces a destituir a Lacorne y a nombrar al hermano Chaillon de Jonville su “sustituto general”. Vino una tregua que acercó momentáneamente a las acciones rivales; pero la armonía no era posible: se produjeron disensiones más y más agudas. Se llegó a las injurias y aún a los golpes. El 4 de Febrero de 1767, cuando la Gran Logia se reunió, para celebrar la fiesta de la Orden, se produjo un tumulto que degeneró en pugilato. Habiendo sido informado de estos hechos el jefe de policía, M. de Sartines, ordenó a la Gran Logia suspender sus sesiones.

La Autonomía Ilimitada de las Logias

Aunque desprovista de todo poder regulador, la Francmasonería francesa no dejó por eso de desplegar sus potencialidades latentes, buenas o malas. La Gran Logia no había ejercitado antes más que un simulacro de autoridad. En 1755 había renunciado a llamarse inglesa para llamarse solamente Gran Logia de Francia.

Este cambio de título coincidió con una revisión de los estatutos de la Orden. El texto que se adoptó estipula en su artículo 23 que sólo los Maestros de Logia y los “escoceses” tendrían el derecho de permanecer cubiertos. Los Maestros escoceses recibieron además la misión de inspeccionar los trabajos de las Logias en caso necesario (artículo 42).

Esto trajo por consecuencia para los “escoceses” un cambio completo de actividad. Rechazados en 1743, sus pretensiones fueron reconocidas y legitimadas oficialmente doce años más tarde, debido a que en ese lapso su prestigio creció tanto como disminuyó el del Gran Maestro. Se les creía capaces de remediar los abusos contra los que no habían dejado de agitarse.

No pudieron, desgraciadamente, hacer otra cosa que velar por escrupulosa observancia de las formas rituálicas, sin lograr que ciertas Logias fueran más severas en materia de reclutamiento. Una especie de concordato tácito se había establecido entre ellos y los Maestros de Logias, cuya inmovilidad debían respetar. Y era, precisamente, esta inmovilidad la fuente de los peores escándalos.

Hay que hacer notar, que durante la suspensión forzada de los trabajos de la Gran Logia, algunos hermanos revoltosos no tuvieron escrúpulos para usurpar su título y actuar en su nombre. Fue así como a principios de 1768, la Gran Logia de Inglaterra recibió una proposición para entrar en correspondencia regular con la Gran Logia de Francia. Sin cuidarse de informarse debidamente, se creyó en Londres que se podía aceptar esa iniciativa sin concebir la menor sospecha de subterfugio.

En realidad, a partir de 1767, sólo una apariencia de cohesión unía a las Logias francesas. La mayoría no quería ocuparse de sí misma, cada una practicaba el Rito que

quería adoptar y muchos Talleres se llamaron “escoceses” porque este vocablo cubría todas las fantasías. Consagraban la independencia de las Logias que habían roto con las reglas y tradiciones de la Masonería llamada “inglesa”.

El Gran Oriente de Francia

A la muerte del Conde de Clermont, ocurrida el 16 de Junio de 1771, la Gran Logia, hasta entonces en sueño, fue convocada para proceder a la elección de su Gran Maestro. Su Alteza Serenísima Luis Felipe José de Orleans, Duque de Chartres, que más tarde tomó el nombre de Felipe Igualdad, obtuvo la mayoría de los sufragios.

Como su antecesor, este personaje principesco no fue jamás sino un mal masón, que llegó en 1793 hasta a renegar formalmente de la Masonería. Por lo demás, parece que no hubo muchas ilusiones a este respecto, porque junto con el Gran Maestro, cuyas funciones eran sobre todo honoríficas se nombró un administrador general, encargado de presidir los destinos de la Masonería francesa. Este puesto, secundario sólo en apariencia, fue confiado al Duque de Luxemburgo de 33 años de edad. Ninguna elección pudo ser mejor inspirada. Lleno de celo y ardor, el administrador general comprendió que le incumbía agrupar en un solo haz todas las fuerzas masónicas del reino. La anarquía había alcanzado al máximo y hacía sentir imperiosamente la necesidad de una autoridad central coordinadora. Resuelto a constituir esta autoridad, el Duque de Luxemburgo pensó desde luego en provocar reformas en el seno de la Gran Logia; pero no tardó en convencerse que nada se podría esperar por este lado. Los Maestros de Logia inamovibles se consideraban como los detentores de feudos y no admitían que sus derechos fueran puestos en duda.

Rodeándose, entonces, de los masones más competentes, el administrador general elaboré, de acuerdo con ellos, un plan completo de reorganización; después, cuando todo estuvo listo, tomé una iniciativa sin precedente, invitando a las Logias de provincias a hacerse representar en París por diputados, los que, conjuntamente con los representantes de las Logias de la capital, debían deliberar sobre el proyecto de reforma y tomar, de una manera general, medidas de interés común.

La asamblea que se reunió por esta convocatoria, a comienzos de Marzo de 1773, tomó el título de Gran Logia Nacional. Se consideró investida de plenos poderes para la organización en Francia de un gobierno masónico basado sobre el régimen representativo; la ley masónica sería en adelante la expresión de la voluntad general. Se decidió entonces que cada Logia estaría representada de una manera permanente ante la nueva autoridad central llamada Gran Oriente de Francia. Se estipuló, además, que los oficiales de los talleres serían elegidos sólo por un año, lo que puso fin al privilegio del Maestro de Logia, llamado después Venerable Maestro o simplemente Venerable.

Como existía diversidad de ritos, el Gran Oriente no tardó en realizar la uniformidad en el seno de la Masonería francesa. Se limitó a establecer una centralización administrativa que, uniendo a las Logias, les permitía permanecer ligados a los múltiples cuerpos masónicos establecidos con anterioridad. La autoridad central recibió, sin embargo, la misión de verificar los poderes de todos estos grupos, a fin de determinar exactamente los derechos de cada uno.

Todos los masones que a consecuencia de esta verificación general fueron reconocidos como regulares, recibieron comunicación a partir de 1797 de una doble palabra de reconocimiento, renovada cada seis meses. Esta medida ha permanecido como original de la Masonería francesa porque el empleo de palabras semestrales no se esparció por el extranjero donde el relajamiento continuó efectuándose con toda su antigua amplitud.

La Gran Logia de Clermont

Las reformas provocadas por el Duque de Luxemburgo hirieron muchas susceptibilidades. El Gran Oriente había sustituido a la antigua Gran Logia por una especie de golpe de estado, cuya legalidad podía ser discutida. Los descontentos se escudaron, pues, en derechos que ellos pretendían imprescriptibles, para rehusar su adhesión al nuevo orden de cosas. Hubo así en Francia dos autoridades masónicas rivales, subsistiendo una al lado de la otra en muy mala inteligencia. Denunciándose recíprocamente como irregulares, tenían simultáneamente a su cabeza al Duque de Chartres, en su calidad de Gran Maestro de todas las Logias regulares de Francia. Los adversarios del Gran Oriente formaban lo que se llamó comúnmente, la Gran Logia de Clermont, la que así misma se designaba como el Antiguo y Unico Gran Oriente de Francia.

La Francmasonería antes de la Revolución

De 1773 a 1789 la Masonería tomó en Francia un gran desarrollo. Estaba entonces de moda, era de buen tono pertenecer a ella. Sus misterios excitaban la curiosidad general, tanto más cuanto que, se les creía poseedores de la llave de todos los enigmas. Parecía que las nuevas ideas se acreditaban mejor al amparo de formas masónicas. Era por esto que la Masonería servía para las más diversas propagandas. Las iniciaciones secretas daban un atractivo a las abstracciones filosóficas más arduas; inducían a reflexionar sobre problemas científicos, cuando no conferían una esperanza velada, pero mucho más formidable en materias políticas.

La influencia que las Logias ejercieron sobre esta última materia ha sido explicada por Luis Blanc en los términos siguientes:

“Es importante, dice, introducir al lector dentro de la mina que cavaban entonces bajo los tronos, bajo los altares, revolucionarios harto más profundos y activos que los enciclopedistas”.

Después demuestra cómo, la caída del antiguo régimen, fue preparada por las Logias, sin que, con todo eso, hubiera habido complot preparado por ellas. Los Masones de esa época no era ni conspiradores, ni energúmenos que se consumían en vanas declaraciones contra los abusos que sufrían. Eran solamente hombres sinceros que se contentaban con poner en práctica en las Logias las ideas de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Pero la Francmasonería presentaba en sus costumbres la imagen de una sociedad fi. indada sobre principios contrarios a los del medio ambiente:

“En las Logias Masónicas las pretensiones del orgullo hereditario estaban proscriptas y los privilegios de los nacimientos descartados”.

En el Gabinete de Reflexión, el profano leía esta característica inscripción: “Si tu respetas las distinciones humanas sal, no se las conoce aquí”. Por el discurso del orador el recién iniciado aprendía que el fin de la Masonería era el de borrar las distinciones de color, de rango, de patria, de aniquilar el fanatismo, de extirpar los odios nacionales, y era esto lo que estaba expresado bajo la alegoría de un Templo inmaterial, elevado al Grande Arquitecto del Universo por los sabios de todos los climas. Templo augusto cuyas Columnas, símbolo de fuerza y de sabiduría, estaban coronadas por las granadas de la amistad”.

“También, por las mismas bases constitutivas de su existencia la Francmasonería tendía a desacreditar las instituciones y las ideas del mundo exterior que la envolvía. Es cierto que las instrucciones masónicas imponen sumisión a las leyes, observancia de las formas y de las costumbres admitidas por la sociedad profana, respecto al soberano. Es cierto que reunidos en la mesa, los masones beben por el Rey en los Estados monárquicos y por el Magistrado Supremo en las Repúblicas. Pero semejantes reservas, encomendadas a la prudencia de una asociación que amenazaba tantos gobiernos asustadizos, no eran suficientes para anular las influencias naturalmente revolucionarias, aunque en general pacíficas, de la Francmasonería. Los que a ella pertenecían continuaban siendo ricos o pobres, nobles o plebeyos en la sociedad profana, pero en el seno de las Logias, templos dedicados a la práctica de una vida superior, ricos, pobres, nobles, plebeyos, debían reconocerse iguales y llamarse hermanos. Esto constituía una denuncia indirecta, personal y continua, de las iniquidades, de las miserias del orden social; era una propaganda activa, una prédica viva”.

Claudio de San Martín

Hacia 1750, Martínez Pasqualis, un kabalista de origen portugués, instituyó el Rito de los Elus Cohens (de los sacerdotes) que tuvo logias en Burdeos, Tolosa, Lyon y París. Se dedicaban a las prácticas teúrgicas. Los adeptos pretendían profundizar la ciencia de las almas y adquirir facultades extraordinarias. El más célebre entre ellos fue Luis Claudio San Martín, llamado el Filósofo desconocido, que llegó a ser al fin del siglo último, el jefe de la escuela mística francesa.

Sus obras tuvieron una gran resonancia, sobre todo a primera intitulada De los errores y de la verdad, o Los Hombres en relación con el principio universal de la Ciencia. La influencia de este refinado pensador fue considerable. Se le debe la divisa: Libertad, Igualdad, Fraternidad, como lo demuestra Luis Blanc en su Historia de la Revolución en el capítulo “Revolucionarios Místicos”.

Mesmer

Desde 1778 un médico austríaco llamó la atención de los sabios franceses sobre un agente terapéutico que creía haber descubierto en lo que él llamaba magnetismo animal. Rechazado al principio con desprecio, consiguió convencer a D’Eslon, el médico del conde de Artois. Sus teorías magnéticas fueron entonces reconocidas y justificadas por curaciones sorprendentes.

D'Eslon y Mesmer, sus iniciadores, eran Masones, ya fin de no enseñar sus secretos más que a hombres escogidos, reconocidos como incapaces de hacer mal uso de ellos, instituyeron una Masonería ad-hoc, practicando el rito llamado La armonía universal.

Cagliostro

Ningún hombre ha tenido el don de asombrar tanto a sus contemporáneos como José Bálsamo, más conocido con el nombre de Conde de Cagliostro. Después de haber sido la admiración de las principales ciudades de Europa, este prestigioso siciliano, vino a asombrar a París en 1785. Fue acogido con satisfacción por la Logia de Les Philaethes que estaba siempre en busca de misterios y de revelaciones sobrenaturales. Ahí Cagliostro se demostró como un gran iniciado, instruido en los supremos arcanos de los antiguos santuarios de Tebas y de Menfis. Con este título había ya fundado en Lyon una Logia: La Sabiduría Triunfante. En París perfeccionó su sistema para crear una Masonería andrógina pretendida egipcia, de la cual él fue el Gran Copto.

La sugestión y el hipnotismo tuvieron gran cabida y pueden explicar ciertas prácticas de adivinación que no pueden menos de sorprendernos hoy día.

La Masonería de Adopción

Los masones franceses soñaban o pensaban desde 1730, hacer participar a la mujer en los trabajos masónicos. Diversas asociaciones fueron creadas con este objeto, de 1740 a 1750, bajo los títulos de Felicitaire Orden des Chevaliers et Chevalieres de J'Ancre, la Orden des Chevaliers-Nymphes de la Rose, la Orden des Dames Ecosaises de l'Hospice du Mont-Taba, la Orden de la Perseverance, etc. Pero todas estas creaciones no se acercaban sino muy vagamente a la Francmasonería, la que en 1774 acordó su protección oficial a la Masonería de Damas.

Numerosas Logias de Adopción fueron entonces fundadas. Entre ellas se distinguió la Logia Candor, cuyas brillantes fiestas atrajeron a las más altas notabilidades de la Corte (Duquesa de Chartes, Duquesa de Borbón, Princesa de Lamballe, etc.).

La Iniciación de Voltaire

La Logia Nueve Hermanos procedió en 1778 a la recepción de Voltaire, presentado por Franklin y Court de Gebelin.

Fue un triunfo para la Masonería. La Tenida estaba presidida por Lalande, quien había agrupado a su alrededor a los Masones más distinguidos de la época. Entre estos los nombres más célebres son: Helvetius, Bailly, Mirabeau, Garat, Brissot, Camille Desmoulins y Condorcet; después Chamfort, Danton, Rabaut Saint Etienne, Pétion, don Gerle y el genovés Pingre, miembros de la Academia de Ciencias.

La Iglesia y la Francmasonería

La Masonería francesa del siglo XVIII no era de ninguna manera hostil al Catolicismo. No discutía ninguna cuestión de dogma dejando a cada cual sus creencias y sólo pedía respetar a todo aquel que bajo una forma cualquiera se dedicaba al servicio divino. Todo sacerdote lo consideraba sagrado, cuya ordenación correspondía según las ideas de la época, a la suprema iniciación. Así los miembros del clero, tanto secular como regular, eran recibidos en las Logias con entusiasmo. Se les confería rápidamente los más altos grados, sin sujetarse a las pruebas tradicionales, y esto, comúnmente, a título gratuito, bajo simple presentación; toda información previa era considerada superflua. En estas condiciones más de un eclesiástico reunió en sí las dignidades de la Iglesia con aquellas de la Masonería, y sé encontraba esto muy natural. Sin embargo, el Papado había lanzado ya dos veces su anatema contra los Francmasones.

EL rumor público había, en efecto, revelado al Papa Clemente XII, la existencia de ciertas sociedades de Liben Muratori o de Francmasones. Le habían contado a Su Santidad que “en esas asociaciones, los hombres de todas las religiones y de toda secta, atentos a respetar una aparente honestidad natural, se ligaban entre sí por un pacto tan estrecho como impenetrable. Se sometían a las leyes y estatutos hechos por ellos mismos, y se comprometían, además, por un juramento riguroso, prestado sobre la Biblia, y bajo las penas más severas, a tener ocultas, con un silencio inviolable, las prácticas secretas de su sociedad”.

El Soberano Pontífice, poseído de las más vivas inquietudes y llamando las luces de muchos cardenales, los reunió urgentemente en Roma el 25 de Junio de 1737. No se olvidó de convocar a esta reunión al Inquisidor del Santo Oficio de Florencia, quien fue, sin duda, el que más influyó en la redacción de la bula *In eminenti apostolatus specula* del 28 de Abril de 1738.

Clemente XII, parte del principio de que si las asociaciones masónicas “no hacen el mal, no tienen por qué temer a la luz”. Recorre en seguida en su espíritu “los grandes males que resultan ordinariamente de esta clase de sociedades o conventículos, no sólo para la tranquilidad de los Estados, sino más aún para la salud de las almas”. Dijo, también, “considerando que estas sociedades están en desacuerdo tanto con las leyes civiles como con las canónicas, e instruido por la palabra divina para velar día y noche como fiel y prudente servidor de la familia del Señor, para impedir a esos hombres asaltar la casa como salteadores públicos, y de arrasar las viñas como los zorros, es decir, de pervertir los corazones simples, y a favor de las tinieblas penetrar con sus procedimientos en las almas puras; para cerrar el largo camino que por esto puede ofrecerse a las iniquidades que se cometen impunemente, y por otras causas justas y razonables por nosotros conocidas, por el consejo de muchos de nuestros Venerables Hermanos los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, y de nuestro pleno poder apostólico, hemos resuelto condenar y prohibir estas dichas sociedades, asambleas, reuniones, asociaciones, comunidades, agregaciones o conventículos llamados: *Liberi Muratori* o de *Francmasones*, o llamadas con otros nombres, como las condenamos y prohibimos por nuestra presente constitución que permanecerá válida a perpetuidad”.

El Papa prohibió, en seguida, a los fieles toda relación con la Francmasonería, bajo pena de excomunión “para aquella persona que, no estando en artículo de muerte, no podrá recibir el beneficio de la absolución sino de nosotros mismos o del Pontífice Romano que entonces exista”.

Para terminar, ordenó al clero hacer uso de sus poderes contra los trasgresores, como fuertemente sospechosos de herejía. Deben ser castigados con las penas que merezcan, y cuando sea necesario, no debe titubear en requerir la intervención del brazo secular.

Esta Bula quedó sin efecto en Francia, pues los magistrados del Parlamento de París se negaron siempre a registrarla. No fue nunca legalmente promulgada en los Estados de Su Majestad muy cristiana, lo mismo que la Constitución apostólica Providas de Benedicto XIV, dada en 1751. Los Masones franceses pudieron así creer que las interdicciones apostólicas no les concernían.

Suspensión de los Trabajos Masónicos

En el curso de la tormenta revolucionaria, casi todas las Logias dejaron de reunirse. Se creyó que el ideal masónico iba a realizarse en el mundo profano y más de un masón creía, con Felipe Igualdad, que en los comienzos de una república no debía existir ninguna sociedad secreta.

En 1793, Roettier de Montaleau, un masón valiente y celoso, tomó a su cargo la tarea de interrumpir el sueño de las Logias del Gran Oriente, las que en número de 18 respondieron a su llamado. Su ejemplo fue seguido por algunos talleres de la antigua Gran Logia de Clermont, que, muy débiles para construir un poder masónico autónomo, aceptaron en 1799 fusionarse con el Gran Oriente.

Este fue así transitoriamente el único poder administrativo de la Masonería, que, a la sazón, había cedido el campo a los clubes políticos más propicios que los templos a las pasiones reinantes en esos momentos.

El Rito Escocés

La unión fue rota en 1801 por el Hermano Claudio Antonio Thory, que se esforzó en reorganizar el antiguo rito escocés filosófico, compuesto de diez grados: 1° Aprendiz, 2° Compañero, 3° Maestro, 4° Maestro Perfecto, 5° Caballero Filosófico Escogido, 6° Gran Escocés, 7° Caballero del Sol, 8° Caballero del Anillo Luminoso, 9° Caballero del Aguila blancay negra, 10° Gran Inspector Comendador. Este cuerpo que se dirigía más particularmente hacia los espíritus enamorados de la Alquimia y del Misticismo, se mantuvo hasta 1826. Tuvo su importancia ya que 75 Logias trabajaron bajo sus auspicios pero, otro “Rito Escocés”, estaba destinado a reemplazarlo.

El 22 de Septiembre de 1804 el Hermano Grasse-Tilly logró, en efecto, constituir un Supremo Consejo para la Francia, de Soberanos Grandes Inspectores Generales del Grado 33° y último del Rito Escocés Antiguo y Aceptado. Era una novedad importada de Charleston (Estados Unidos) donde ocho grados suplementarios habían sido agregados a los 25 del Antiguo Rito de Perfección, propagado en América en virtud de una Patente dada

el 27 de Agosto de 1761, al Hermano Etiénne Monn por el Consejo de los Emperadores de Oriente y de Occidente.

Para acreditar la innovación, sus autores no tenían temor de atribuirle a Federico II, rey de Prusia, a quien el pretendiente Carlos Eduardo Stuarto, pasaba por haberle, hace tiempo, legado la suprema dirección de la Masonería Escocesa. Se sostenía a este respecto, que el 12 de Mayo de 1786, el monarca prusiano había firmado las grandes Constituciones que aumentaban a 33 los grados escoceses.

Los masones alemanes han demostrado, después, hasta la saciedad el carácter apócrifo de ese documento, cuyo original no ha sido jamás habido.

Iniciado en Brunswick, el 15 de Agosto de 1739, antes de su advenimiento al trono, el Gran Federico no se ocupó más de la Masonería a partir de 1744. No poseyó, jamás, más que los tres primeros grados y se sabe actualmente que reprobaba la complicación de los altos grados. Pero se ignoraba todo esto en 1804, y la nueva jerarquía de grados fue aceptada con ligereza.

He aquí la nomenclatura:

1° Aprendiz; 2° Compañero; 3° Maestro; 4° Maestro Secreto; 5° Maestro Perfecto; 6° Secretario Íntimo; 7° Preboste y Juez; 8° Intendente de los Edificios; 9° Maestro Escogido de los Nueve; 10° Ilustre Escogido de los Quince; 11° Sublime Caballero Escogido (Jefe de las doce Tribus); 12° Gran Maestro Arquitecto; 13° Real Arco; 14° Gran Escogido, Perfecto y Sublime Masón (antiguo Maestro Perfecto, o de la Perfección o Gran Escocés de la Bóveda Sagrada de Santiago VI; 15° Caballero del Oriente o de la Espada; 16° Príncipe de Jerusalem; 17° Caballero de Oriente y Occidente; 18° Rosa Cruz; 19° Gran Pontífice o Sublime Escocés de la Jerusalem celeste; 20° Venerable Gran Maestro de todas las Logias regulares (antiguo Gran Patriarca Noaquita); 21° Noaquita (o Caballero Prusiano, antiguo Gran Maestro de la Llave de la Masonería); 22° Caballero de la Real Hacha (Príncipe del Líbano); 23° Jefe del Tabernáculo (grado nuevo); 24° Príncipe del Tabernáculo (grado nuevo); 25° Caballero de la Serpiente de Bronce (grado nuevo); 26° Trinitario Escocés, Príncipe de Gracia (grado nuevo); 27° Gran Comendador del Templo (grado nuevo); 28° Caballero del Sol (antiguo 23, Soberano Príncipe Adepto); 29° Gran Escocés de San Andrés (grado nuevo); 30° Caballero Kadosch (antiguo 24, Ilustre Caballero Comendador del Aguila Blanca y Negra); 31° Gran Inspector Comendador Inquisidor (grado nuevo); 32° Sublime Príncipe del Real Secreto (antiguo 25); y 33° Soberano Gran Inspector General (grado nuevo).

Como el Gran Oriente practicaba entonces bajo el nombre de “Rito francés” un sistema compuesto de siete grados, donde el último, el de Rosa-Cruz, correspondiente al 18° del rito escocés, los fundadores del Supremo Consejo pudieron contentarse con la colación de los grados que ellos llamaban filosóficos (del 19° al 30° y administrativos (31°, 32° y 33°). Reservándose así en la Masonería un rol de estado mayor, el Escocesisimo podía asumir la dirección espiritual o teórica, abandonando al Gran Oriente todos los resortes de la administración y del gobierno práctico.

Un concordato fue firmado en este sentido el 5 de Diciembre de 1804, pero las cláusulas no fueron legalmente ejecutadas de uno ni otro lado. Hubo, pues, ruptura el año siguiente, a continuación de la institución en el Gran Oriente el 21 de Julio de 1805, de un Directorio de Ritos, llamado en 1814 Supremo Consejo de los Ritos y después Gran Colegio de los Ritos, Supremo Consejo de los Grandes Inspectores Generales de 33° y

último grado del Rito scocés Antiguo y Aceptado para Francia y todas las posesiones francesas. Después hubo numerosas tentativas de fusión de los Ritos y de unificación por este medio de la Masonería francesa. Pero la división debía de mantenerse entre los Masones “Escoceses y Franceses”, si bien unos y otros se vanagloriaban puerilmente de practicar las tradiciones masónicas más puras.

La organización definitiva del Rito Escocés se remonta al año 1821, en que el Supremo Consejo se puso a constituir desde esa época tanto Logias simbólicas de los tres primeros grados como talleres superiores.

La Masonería Imperial

Después de la Revolución, la Masonería fue sometida en todos los países a un régimen de estrecha vigilancia. Para hacerse tolerar, los masones tuvieron que hacer protestas en las diversas monarquías, de su adhesión al soberano.

En Francia, el primer Cónsul, llegó hasta el punto de querer suprimir la Francmasonería. La delegación de los H.: H.: Massena, Kellermann y Cambaceres, lo decidieron, sin embargo, a mantener una asociación que sólo sería temible si se le obligaba a ocultarse. Llegado a Emperador, Bonaparte, juzgó más político autorizar a su hermano José para tomar la alta dirección de la Orden, aceptando el puesto de Gran Maestro que le había sido ofrecido. Pero Cambaceres y Murat le fueron nombrados adjuntos, a fin de ejercer una estrecha vigilancia en beneficio del Gobierno.

La Masonería se convirtió así, en cierto modo, en una institución oficial. Invasa por un tropel de dignatarios del Imperio, tuvo que abstenerse de todo aquello que podía contribuir a la emancipación de los espíritus. No le estaba permitido vivir sino bajo la condición de manifestar en todas las circunstancias, la adulación más llana al despotismo. Este régimen trajo el apogeo material del Gran Oriente que en 1814 contaba con 905 Logias de las cuales 73 eran de militares.

Contrariamente a lo que podía esperarse, estas últimas eran a menudo muy independientes; fueron en el extranjero las propagandistas de los principios de la Revolución. Los oficiales republicanos, pudieron así conspirar al amparo de fórmulas masónicas especiales.

Es así como una cierta Orden de Lyon intervino en la tentativa del General Mallet que en 1812 quiso alzarse contra el imperio.

La Masonería de adopción, so pretexto de brillantes fiestas de beneficencia, alentó las pretensiones de la Emperatriz Josefina.

La Restauración

Los cambios dinásticos de 1814 y 1815 encontraron a la Masonería francesa en situación enojosa. Después de haber ensalzado al Imperio con todo el énfasis de una sinceridad equívoca, se creyó un deber halagar a Luis XVIII con alabanzas del mismo tono. Cuando los 100 días, fue necesario un nuevo cambio de frente y aclamar frenéticamente la segunda vuelta al legítimo rey.

Cruelles humillaciones hicieron así expiar a la Masonería la falta que había cometido al salir de su esfera. No le correspondía felicitar o condenar los gobiernos bajo cuya autoridad se encontraban colocados sus adeptos, puesto que ella les exige respetar en todo y por todo el orden establecido sea cual fuere. Toda manifestación política, les estaba en consecuencia prohibida, no tan sólo por su dignidad sino que por la conciencia de su alta misión educativa y filosófica.

Sería injusticia, sin embargo, mostrarse muy severo respecto de aquellas palinodias, vistas las excepcionales dificultades de ese tiempo, de las cuales no era posible escapar de ninguna manera. La Iglesia, entonces muy poderosa, venía en efecto a ponerse en línea en contra de la Masonería que los clérigos exponían al odio de los amigos del trono y del altar.

El Papa Pío VII acababa de lanzar su bula “*Ecclesiam a Jesu Christo*” del 13 de Septiembre de 1821. Esta más propiamente dirigida, contra los Carbonan, cuya sociedad era ciertamente, según el Papa, “*uxia imitación, si no un retorio de la Francmasofiería*”. “*La promiscuidad de hombres de todas religiones y de todas sectas*” es un agravio capital a los ojos de la Iglesia, que rechaza “*dar a cada uno por la propaganda de la indiferencia en materias de religión, toda licencia de formarse una religión según su fantasía y seguir sus opiniones, sistema que nadie puede imaginarse lo dañoso que es*”.

En cuanto a la Constitución Apostólica “*Quo Graviora*” de León XII, aparecida el 13 de Marzo de 1825, se limita a reproducir las anteriores condenaciones, extendiéndolas a todas las sociedades secretas, presentes y por venir, que concibieran proyectos hostiles a la Iglesia y a los soberanos civiles. Los juramentos prestados por los afiliados son considerados nulos, en virtud de la decisión del III Concilio de Letrán, que declaró que “*no era posible llamar juramento, pero sí perjurios todas las declaraciones contrarias al bien de la Iglesia y a las instituciones de los Santos Padres*”. “*Nada es tan conmovedor como el afecto del Papa por los “Príncipes Católicos” sus “Muy amados hijos en Jesucristo” que él ama “con una ternura singular y paternal*”. Los exhorta a poner mano firme contra las personas que “*son parecidas a esos hombres a quienes San Juan, en su segunda epístola, priva del honor de la hospitalidad, y a los cuales no quiere que se les salude, y que nuestros padres no teman llamarlos primogénitos del demonio*”. Para los fieles que sean tentados a dejarse enrolar en estas sectas criminales, León XII, cita la palabra del Apóstol a los Romanos: “*Aquellos que fundan estas cosas son dignos de morir, y no solamente aquellos que las fundan, sino aquellos que se asocian a los que las fundan*”. Para terminar el Papa abre las puertas al arrepentimiento. Conjura a los descarrilados a volver a Jesucristo, y “*a fin de allanarles una vía fácil para la penitencia*” suspende en su favor por el espacio de un año, tanto la obligación de denunciar sus asociaciones, como las reservas de las censuras en las que han incurrido, de suerte que todo confesor regular puede momentáneamente absolverlos.

Contrariamente a las del siglo XVIII, las nuevas excomuniones tuvieron en Francia pleno efecto. No existía un cuerpo jurídico para refutar o rechazar el empadronamiento y gracias al concordato de 1801 el Papa ejercía, en adelante, un poder que no le había sido jamás concedido por la antigua monarquía.

El Reinado de Luis Felipe

La Francmasonería no había conspirado contra el gobierno de Carlos X, pero manifestaba sus simpatías por las ideas liberales que prevalecieron en 1830. La monarquía constitucional lo consideró un crimen y se demostró más quisquillosa aún que el régimen anterior.

Condenados desde entonces a una reserva extrema, los Masones se apartaron de todo trabajo serio. Estándoles prohibida la política, ésta se tramaba fuera de las Logias, en las “ventas” de los Carbonarios o al amparo de conciliábulos más secretos todavía. Las ideas nuevas, de las cuales SaintSimon y Fournier se habían convertido en apóstoles, se discutían en adelante fuera de la Francmasonería que se mostraba recelosa de acogerlas. En estas condiciones, en los templos masónicos sólo resonaban los ecos de las querellas que se renovaban sin cesar entre el Gran Oriente y el Supremo Consejo. Había en eso con que aburrir a numerosos Hermanos que al retirarse obligaron a sus Logias a caer en sueño.

Hubo, sin embargo, tentativas de fusión de Ritos, desde luego en 1819 y 1826, después en 1835 y 1841. Si no llegaron a unirse, concluyeron, sin embargo, por tolerarse recíprocamente y a vivir casi en buena inteligencia. El 10 de Diciembre de 1830 las dos potencias rivales ofrecieron una fiesta en común al general Lafayette.

Un despertar de las actividades masónicas parece manifestarse en 1840, por la fundación de una casa de socorros en favor de los Masones desgraciados.

El Gran Oriente procuró, en seguida, sacudir la modorra de las Logias publicando un Boletín trimestral de sus trabajos (1843). Masones instruidos se encontraron así envalentonados para publicar obras sobre la Francmasonería. Se les tomó a mal porque, predispuesta contra divulgaciones declaradas ilícitas, la autoridad masónica persiguió de la manera más odiosa al Hermano Ragon, Venerable de la Logia “Les Trinosophes”, autor de un Curso Filosófico e Interpretativo de las Iniciaciones Antiguas y Modernas, después al Hermano Clavel, culpable de haber hecho imprimir sin permiso una Historia Pintoresca de la Francmasonería.

Más tarde el Gran Oriente está tan mal inspirado que entraba la feliz iniciativa de las Logias de provincia, que se reunieron en Congreso en la Rochelle (1845), en Rochefort y Strassbourg (1846), después en Saintes y en Tolosa (1847).

La Gran Logia Nacional de Francia

El triunfo de la democracia en 1848 debía tener su repercusión en la Francmasonería. Diecisiete Logias se sustrajeron a la tutela del Supremo Consejo, para constituirse en confederación independiente, regida por una Gran Logia Nacional de Francia.

La nueva potencia masónica proclama la soberanía de las Logias, cuya autonomía garantiza. Ella confirma la fusión de los Ritos y declara abolidos los grados superiores, cuyos rituales pone a disposición de los Maestros.

Estos procedimientos, revolucionarios no son del agrado del Gran Oriente ni del Supremo Consejo, que rehusan reconocer la Gran Logia Nacional. Esta, en revancha, logró

reanudar las relaciones seguidas con la Masonería extranjera. Pero la nueva organización era demasiado democrática.

Desagradó a la policía que ordenó la disolución de la Gran Logia. Era preciso someterse y después de haberse reunido por última vez el 15 de Enero de 1851, se disolvió después de levantar un acta de enérgica protesta.

Revisión Constitucional

El primer Código masónico regular del Gran Oriente data de 1826. Antes de esta época la confederación no estaba regida más que por estatutos que se remontaban a 1813 y por la serie de decretos, comúnmente contradictorios, adoptados por las asambleas sucesivas.

En 1839 se hizo una revisión de los estatutos adoptados en 1826; pero en 1847 se puso en estudio una modificación más a fondo de la ley Masónica. Se llegó así a un proyecto de constitución elaborado por una comisión especial. Este trabajo fue sometido en 1849 a la sanción de los representantes de todas las Logias de Francia sin distinción de rito. Todos los Masones regulares habían sido invitados a cooperar en esta obra de reforma, pero solos los Talleres del Gran Oriente enviaron delegados.

La nueva Constitución permite a las Logias ejercer un control permanente sobre los actos de la administración central. A este efecto los mandatarios de todos los Talleres se reunían cada año durante una semana en Asamblea o Convento, con la misión de votar las medidas de interés común, de proceder a la elección de los administradores de la Orden, de sancionar la gestión financiera, etc...

Dios y la Inmortalidad del Alma

Haciendo la declaración de que la Francmasonería respeta la libertad de conciencia como un derecho propio de cada hombre y que no excluye a nadie por sus creencias, los constituyentes de 1849 creyeron un deber proclamar como principio fundamental de la Francmasonería la creencia en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma.

Estas declaraciones constitucionales fueron, en seguida, juzgadas contradictorias.

El Príncipe Lucien Murat

En 1848 el Gran Oriente estaba dispensado de la abstención estricta que la Francmasonería debía imponerse en materias políticas. Una delegación oficial había expresado sus felicitaciones a los miembros del gobierno provisorio. Este precedente acarreó consecuencias de lo más humillante cuando se produjo el golpe de Estado. La Gran Maestría, vacante desde 1814, fue restablecida en beneficio del príncipe Murat, quien, impuesto por el gobierno, fue dócilmente elegido el 9 de Enero de 1852.

Este primo del Emperador quiso regir con despotismo. A fin de paralizar la acción de la Francmasonería, le suscitó enredos financieros por la adquisición del hotel de la calle Cadet; después, en 1860, no titubeó en hacer intervenir la policía a fin de asegurar su

reelección. En la votación fue, sin embargo, elegido el príncipe Napoleón, quien obtuvo la mayoría. Pero una orden imperial obligó a los dos príncipes a declinar toda candidatura.

La Gran Maestría quedó así sin titular hasta el 11 de Enero de 1862, fecha de un decreto del emperador en que él mismo nombraba al Mariscal Magnan Gran Maestro del Gran Oriente.

En este mismo año se fundó el Orfelinato Masónico, institución que no ha cesado de prestar inmensos servicios.

El Mariscal Magnan

Colocando a la cabeza de la Masonería a un de sus cómplices del golpe de Estado, el Emperador no tuvo precisamente, en vista favorecer los trabajos simbólicos.

El nuevo Gran Maestro aportó, desde luego, en el ejercicio de sus funciones, una brutalidad digna de un héroe de la guerra civil. Hizo notificar al Supremo Consejo del Rito Escocés que debía plegarse por la fuerza al Gran Oriente.

Pero los Masones Escoceses no se mostraron accesibles a ninguna intimidación. Tenían dejefe al académico Viennet, quien respondió a las órdenes arbitrarias de la hechura del Emperador con la siguiente carta:

París, 25 de Marzo de 1862.

Señor Mariscal:

Me notificáis por la tercera vez de reconocer vuestra autoridad masónica, y esta última notificación está acompañada de un decreto que pretende disolver el Supremo Consejo del Rito Escocés, Antiguoy Aceptado. Yo os declaro que no me doblego a vuestro llamado y miro vuestro decreto como si no existiera.

El decreto imperial que os ha nombrado Gran Maestro del Gran Oriente de Francia, es decir de un Rito Masónico que existe solamente desde 1722, no os ha sometido la antigua Masonería que data de 1723. No soís, en una palabra, como lo pretendéis, Gran Maestro de la Orden Masónica en Francia, y no tenéis ningún poder que ejercer respecto del Supremo Consejo que tengo el honor de presidir: la independencia de las Logias de mi Obediencia ha sido abiertamente tolerada, aún después del decreto en que os apoyáis sin tener derecho para ello.

Sólo el Emperador tiene el poder de disponer de nosotros; si Su Majestad cree poder disolvemos yo me sometería sin protestar; pero como ninguna ley nos obliga a ser masones a pesar nuestro, yo me permitiría sustraerme por mi cuenta a vuestra dominación.

Vuestro (firmado) Viennet.

Esta actitud enérgica atrajo hacia los Escoceses los espíritus hostiles al Imperio, y el Supremo Consejo, a despecho de su organización poco democrática, vino en adelante a ser un centro de protestas republicanas.

El descalabro del Mariscal Magnan le hizo concebir una más alta idea de la Francmasonería. Instruido poco a poco por sus consejeros, llegó a ser finalmente un Masón sincero, cuyo celo produjo los más felices resultados. Se esforzó en reparar todo el mal debido a la enojosa intervención del príncipe Murat. Las finanzas del Gran Oriente fueron

reorganizadas. Después, como el poder de la Gran Maestría se había extendido de una manera abusiva, el Mariscal se hizo el promotor de una revisión constitucional que restituyó a la Asamblea General del Gran Oriente el ejercicio integral del poder legislativo.

Por otra parte, obtuvo del Emperador, el derecho para el Gran Oriente de nombrar de nuevo Gran Maestro. En fin, el cambio de su actitud fue tan completo que a su muerte, que sobrevino en 1865, había adquirido el derecho al reconocimiento de los Masones.

El General Mellinet

Durante los últimos cinco años del Imperio el Gran Oriente tuvo a su frente al general Mellinet, viejo Masón profundamente dedicado a la Francmasonería a quien servía con tanta benevolencia como firmeza.

La Masonería francesa estaba entonces en el apogeo de su prestigio. El anatema fulminado contra ella en muchas ocasiones por el fogoso Pío IX, le valió las simpatías de todos los espíritus esclarecidos que rechazaban el Syllabus.

El Gran Oriente había tomado el hábito de intervenir acerca de los diferentes poderes masónicos, cada vez que algún principio humanitario parecía ser desconocido. Insistió acerca de la Masonería prusiana para hacerla desistir de las decisiones tomadas en contra de los israelitas, declarados inadmisibles en la Francmasonería. Se dieron los pasos para que las Logias americanas no rehusaran la iniciación a los hombres de color.

En fin, el Gran Oriente era considerado afuera como una autoridad digna de la Nación francesa, que se complacía en la misión caballerescas que se había atribuido.

Las Logias, por otra parte, se dedicaban a estudios que tuvieran en el interior una importancia considerable.

Mientras que el Hermano Massol preconizaba la Moral Independiente, cuestiones de filosofía o de economía y política eran discutidas por todas partes con gran libertad.

La Tercera República

En 1870 el Hermano Babaud-Laribiere no aceptó la Gran Maestría sino para preparar la supresión de esta dignidad.

Diez Logias parisienses se reunieron sin embargo en Septiembre de 1870, con la intención de enviar una diputación al Rey de Prusia para hacer un llamado a su corazón de francmasón. Se trataba de obtener que sus tropas perdonasen a las mujeres, los viejos y los niños, respetando la propiedad individual y absteniéndose de bombardeos inhumanos como los de Strasbourg. Sobreexcitada la reunión por vehementes discursos, la reunión aprobó al fin un manifiesto declarando al Rey y al Príncipe Real de Prusia “monstruos con cara humana”, indignos de su título de francmasones.

Deseando evitar una efusión de sangre entre franceses, los Masones parisienses organizaron el 29 de Abril de 1871 una manifestación pacífica que llegó a Neuilly de donde una delegación pasó a Versalles, sin encontrar en el Gobierno el espíritu de conciliación esperado.

Habiendo exigido la autoridad alemana, después de la anexión de Alsacia y Lorena, que las 8 Logias de la región rompieran toda relación con el Gran Oriente de Francia, estos

Talleres prefirieron cesar en sus trabajos y disolverse. Sus miembros fundaron en París la Logia “Alsacia y Lorena” y el Gran Oriente rompió toda correspondencia con los poderes Masónicos del Imperio Alemán.

Después de los desastres que hirieron tan cruelmente a su país, los masones franceses no pensaron más que en reedificar su patria. En presencia de la catástrofe causada por el régimen cesáreo, todos sus esfuerzos se encaminaron en adelante, al triunfo de la democracia. La causa de la Francmasonería se identificó con la de la República y si las luchas electorales tuvieron en esta ocasión lugar prominente en las preocupaciones de las Logias, fue porque el estandarte masónico había reunido a todos los amigos del progreso que se unieron para estorbar las asechanzas de la reacción y del clericalismo.

El Convento de Lausanne

La Masonería Escocesa que se había hecho mucho daño por sus leyendas mal fundadas y por su jerarquía pretenciosa, quiso en 1875 darse una organización internacional. Todos los Supremos Consejos se hicieron con este objeto representar en Lausanne, donde se llegó a las Grandes Constituciones que debían regir en adelante a los Masones Escoceses.

El Grande Arquitecto del Universo

La Asamblea General del Gran Oriente había discutido frecuentemente el artículo 12 de la Constitución. Quedó reconocido en 1876 que la Francmasonería debe abstenerse de toda afirmación dogmática. Consultadas sobre la mantención del párrafo que estipula que la Francmasonería tiene por principios la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, las Logias ordenaron a sus mandatarios votar por la supresión de este texto. El Convento de 1877 modificó, pues, la Constitución en el sentido requerido.

Esta decisión trajo el abandono de la fórmula “A.: L.: G.: D.: G.: A.: D.: U.:” que tradicionalmente se colocaba en el encabezamiento de todos los documentos masónicos.

Algunos Talleres quisieron hacer notar más tarde que el voto del Convento de 1877 no envolvía necesariamente esta medida. El dogma debía ser descartado, pero una fórmula esencialmente simbólica no tenía por qué ofuscar a nadie, puesto que cada uno quedaba libre de interpretarla según sus convicciones personales.

Pero una Asamblea, que no tuvo más que algunos días por delante para pronunciarse sobre un número tan grande de cuestiones, no podía aportar a su examen ni el cuidado ni la competencia deseadas. El simbolismo masónico quedaba así mutilado.

En el extranjero, se tomó de aquí pretexto para romper con el Gran Oriente de Francia. La Gran Logia de Inglaterra podía obedecer, en esto, a un antiguo enemigo contra un poder masónico que había en un momento eclipsado su prestigio. Lo mismo que la Masonería Sueca, debía, por otra parte, ver con malos ojos la propaganda republicana de los masones franceses. En cuanto a las diversas Grandes Logias de los Estados Unidos, ellas fueron inspiradas tanto por sus sentimientos piadosos como por su animosidad hacia

una Obediencia que quiso imponerles la fraternidad con los negros. Los clericales no dejaron naturalmente en esta ocasión de clamar contra el ateísmo de la Francmasonería.

La Gran Logia Simbólica Escocesa

En 1868, 1873 y 1879, el Supremo Consejo había castigado rayando a un cierto número de talleres y de Masones que se habían insubordinado en contra de su autoridad.

A consecuencia de estas medidas disciplinarias, doce Logias, víctimas de su apasionamiento por las ideas de progreso y de emancipación masónica, constituyeron una alianza autónoma bajo el nombre de Gran Logia Simbólica Escocesa.

Este nuevo poder masónico fue inmediatamente reconocido por el Gran Oriente y más tarde por el Supremo Consejo. No practicaban más que los tres primeros grados y reivindicaban para las Logias el derecho de administrarse ellas mismas y se basaban esencialmente en el principio de “El Masón Libre en la Logia Libre”.

La Encíclica “Humanum Genus”

En su Alocución solemne “Multipliques inter” del 25 de Septiembre de 1865, Pío IX había enumerado los actos por los cuales sus predecesores habían pretendido exterminar “esta sociedad perversa vulgarmente llamada Masonería”. Pero él constata con el corazón herido: “Estos esfuerzos del Trono Apostólico no han tenido el éxito que era de esperar”. La secta masónica no ha sido vencida ni destruída: por el contrario, ella se ha desarrollado de tal manera que en estos días tan difíciles se muestra en todas partes impunemente y levanta su frente con más audacia que nunca”. Con este nuevo anatema, la Masonería no se sintió peor. Pero como el Papado no puede resolverse a reconocer la inutilidad de sus fulminaciones vemos nuevamente aparecer, el 20 de abril de 1884, una larga instrucción de S.S. León XIII.

El Papa toma por su cuenta a la Masonería y a lo que él llama el “naturalismo” por oposición al sobrenaturalismo revelado de la Iglesia. Aplica su elocuencia a refutar las doctrinas que atribuye a menudo gratuitamente a sus adversarios. Pero lo que sorprende en un Papa que se ha querido hacer pasar por hombre de genio, es que se haya hecho eco de los más ridículos cuentos. “Aquellos que están afiliados, dice, deben prometer obedecer ciegamente y sin discusión a las imposiciones de los jefes, de estar siempre listos, a la más pequeña notificación, al más ligero signo, para ejecutar las órdenes dadas sometiéndose desde luego en caso contrario, a los castigos más rigurosos, y aún a la muerte. De suerte, que no es raro que la pena capital sea infligida a aquellos que están convictos, sea de haber divulgado la disciplina secreta de la Sociedad, sea de haber resistido a las órdenes de los jefes y ésta se practica con tal destreza que, generalmente, el ejecutor de estas sentencias de muerte escapa a la justicia establecida para velar sobre los crímenes y castigarlos”.

¿Quién es en nuestros días el hombre de buen sentido que acepta todavía semejantes fábulas?. ¿Es admisible que se obre de buena fe cuando se hace eco de calumnias tan ridículas?. En todo caso, se comprende a los Masones del siglo XVIII que no tomaron en serio las excomuniones.

Revisión de los Rituales

Las fórmulas tradicionales de la Francmasonería habían dejado de ser comprendidas por un gran número de Masones. La iniciación verdadera estaba perdida. Se reclamaba, por consiguiente, reformas tendientes a simplificar todo, bajo el pretexto de ponerse en armonía con el progreso - y desgraciadamente también con la ignorancia - del siglo.

El Gran Colegio de los Ritos del Gran Oriente de Francia, creyó dar una satisfacción a todas las exigencias publicando un ritual inspirado en los deseos formulados por los Talleres (1886).

Pero el nuevo ceremonial no fue del gusto de los Masones instruídos, que lo consideraron desprovisto de todo alcance esotérico. Bajo este punto de vista, muchas Logias se negaron a abandonar sus antiguos usos. Otras, por el contrario, renunciaron a toda clase de simbolismo. De aquí provino una falta absoluta de homogeneidad, contra la cual era importante reaccionar.

Congresos Masónicos Internacionales

La Exposición internacional de 1889 debía reunir en París un gran número de Masones extranjeros. El Gran Oriente quiso aprovechar ésto, para convocar un Congreso Masónico Internacional, que permitiera a la Masonería francesa justificarse de las acusaciones dirigidas contra ella desde 1877.

Los motivos de las decisiones tomadas en esa época fueron expuestos en documentos oficiales, de manera de dejar bien establecido, que, si la francmasonería había rehusado tomar por base un dogma, era porque deseaba estar por sobre todas las cuestiones de iglesias y sectas. Tiende a dominar todas las cuestiones, sin tomar partido por ninguna escuela. El templo simbólico no puede semejar a ninguna capilla estrecha; no puede representar sino un vasto refugio siempre abierto a todos los espíritus generosos y valientes, a todos los que en conciencia y con desinterés buscan la Verdad, lo mismo que a todas las víctimas del despotismo y de la intolerancia.

Las Potencias masónicas que más interesaba convencer, no habían creído, desgraciadamente, oportuno responder a la invitación del Gran Oriente, cuya situación quedó esclarecida sólo a los ojos de las federaciones amigas. Pero éstas, por lo menos, se declararon plenamente satisfechas de las explicaciones dadas, al término de las cuales quedó en claro que jamás se habían tratado de substituir por una negación materialista una afirmación espiritualista. El innico cuidado de los Masones franceses había sido salvaguardar el principio de la libertad absoluta de conciencia, manteniéndose dentro del espíritu del artículo 1 de la Constitución de 1723. (Ver el párrafo “El Libro de las Constituciones”).

El Congreso de 1889 tuvo, desde luego, por resultado práctico hacer resaltar la necesidad de una organización que permita a los cuerpos masónicos del mundo entero armonizarse y mantener frecuentes relaciones. Se pensó primero en convocar congresos periódicos, en los cuales todas las potencias masónicas del mundo debieran estar representadas. Pero una entente previa era indispensable para este objeto; fue lo que

comprendió la Gran Logia Suiza “Alpina” que propuso la constitución de una “Oficina Internacional de Relaciones Masónicas”.

La oficina no debía entrar en funciones sino el 1° de Enero de 1903. En el intervalo, una conferencia masónica tuvo lugar en Anvers del 21 al 24 de Julio de 1894. Fue seguida en 1896 de una reunión que tuvo lugar en La Haya, con ocasión de la célebre conferencia diplomática relativa al desarme y al arbitraje entre las naciones. La Exposición de 1900 permitió, en seguida, dar brillo particular al segundo Congreso Masónico de París. Después vino, en Septiembre de 1902, el Congreso de Génova, en el cual los delegados alemanes participaron por primera vez con títulos oficiales. Ellos debían en seguida asistir oficialmente al Congreso Masónico Internacional de Bruselas en agosto de 1904 y ensayar, en estas dos circunstancias, la reconciliación de las Grandes Logias de su país con la Masonería francesa.

La Gran Logia de Francia

La escisión que dió nacimiento a la Gran Logia Simbólica Escocesa, no impidió al Supremo Consejo mantener su soberanía sobre los talleres colocados bajo su jurisdicción. Las Logias, sin embargo, se emanciparon poco a poco de su autoridad que, al fin de cuentas, no fue reconocida más que en teoría. Este relajamiento tuvo una repercusión tanto más enojosa sobre el tesoro central, cuanto que la gestión financiera del Supremo Consejo había levantado críticas de las cuales tomaron pretexto los Talleres, poco solícitos, para librarse de sus tributos.

Para salir de enredos el Supremo Consejo consintió en otorgar a las Logias su autonomía administrativa (decreto del 7 de Noviembre de 1894). Inmediatamente los delegados de todas las Logias Escocesas, disidentes o no, resolvieron constituirse en Gran Logia de Francia. Esta nueva federación debía reunir a las Logias colocadas hasta aquí bajo la obediencia del Supremo Consejo, con aquellas que habían formado la Gran Logia Simbólica Escocesa. la fusión fue inmediatamente aceptada en principio; pero, el 23 de febrero de 1895, se creyó necesario esperar hasta que los dos grupos hubieran liquidado sus situaciones financieras. La unidad de la Masonería Simbólica Escocesa no se realizó así, sino hasta el año 1897. No se produjo inmediatamente una fusión efectiva entre los elementos que consistieron en asociarse. Largo tiempo aún debía cada uno de ellos conservar su individualidad, con sus tendencias propias, a menudo contradictorias, en el seno de la nueva organización.

La nueva organización tuvo así un principio difícil porque a los antagonismos que era necesario conciliar, se agregaba la necesidad de sustituir el orden a la anarquía en las relaciones entre las Logias y la autoridad central.

Gracias a las concesiones recíprocas, la armonía fue, sin embargo, siempre mantenida y progresivamente consolidada. Los Masones que llegaron a presidir los destinos de la Gran Logia de Francia supieron, por otra parte, inspirar confianza, dar a las Logias hábitos de regularidad, asegurando, con esto, el buen funcionamiento administrativo de la federación. Comprendieron, entonces, que la Gran Logia de Francia podía prepararse un brillante futuro, reanudando las relaciones fraternales con todos los poderes masónicos reconocidos como regulares. En el interés de estas relaciones, la Gran Logia tuvo el

cuidado de no separarse en nada de las tradiciones simbólicas de la Masonería universal. Creyó así poder entrar oficialmente en relación con todas las demás Grandes Logias y al efecto se dieron los pasos necesarios. Se le hizo entonces la objeción de no ser completamente soberana e independiente puesto que, con el fin de permanecer “escocesa”, continuaba trabajando “en el nombre y bajo los auspicios del Supremo Consejo del Rito Escocés Antiguo y Aceptado para la Francia y sus dependencias”.

Esta objeción fue salvada por un decreto del Supremo Consejo, dado el 26 de Julio de 1904, e inmediatamente después de él, la Gran Logia de Francia pudo proclamarse estrictamente autónoma, independiente y soberana. Le fue, entonces, posible a la federación francés de las Logias del Rito Escocés entrar en relaciones de amistad con numerosos poderes Masónicos extranjeros y en particular con la Unión de ocho Grandes Logias alemanas.

Publicaciones Masónicas Francesas

En 1890 apareció el último número de la “Cadena de Unión”, revista mensual dirigida durante veinticinco años por el Hermano Hubert con infatigable dedicación.

“La Trulla” procura sucederle, pero los esfuerzos de sus redactores se estrellan con la apatía de los masones, que ya habían dejado fracasar el “Mundo Masónico”.

“El “Boletín Masónico”, fundado en 1880, fue por mucho tiempo el único órgano periódico destinado a hacer conocer los trabajos de las Logias. esta publicación, que se convirtió en la “Revista Masónica Mensual”, cesó de publicarse en 1910.

Desde Octubre de 1902 se publica “La Acacia”, revista mensual de estudios masónicos redactada exclusivamente por masones. Este órgano de publicidad ha contribuido considerablemente a levantar el prestigio de la Masonería francesa ante los ojos de los masones instruidos del extranjero. A partir de 1910 la “Luz Masónica” publicó mensualmente interesantes trabajos. Estas dos revistas desaparecieron en 1914, pero “La Acacia” ha tomado fuerza y vigor y aparece mensualmente.

“El Simbolismo” apareció de 1912 a 1914 y desde 1920 hace una propaganda destinada a poner los ideales masónicos al alcance de todos los iniciables.

“La Estrella Flamígera” sólo tuvo efímera duración en 1919.

La prensa masónica une a los masones más instruidos del mundo entero, se esfuerza en disipar los malos entendidos entre las Masonerías nacionales y se levanta contra los abusos.

Cuando los gobiernos masónicos no logran entenderse y son un obstáculo a la unidad de la institución, el acuerdo se produce entre los escritores masónicos en beneficio del espíritu de universalidad que es la esencia misma de la Francmasonería.

LA SITUACION MASONICA EN 1920

Gran Oriente de Francia

De tres jurisdicciones masónicas reconocidas en Francia, el Gran Oriente es a la vez la más antigua y la más importante. Cuenta con 441 Logias, 78 Capítulos y 31 Consejos.

El poder legislativo es ejercido en esta confederación por los delegados de los Talleres simbólicos, que se reúnen cada año, durante seis días, en Asamblea general o Convento. En este corto espacio de tiempo, los mandatarios de las Logias tienen que deliberar sobre las proposiciones previamente sometidas al examen de los Talleres. Votan, además, el presupuesto anual de la federación y proceden a las elecciones para el Consejo de la Orden, que se compone de 33 miembros, elegidos por tres años y renovados por tercios cada año. Este Consejo está encargado de la administración. A su cabeza se encuentra el Presidente del Consejo de la Orden, que representa al conjunto de la federación, sin disfrutar sin embargo, de ninguna de las prerrogativas agregadas en otro tiempo a la Gran Maestría.

La justicia masónica es aplicada en última instancia por la Cámara de Casación, cuyos miembros son designados por el Convento.

Existe, además, en el seno del Gran Oriente un Gran Colegio de Ritos, encargado de conferir los tres últimos grados de el Escocismo (31, 322 y 332) después de velar por el mantenimiento de las tradiciones masónicas.

El Escocismo

Los talleres de la jurisdicción francesa del rito escocés se agruparon desde 1894 en dos poderes masónicos distintos.

Las Logias simbólicas, que sólo practicaban los tres primeros grados, formaron la federación de la Gran Logia de Francia; los Talleres superiores (de 49 al 339) continuaron, por el contrario, trabajando bajo la obediencia del Supremo Consejo.

La Gran Logia es, propiamente hablando, la asamblea legislativa constituida por los diputados que las Logias eligen cada año, a razón de un representante por cada cincuenta miembros o fracción de cincuenta. La Gran Logia no ejercía, sin embargo, la plenitud del poder legislativo, sino cuando se reunía en Convento, es decir, en una asamblea general, en la cual las Logias del departamento son autorizadas a hacerse representar efectivamente por uno de sus miembros y no simplemente por un diputado escogido entre los masones parisienses. El Convento toma todas las decisiones con fuerza de ley, vota el presupuesto y procede a las elecciones de los oficiales de la Gran Logia, de los miembros del Consejo Federal, del Tribunal de Casación y de las diversas Comisiones administrativas. Fuera del Convento, la Gran Logia no tiene más que prerrogativas restringidas, que hacen ser consideradas como estériles sus reuniones ordinarias, donde no figuran más que diputados que viven en París. El Consejo Federal, compuesto de 33 miembros, no es responsable más

que ante el Convento, si bien que, de una asamblea anual a la otra, ejerce el poder administrativo sin un control eficaz. Ningún inconveniente práctico ha resultado hasta aquí; pero no es menos deseable que el funcionamiento de la Gran Logia de Francia sea asegurado de una manera más lógica. Esta Federación, que sólo se compone de 156 Logias, no podía rivalizar numéricamente con el Gran Oriente de Francia. Es de desear que estos dos poderes, desiguales bajo tantas razones, prosigan paralelamente sus obras, cada uno esforzándose en hacer más que el otro, sin que esta competencia por el bien traiga la menor perturbación en sus relaciones fraternales.

Después que el Supremo Consejo fue aliviado del cuidado de la administración de las Logias azules, pudo dedicarse a perfeccionar la institución de altos grados. Estos no son, en adelante, vano pretexto de títulos pomposos; era necesario merecerlos, demostrando una instrucción masónica efectiva. La selección vino a ser así real en los talleres superiores del rito escocés que se compone de 5 Logias de perfección (49 al 14), 32 capítulos (15 al 18) y 13 Areópagos (19 al 30).

Los Ritos No Reconocidos

El 14 de Enero de 1882, la Logia “Los Libres Pensadores” del Oriente de Pecq (Sine-et-Oise) creyó poder acordar la iniciación masónica a María Deraismes, conferenciante eminente, estimada digna de llevar el mandil simbólico. Esto era una innovación contraria a los usos de la Masonería universal que obligó a la Gran Logia Simbólica Escocesa a declarar en sueño la Logia de Pecq y anular una recepción tachada de ilegalidad. Esto no impidió que la neófito se considerara como una buena y legítima masona, tanto que más tarde, en Marzo de 1893, se creyó autorizada para conferir la luz masónica a otras mujeres. Así nació la Gran Logia mixta “El Derecho Humano” que se dedica en Masonería a tratar al hombre y a la mujer sobre la base de una perfecta igualdad. Esta Obediencia es considerada como irregular, lo mismo que las Logias que han adoptado sus principios.

La Masonería, sin embargo, está lejos de desinteresarse por la iniciación de la mujer, pero el problema es difícil de resolver y no debe ser encarado desde el solo punto de vista de las reivindicaciones feministas.

Bibliografía

Una noticia histórica sobre la “Masonería Francesa en 1818” constituye la parte más importante de una obra consagrada a las “Enseñanzas Secretas de Martínez de Pasqually”, según Franz von Boader, París, Chacornac, 1900.

Entre las obras antiguas difíciles de obtener, las más solicitadas son las siguientes:

Investigaciones sobre el Rito Escocés Antiguo y Aceptado, por J. Emile Daruty, París, 1879.

Thory: Acta Latomorum o Cronología de la Historia de la Francmasonería francesa y extranjera, París, Nouzou, 1815.

E. Reboid: Historia de tres grandes logias de Francmasones en Francia, París, 1865.

A. G. Joaust: Historia del Gran Oriente de Francia, Rennes, París, 1865.

La Gran Logia de Chile *

Recién afianzada la independencia de nuestro país y aún no bien calmada la exaltación patriótica que en todos los ánimos produjera aquella sangrienta lucha, puede decirse que, por lo general, la gran corriente de opinión se dirigía casi exclusivamente en el sentido de darle base indestructible a aquella libertad, a costa de tantos sacrificios alcanzada, y que el primitivo conquistador trataría de amagar a cada instante.

Además, los múltiples problemas que se presentaban a los ciudadanos de una república recién nacida, tenían necesariamente que absorberles todas las energías y todas las preocupaciones, quedando poco o ningún tiempo para la especulación filosófica y para esas labores del espíritu, propias de las épocas de paz y de progreso.

Acaso por estas causas, y otras más ocultas y por tanto más difíciles de señalar, la Francmasonería no pudo constituirse como corporación sino hasta pasados algunos años y cuando y a aquellos urgentes problemas de que hemos hablado habían encontrado su solución o estaban en camino de ser felizmente resueltos.

Fue necesario que un grupo de francmasones franceses se congregara para llevar a la práctica la idea de fundar una Logia masónica en nuestro país.

Al efecto, se reunieron en Valparaíso y, después de los trámites preliminares, establecieron en el vecino puerto una logia simbólica, bajo el nombre distintivo de ‘Etoile du Pacifique’. Este acontecimiento, punto de partida del establecimiento regular de la Masonería en nuestro país, tuvo lugar el 7 de Agosto de 1850. Esta Logia obtuvo su Carta Constitutiva del Gran Oriente de Francia y quedó, en consecuencia, sometida a dicha Potencia Masónica.

Otros francmasones ingleses y norteamericanos, alentados por aquel ejemplo, resolvieron, a su vez, fundar otra Gran Logia; y, al efecto, pidieron sus Cartas Patentes a la Gran Logia de California. Más, como no obtuvieron resultado las gestiones iniciadas en tal sentido, recurrieron, con éxito esta vez, a la Gran Logia de Massachusetts. Obtenida la Carta Constitutiva se instaló solemnemente en Valparaíso el 14 de Diciembre de 1854, bajo el nombre de “Bethesda”.

De estas Logias, una trabajaba en francés y la otra en inglés; y por aquel entonces, en que el estudio de los idiomas extranjeros no había alcanzado el desarrollo que tiene ahora, este hecho constituía una verdadera dificultad para los chilenos que quisieran ingresar como miembros de la institución. No obstante, y aconsejados por el Hermano Manuel de Lima, natural de Curacao y que había sido iniciado en Caracas, algunos chilenos hicieron un esfuerzo y lograron ser admitidos en la Logia “Etoile du Pacifique”. Allí trabajaron con perseverancia ejemplar, hasta obtener su grado de maestros. Entonces pudieron llevar a la práctica una idea acariciada desde tiempo atrás: fundar una Logia Masónica chilena. Esta fue la “Unión Fraternal” que empezó a trabajar el 27 de Julio de 1853 bajo la dependencia del Gran Oriente de Francia.

(*) Inserción del traductor autorizada por el autor.

Con la base de las Logias “Etoile du Pacifique” y “Unión Fraternal”, el Gran Oriente de Francia estableció en Valparaíso un Capítulo del Grado 18 y un Consistorio del Grado 30.

En menos de diez años, desde la fundación de estas Logias, los ideales se propagaron rápidamente en el país. El corazón de los chilenos, todavía conmovido por el recuerdo de los combates de la Independencia, era campo fértil para la semilla de esos sentimientos de Libertad, Igualdad y Fraternidad que propaga la masonería. Y así vemos que hacia el año 1862, en Concepción, se ha constituido la Logia “Fraternidad” y en Copiapó las “Hiram” y “Orden y Libertad”. Datos precisos sobre la fundación de estos Talleres puede decirse que no existen. Cabe suponer que, tanto la “Fraternidad” de Concepción como la “Orden y Libertad” de Copiapó, dependían del Gran Oriente de Francia. En cuanto a la Logia “Hiram”, su historia es completamente oscura. Parece que dependía de alguna Potencia Masónica Alemana; pero después de haber cultivado estrechas y fraternales relaciones con la “Orden y Libertad” fue completamente absorbida por ésta.

Tenemos, pues, hacia fines del año 1862, tres Logias chilenas en plena actividad: en Valparaíso, en Concepción y en Copiapó.

Dada la enorme distancia de la autoridad central y debido a que el Gran Oriente de Francia, por lo mismo que no estaba al cabo de la idiosincrasia de nuestra sociedad, no podía trazar programas de trabajo adecuados para cada región masónica, los trabajos languidecían y los más entusiastas hermanos veían con verdadero temor acercarse el momento en que las Logias de Chile tuvieran que abatir sus columnas. En tales circunstancias no se veía más que un camino salvador: independizarse del Gran Oriente de Francia y constituir una potencia masónica autónoma. Pero ¿cómo separarse de aquel poder masónico que les había dado vida, sin caer en irregularidad? ¿Cómo proceder sin faltar a los juramentos de adhesión?

En tales condiciones y cuando consideraban este problema sin solución posible, se produjo un acontecimiento - único, acaso, en la historia masónica del mundo - que dio ocasión a las Logias de Chile para obtener la independencia a que aspiraban.

Para que nos podamos formar una idea clara de la situación a que nos venimos refiriendo, es preciso conocer algunos antecedentes del Gran Oriente de Francia, del cual dependían las Logias chilenas.

Después del golpe de Estado del 2 de Diciembre de 1852, Napoléon III estuvo indeciso entre suprimir o simplemente vigilar a la Masonería, creyendo que su influencia pudiese manifestarse hostil al nuevo Gobierno. Pero algunos de sus más perspicaces consejeros le hicieron ver que era mucho más conveniente atraerse la simpatía antes que la hostilidad de una asociación, cuyo poder no conocían, pero que se les antojaba temible.

Al efecto, aprovechando la ocasión que la gran Maestría estaba vacante, el gobierno, por una serie de insinuaciones oficiosas logró que se propusiera para tan alto cargo al príncipe Luciano Murat, que había sido iniciado en América. La elección se llevó a efecto y Murat fue elegido Gran Maestro por la unánime opinión de 132 votantes. Pero muy pronto la Masonería francesa comenzó a arrepentirse de semejante elección. El Gran Maestro Murat no poseía las condiciones de carácter, de inteligencia y, sobre todo, de independencia moral, que debe tener el hermano que desempeña tan elevado cargo. Cometió una serie de desaciertos administrativos y trató de someter a la Masonería a un gobierno absoluto, semejante al que pesaba sobre el pueblo francés.

Fácilmente se comprende que el Gran Oriente tuviese vivos deseos de deshacerse de un jefe semejante y que esperara con verdaderas ansias la llegada del día de la nueva elección. Pero no contaba con que Murat insistiría en permanecer en el puesto, tratando de hacerse reelegir por un nuevo período.

Se creyó entonces que la oposición de un rival prestigioso resultaría eficaz y, al efecto, se pensó en el príncipe Napoleón, primo del Emperador. Por aquellos días al votarse en el Senado francés un proyecto relativo al poder temporal del Papa, el Gran Maestro Murat, votaba en favor del poder temporal, en tanto que el príncipe Napoleón manifestaba ideas contrarias al respecto. Este incidente le dio un tinte de liberalismo muy oportuno en aquellas circunstancias.

De si la elección de Gran Maestro, que debía verificarse en Enero de 1861, se efectuó o no, no tenemos seguridad, pues los historiadores de este caso se contradicen. Sólo sabemos que Murat apeló a la violencia; que hizo despejar con la policía la Sala de Deliberaciones del Gran Oriente y que nombró una comisión de cinco miembros para que rigiera los destinos de la Orden hasta el mes de Octubre, fecha en que debía llamarse a nueva elección.

La fraternidad no aceptó semejante disposición y vino la anarquía a complicar más el difícil problema planteado. En este estado se encontraba el asunto cuando intervino Napoleón III. Pero su intervención no se debía al amor por la concordia ni mucho menos al respeto por la Institución, intervino para sujetar la Masonería al poder civil, obligándola a aceptar por Gran Maestro al Mariscal Magnan, que no era masón.

El 11 de Enero de 1862 dictó el siguiente Decreto:

“Napoleón, por la gracia de Dios y la voluntad de la Nación, etc.

“En vista de la proposición de nuestro Secretario de Estado en el departamento del Interior;

“Visto los artículos 291 y 294 del código Penal, la Ley de 10 de Abril de 1834 y el Decreto de 15 de Marzo de 1852;

“Considerando los votos manifestados por la Orden Masónica de Francia, para conservar una representación central, hemos decretado:

“Art. 1° El Gran Maestro de la Orden Masónica de Francia, hasta ahora elegido por tres años en virtud de los Estatutos de la Orden, es nombrado por nosotros por este mismo período.

“Art. 2° Su Excelencia el Mariscal Magnan queda nombrado Gran Maestro del Gran Oriente de Francia.

“Art. 3° Nuestro Ministro del Interior (M. Persigny) queda encargado...” etc.

Ante tan inaudito acontecimiento y en vista de la manifiesta irregularidad en que había caído el Gran Oriente de Francia, al aceptar que rigiera sus destinos un individuo que ni siquiera había recibido el grado de Aprendiz, las Logias chilenas “Unión Fraternal” dirigida por don Manuel de Lima, “Fraternidad” dirigida por Enrique Pastor y “Orden y Libertad” dirigida por Guillermo Gotschal, desconocieron la autoridad del Gran Oriente de Francia y se declararon independientes.

La Logia “Unión Fraternal” dio la voz de alarma. En Tenida del 9 de abril de 1862, aprobó la siguiente proposición:

“Considerando que el nombramiento del actual Gran Maestro de la Orden, hecho por un poder extraño a la Masonería, es atentatorio a la Constitución y a los Reglamentos

Generales que hemos jurado respetar, la Respetable Logia Unión Fraternal niega la obediencia al Gran Oriente de Francia, al que ha estado ahora sujeta; y se constituye en Taller independiente hasta el reconocimiento de nuevo poder Masónico que regularice sus trabajos”.

De esa Logia salieron los fundadores de la “Progreso” N2 4 de Valparaíso.

Estas dos Logias se pusieron pronto de acuerdo con la de Copiapó y Concepción, para fundar en Valparaíso la Gran Logia.

El 29 de Abril de 1862, treinta masones, sin contar los que se hallaban representados por delegados, declararon la formación de la Gran Logia de Chile.

Esta nueva Potencia Masónica, “única legisladora y reguladora de la masonería simbólica en el territorio de Chile” quedó solemnemente instalada en Valparaíso en 24 de Mayo de 1862. Los primeros Grandes Dignatarios elegidos fueron: Gran Maestro, Juan de Dios Arlegui, 30Q; Gran Diputado, Melitón Caso, 3O Primer Gran Vigilante, Javier Villanueva; Segundo Gran Vigilante, Manuel de Lima; Secretario General, A.M. Medina.

El Gran Maestro Arlegui, al dar cuenta a los Talleres de la constitución de la Gran Logia de Chile, acompañó una circular en la que explicaba los antecedentes y las causas que habían determinado este nuevo estado de cosas dentro de la Masonería en Chile.

Dicha circular dice en algunos de sus párrafos:

“Un acontecimiento de reciente fecha y, sin duda, muy conocido ya por vosotros, ha venido a marcar un hecho notable para la Masonería en Chile y a cambiar completamente no sólo sus relaciones sino la actitud que ha mantenido hasta hoy en el mundo masónico.

“Nos referimos al nombramiento del Gran Maestro de la Orden Masónica en Francia, hecho en la persona del Mariscal Magnan por decreto del Emperador Napoleón III, fecha 11 de Enero del presente año.

“La Masonería chilena, en su mayor parte sometida a la obediencia del Gran Oriente de Francia, no pudo ver sin profundo dolor y sin muy serios temores para lo futuro, un nombramiento que, rompiendo con la tradición y supeditando las terminantes disposiciones de los Artículos 29 y 30 de la Constitución Masónica, importaba para ella nada menos que el primer paso dado en una senda peligrosa, al final de la cual divisaba claramente la extinción de la inmemorial independencia de la Masonería por la intervención de autoridades extrañas a su objeto y fines, cualquiera que pudiera ser, por otra parte, la responsabilidad de esas autoridades.

“La Masonería chilena abraza la convicción de que no se considerarán exagerados sus temores. A su juicio, basta a justificarlos la ya recordada extrañeza de las autoridades civiles al objeto y fines de la Masonería, los ningunos vínculos que a ella las ligan y la imposibilidad en que se estaría para moderar los avances de esas autoridades en el ejercicio de los altos poderes que hoy se ha arrogado ya el Emperador Napoleón III.

“La Masonería chilena no ha podido ni ha querido consentir en el entronizamiento de tan pernicioso orden de cosas dando forma, por decirlo así, a un pensamiento que abraza largo tiempo, acordó constituir un Poder Masónico en este Oriente y separarse del de Francia. A este paso la impulsaban no sólo las consideraciones aludidas sino también el deseo de dar al elemento masónico el desarrollo que debe tener en esta parte del mundo, desarrollo que había sido trabado hasta aquí no sólo por las dificultades consiguientes a la distancia que lo separaba del Poder de que dependía, sino que también por lo imposible que era muchas veces hermanar el progreso de la Masonería, que en estos países, por ahora, no

puede menos que alcanzar una vida muy excepcional, con disposiciones dictadas para Logias de Europa, en posición y circunstancias muy distintas”.

Constituida la Gran Logia de Chile, uno de sus primeros cuidados fue ponerse en relaciones con las demás Potencias Masónicas Regulares y obtener su reconocimiento como Cuerpo Independiente y regularmente constituido.

Sus esfuerzos se vieron pronto coronados por el éxito:

La primera Potencia Masónica que reconoció a la Gran Logia de Chile fue la Gran Logia de Massachusetts, el 30 de Noviembre de 1862. Después lo hizo la Gran Logia del Distrito de Columbia, el 13 de Diciembre de 1863 y la Gran Logia Central de Francia el 21 de Diciembre de 1864.

Mientras en el exterior se trabajaba para obtener el reconocimiento de los demás poderes, en el interior se desplegaba una labor no menos intensa e importante, para poder dotar a la nueva corporación masónica de sus leyes y estatutos indispensables.

La Constitución y los Reglamentos Generales fueron promulgados por decretos de 18 de Diciembre de 1862 y 30 de Diciembre de 1865.

El Hermano Juan de Dios Arlegui desempeñó su puesto de Serenísimo Gran Maestro durante los siete años que la Constitución señalaba. Pero, como se viera en la práctica que este tiempo no era conveniente, por cuanto los demás oficiales duraban sólo tres años en el ejercicio de sus funciones, se hizo una reforma constitucional, que consistió en fijar también en tres años la duración de las funciones del Gran Maestro. Al término de su primer período de siete años, Arlegui fue reelegido por otro de tres. De modo que el primer Gran Maestro gobernó a la Orden durante los diez primeros años de su funcionamiento, precisamente en la época en que se necesitaba de mayores esfuerzos para consolidar su marcha.

Después de este meritorio Hermano, han dirigido los destinos de la Orden los Hermanos Javier Villanueva, Benicio Alamos González, Evaristo Soublette, José Francisco Vergara, José Miguel Fárez, Enrique Mac-Iver, Ramón Allende Padín, Rafael Barazarte, Alejo Palma, Buenaventura Cádiz, Víctor Guillermo Ewing, Luis A. Navarrete y López, Alfredo Melossi, Adeodato García Valenzuela, Héctor Boccardo, Armando Quezada Acharán, Eugenio Matte Hurtado, David Benavente Sepúlveda, Fidel Muñoz Rodríguez, René García Valenzuela, Orestes Fróden Lorenzen, Alejandro Serani Burgos, Aristóteles Berlendis Sturla, Sótero del Río Gundián, René García Valenzuela.

La primera Constitución de la Orden Masónica en Chile y los Estatutos Generales, que la completaban, establecían bajo la jurisdicción de la Gran Logia, no sólo los tres grados simbólicos, sino también los otros treinta grados del escocesisimo, desde el 4° al 33° fue por esta causa, que no quiso ceder la supremacía a un Supremo Consejo del Grado 33°, que con cartas Patentes del Supremo Consejo de Inglaterra, estableció en Chile el Honorable Juan de Dios Merino Benavente, hacia 1871. El fundador del Supremo Consejo para Chile pretendía que la Gran Logia le entregara el gobierno de todos los grados, tanto simbólicos como capitulares y no aceptaba el gobierno de estos últimos, que la Gran Logia le ofrecía ceder. Por dicha causa, el nuevo organismo masónico cayó en completa inactividad a poco de ser establecido.

Después de transcurridos muchos años, hacia fines del siglo pasado, el Hermano Eduardo de la Barra estableció nuevamente un Supremo Consejo del Grado 33, con Cartas Patentes concedidas por el de la República Argentina.

Este nuevo organismo se puso de acuerdo con la Gran Logia y mediante un tratado de amistad, han establecido que la Gran Logia gobernara, con absoluta independencia, los Talleres de los grados simbólicos, dejando al Supremo Consejo la organización y gobierno de los Capítulos, Consistorios, etc.

De esta manera, los trabajos se han podido desarrollar sin entorpecimiento.

MASONERIA EXTRANJERA

La Masonería se ha adaptado en todas partes al medio en que se ha efectuado su desenvolvimiento. Se ha hecho republicana en las democracias, tanto como se ha mostrado adicta al soberano en los países monárquicos. Por otra parte, ha entrado en lucha contra las religiones que la han atacado, pero ha conservado un carácter religioso donde los masones no han sido partidarios de la execración de los creyentes.

Es así como donde domina el protestantismo la Masonería se distingue por su adhesión al culto cristiano. La Biblia figura entre los símbolos obligatorios de las Logias cuyos trabajos tienen un aspecto piadoso. El Ritual multiplica las invocaciones al Grande Arquitecto que se identifica con el Dios personal, Padre Todopoderoso, Maestro Supremo del Universo, cuya protección se implora con tanto fervor como en una Iglesia *.

Gran Bretaña

La Gran Logia Unida de Inglaterra nació en 1813 de la fusión de la antigua Gran Logia de 1717 con una Gran Logia disidente, organizada entre 1750 y 1753.

Esta última Potencia Masónica pretendía haber recuperado las tradiciones de la Gran Logia de York y practicaba el grado de Royal Arde, que el tratado de unión de 1813 hizo agregar definitivamente a los tres grados de San Juan, como complemento del grado de Maestro.

La Gran Logia Unida de Inglaterra cuenta con más de 2.968 Talleres, repartidos en 70 Grandes Logias Provinciales, de las cuales 44 están establecidas en Inglaterra y 26 en las Colonias.

La Masonería inglesa es muy rica y sostiene numerosas instituciones de beneficencia. El Rey Eduardo VII, su antiguo Gran Maestro, le ha dado por divisa: “Lealtad y Caridad”. Las formas rituálicas son escrupulosamente observadas.

La Gran Logia de Escocia no practica sino los tres grados simbólicos; cuenta más de 1.107 Logias, administradas por 30 Grandes Logias Provinciales.

Países Escandinavos

La Gran Logia Nacional de Dinamarca, fundada en 1747, cuenta 12 Logias; tiene por Gran Maestro al rey reinante y, conforme a los principios suecos, reserva la iniciación masónica solamente a los cristianos.

(*) Nota del traductor. No sólo en la Masonería de países protestantes es la Biblia un símbolo obligatorio, lo mismo que la invocación al Grande Arquitecto del Universo.

En Noruega la Masonería está por encima de toda diferencia religiosa, es francamente liberal y afirma sus simpatías por la Masonería francesa. La Gran Logia de Noruega cuenta 16 Logias.

La primera Logia fue fundada en Suecia hacia 1735 por el Conde Axel Ericson Wrede-Sparre, que había sido iniciado en París el 4 de Mayo de 1731. Como se fundaran poco a poco otras Logias, se constituyó una Gran Logia en 1761, pero la organización actual no fue adoptada definitivamente sino el 15 de Mayo de 1780. Se basa sobre un Rito especial que consta de los doce grados siguientes: 1° Aprendiz – 2° Compañero – 3° Maestro – 4° Compañero Escocés – 5° Maestro de San Andrés – 6° Caballero de Oriente – 7° Caballero de Occidente o Verdadero Templario – 8° Caballero del Sur o Hermano Favorito de San Juan – 9° Hermano Favorito de San Andrés – 10° Miembro del Capítulo – 11° Dignatario del Capítulo – 12° Vicario de Salomón -. Existe además una Orden de Carlos XIII, cuyos distintivos se llevan en público y que sólo puede ser compuesta de Francmasones. Es tan honroso ser admitido en ella que jamás puede tener más de 30 miembros, de los que 27 son laicos y 3 eclesiásticos (protestantes), sin contar los príncipes reales y el rey reinante.

El rey Gustavo V ha sucedido a su padre, Oscar II como Jefe Supremo de la Gran Logia de Suecia, que cuenta 45 Logias de San Juan Andrés.

Alemania

La Masonería alemana comprende un conjunto de 566 Logias, con 58.749 miembros activos en 1919. Tiene por órgano central una federación de 8 Grandes Logias (Grosslogenbund) cuya fundación remonta al 19 de Mayo de 1872. Los delegados de las ocho Grandes Logias confederadas se reúnen anualmente para decidir trabajos comunes, pues cada una de las Grandes Logias conserva íntegramente su autonomía.

La más antigua y a la vez más importante de estas ocho Potencias Masónicas se llama: Gran Logia Madre Nacional de los Tres Globos. Arranca su origen de una Logia fundada en Berlín en 1740 por Federico II, quien había sido iniciado en Brunswick, el 15 de Agosto de 1772. Se encuentra a la cabeza de 228 Talleres, de los cuales 156 son Logias Simbólicas y 72 Logias Escocesas. Estas últimas confieren cuatro grados de instrucción que no deben ser mirados como altos grados propiamente dichos, puesto que no contienen la revelación de ningún nuevo secreto; su rol se limita al estudio más y más profundo de los misterios de los tres primeros grados considerados como que encierran la doctrina masónica en su integridad.

La “Gran Logia Nacional de los Francmasones de Alemania” fundada por el Hermano Von Zinnendorf, en 1770, practica el Rito Sueco con los nueve grados siguientes: 1° Aprendiz – 2° Compañero – 3° Maestro, conferidos en Logia de San Juan – 4° Aprendiz y Compañero de San Andrés – 5° Maestro Escocés de San Andrés, conferidos en Logia Escocesa o de San Andrés – 6° Caballero de Oriente – 7° Caballero de Occidente – 8° Confidente de San Juan – 9° Confidente de San Andrés o Hermano Elegido, conferidos en Capítulo. Existe, en fin, un décimo grado, el de Caballero Comendador, reservado a los Hermanos encargados del Gobierno de la Orden, cuyo Jefe Supremo toma el título de Vicario de Salomón.

Lo mismo que la Gran Logia precedente, esta Potencia Masónica sólo acuerda la iniciación a los profanos cristianos; admite a los judíos como visitantes pero rehusa afiliarlos.

Su desarrollo ha sido muy rápido desde hace 30 años; en 1919 tenía 151 Logias con 15.215 miembros activos.

La “Gran Logia de Prusia”, llamada “Royal York de l’Amitié” se erigió en Gran Logia en 1768. Hasta 1794 trabajaba en lengua francesa, según una costumbre que fue general en Alemania en la mitad del siglo XVII. Después de 1872 esta Gran Logia acordó conceder la iniciación a los judíos, sin permitirles, sin embargo, pretender grados superiores al tercero; cuenta 81 Logias con 79.800 miembros.

La Gran Logia de Hamburgo fue al principio constituida, en 1741, como Gran Logia provincial de la Gran Logia de Inglaterra, después se declaró independiente en 1811. Sus tendencias han sido siempre muy liberales. No practica sino los tres grados de San Juan y cuenta con 62 Logias con 5.300 miembros.

La Gran Logia de Saxe (38 Logias con 4.892 miembros) data desde 1811. No reconoce igualmente, sino los tres primeros grados. Su organización es estrictamente representativa, de manera de hacer prevalecer en sus decisiones la voluntad general de las Logias que, por lo tanto, gozan de la mayor autonomía, en particular de la libertad de elegir su ritual.

La Gran Logia “Au Soleil” de Bayreuth, no se hizo independiente en definitiva sino en 1829. Cuenta con 40 Logias con 3.670 miembros. Una de sus Logias, la de Fribourg-en-Brisgau, dio mucho que hablar al sustituir un libro blanco a la Biblia sobre la cual se presta el juramento masónico en las Logias alemanas.

La Gran Logia Madre de la Unión Ecléctica de Frankfort-sur-le-Main, procede de una Gran Logia provincial inglesa fundada en 1766 y que se hizo independiente en 1782. Cuenta con 25 Logias y con 3.318 miembros. En 1844 hizo accesible la iniciación a los judíos, lo que desagradó a algunas de sus Logias, cuya agrupación disidente constituyó una nueva Gran Logia.

La Gran Logia “La Concordia”, Oriente de Darmstadt, se constituyó en 1846 a continuación de la escisión que sobrevino en la Gran Logia precedente relativa a la cuestión judía. Esta Gran Logia, en efecto, rehusó recibir a los judíos hasta 1865, época en la cual volvió a los principios de tolerancia que caracterizan la Masonería universal. Sus Logias en número de 8 reúnen 700 miembros.

Fuera de la unión de las Grandes Logias, pero reconocidas por éstas, subsisten 5 Logias independientes agrupadas de 1863. Dos de estas Logias están establecidas en Leipzig, las otras tres en Altenburg, Hildburghausen y Gera; son particularmente prósperas y en conjunto cuentan más de 1.000 miembros.

Al lado de la Masonería regular, que no se forma sino en las clases más elevadas de la sociedad, se ha constituido en Baviera una Confederación Masónica del Sol Levante que se compone de elementos más democráticos y aspira a entrar en relaciones oficiales con la Masonería francesa.

Las Logias alemanas declaran abstenerse estrictamente de política y pretenden no ocuparse a ningún título de los actos del Gobierno. Se esfuerzan en interesar a sus adeptos por la filosofía masónica tal cual ha sido expuesta desde el siglo XVII por Lessing, Herder, Ficht y otros escritores clásicos. Los masones alemanes leen mucho, pues tienen a su

disposición numerosas revistas mensuales o hebdomadarias y obras muy bien escritas concernientes a la historia y al ritualismo de la Francmasonería. La instrucción masónica ha sido sobre todo esparcida desde 1861 por la Asociación de Francmasones alemanes, que ha tenido el mérito de publicar, con el concurso de los masones más competentes, una enciclopedia masónica cuyo alto valor ha sido universalmente apreciado.

De 1905 a 1914 se ha notado en el seno de las Logias alemanas una viva simpatía por la Masonería francesa. Se podía creer entonces que los pueblos se aproximarían y se harían mutuas concesiones en vista de su colaboración pacífica. Los hechos debían probar que una nación que no ejerce suficiente control sobre su Gobierno puede dejarse arrastrar por éste a empresas nefastas.

Los más distinguidos masones alemanes comprenden que la filosofía masónica no se traduce únicamente en bellas teorías que se ostentan con placer en la intimidad de las Logias sin tendencia a la menor acción en el mundo exterior:

La Masonería tiene la misión de construir - y reconstruir a veces - la sociedad humana. Es preciso que en ella se acumule una fuerza educativa capaz de irradiar a las masas para formar los materiales de la construcción política y social.

La Masonería alemana, cuyas relaciones internacionales eran muy extensas antes de 1914, se encuentra actualmente reducida a un relativo aislamiento; es de esperar que una actividad meritoria la haga reconquistar la confianza que ha perdido.

Austria-Hungría

Después de haber sido protegida por el Emperador José II en 1780, la Masonería fue completamente prohibida en Austria desde 1801.

Para reemplazar a las Logias se había fundado en Viena una sociedad “Humanitas”, cuyos miembros eran masones y recibían la iniciación en el territorio húngaro.

El Rey de Hungría estaba obligado, en efecto, a mostrar- se más tolerante que el Emperador de Austria y la Masonería tuvo libertad para desarrollarse abiertamente más allá de la Leitha. Los Magyares pudieron, pues, fundar al principio y bajo la obediencia del Gran Oriente de Francia, numerosas Logias. En 1870, sus talleres se constituyeron en Gran Logia Simbólica de Hungría, que administraba los grados simbólicos, reservando el gobierno de los altos grados, a un Supremo Consejo Escocés. La Masonería húngara contaba en 1919 con 98 Logias, cuando la revolución provocada por Bela Kun las declaró suprimida en razón de sus tendencias burguesas. A la caída del régimen comunista las Logias húngaras recobraron su actividad pero habiendo llegado al poder un gobierno clerical, se tomaron medidas draconianas contra la Gran Logia Simbólica de Hungría, acusadas de haber fomentado la demagogia. Fue prohibida toda reunión masónica y confiscados los bienes de las Logias en todo el territorio húngaro.

La República Magyar persigue así a la Masonería que la monarquía no había querido molestar.

Por compensación en Austria no están prohibidas las Logias; la Gran Logia de Viena cuenta 14 talleres.

Rumanía

La mayor parte de las Logias rumanas deben su fundación al Gran Oriente de Francia. La Gran Logia de Rumania está constituida actualmente por 6 Logias.

Italia

Perseguida por largo tiempo la Masonería sólo pudo en fecha reciente echar oficialmente raíces en los estados italianos. El Rito Escocés, introducido en Lombardía al comienzo del siglo XIX, tuvo por Gran Maestro a Garibaldi. Actualmente, el Gran Oriente de Italia cuenta con 482 Logias y 180 Triángulos, grupos de masones regularmente constituidos, pero no autorizados para iniciar. El Supremo Consejo de Italia rige, además, 28 talleres de 4° grado, 25 del noveno, 38 del 18° y 16 del 30° P.

Desde el punto de vista de las tendencias generales y de la manera de trabajar, la Masonería italiana es, más que ninguna otra, la hermana de la Masonería francesa; lo ha probado por su actitud en 1914, puesto que permaneciendo correcta desde el punto de vista internacional, supo preparar a los masones italianos para llenar enteramente su deber hacia su patria.

Países del Levante

Existen en Constantinopla y en Salónica grupos de Logias francesas, italianas, griegas, inglesas, alemanas y armenias.

Se encuentran, además, Logias en Smirna, Damasco, Jaifa y en los diferentes puertos de Siria. Como en Egipto, donde la Masonería es muy próspera, las Logias contribuyen poderosamente en sus respectivas localidades a neutralizar las antipatías de raza y de creencias.

El Gran Oriente de Grecia, administra 18 Logias.

Existen también noticias de un Gran Oriente Otomano de Constantinopla, sobre el cual se tienen pocas referencias.

Suiza

La Gran Logia Alpina, fundada en 1844, sólo reconoce los tres grados simbólicos. La constituyen 36 Logias plenamente autónomas.

Los masones suizos no tienen para qué luchar en favor de la democracia que es el alma de todas las instituciones de su patria; practican el socialismo bien entendido y se esfuerzan por adquirir una instrucción sólida en Masonería.

En 1915, las Grandes Logias alemanas rompieron las relaciones con la Gran Logia Alpina, cuyo Gran Orador había deplorado el incendio de Lovaina.

Bélgica y Países Bajos

El Gran Oriente de Bélgica administra todas las Logias simbólicas que suman 24. El Supremo Consejo rige los grados superiores y ha hecho una particularidad del trabajo en el grado 22, Caballero de la Real Hacha o Príncipe del Líbano.

La Masonería belga se diferencia poquísimamente de la francesa.

El 27 de Septiembre de 1914 su Gran Maestro, el Hermano Ch. Magnette, escribió a las Grandes Logias alemanas para proponerles hacer una encuesta sobre las atrocidades cometidas en Bélgica por las tropas alemanas. De 8, dos Grandes Logias respondieron rechazando la proposición como injuriosa para el ejército alemán, cuya disciplina impecable no deja lugar a ninguna suposición de incorrección o de inhumanidad. A pesar de este fracaso, el hermano Magnette creyó deber hacer un nuevo llamado a la humanidad de los masones alemanes cuando las deportaciones de la población civil belga la redujo a la esclavitud. Esta vez fue apresado, condenado a la detención y una fuerte multa, sin haber sido denunciado, es cierto, por los Hermanos alemanes ya que estas medidas fueron provocadas por la censura militar.

El Gran Oriente de Holanda cuenta 108 Logias, de las cuales hay un gran número en las colonias. Las Logias son ricas y muy activas. La Masonería holandesa persigue un ideal de paz internacional y se esfuerza en mantener relaciones cordiales con las organizaciones masónicas de todos los países.

La única Logia del Gran Ducado de Luxemburgo es regida por un Supremo Consejo Masónico que nada tiene de común con los Supremos Consejos del Rito Escocés 33°.

España y Portugal

La Masonería española se distingue por su febril actividad, pero muy a menudo intermitente. Cuenta 103 Logias compuestas sobre todo de republicanos y de amigos esclarecidos de la Francia.

En Portugal la Masonería está, como en Francia, íntimamente ligada al desenvolvimiento de la República. Las Logias son círculos de educación democrática, pero se abstienen en general a todo ataque contra la Iglesia, cuyas prácticas siguen los masones portugueses a tal punto que en sus filas se encuentran obispos y numerosos eclesiásticos.

Este estado de cosas se remonta a 1743, fecha de un proceso que terminó por la condenación a galeras y al exilio de varios francmasones. La Inquisición se hizo odiosa y unió a sus adversarios en la Francmasonería.

Rusia y Países Eslavos

Protegida otrora por Catalina II, la Masonería desde 1822 ha estado severamente prohibida en todo el imperio de los Zares, aunque algunas Logias fueron constituidas secretamente por el Gran Oriente de Francia.

La Masonería ha podido así echar raíces en Ucrania donde se constituyó una Gran Logia en 1919.

El año anterior una Gran Logia de Bulgaria nació en Soffia de una Logia regularmente instalada antes de la guerra por la Gran Logia de Francia.

En Belgrado se ha organizado una Gran Logia de Yugoslavia que está modelada según la constitución de la Gran Logia Alpina.

Se puede prever que las Logias que existen en Polonia no tardarán en formar una federación cuyo centro serán los Talleres de Postnania derivados de la Masonería Prusiana.

La Checoslovaquia no dejará de tener su Masonería, lo mismo que Finlandia y Rusia, cuando la Orden sea allí establecida.

América del Norte

Nueve Grandes Logias rigen 1.056 Logias en el Canadá. Los Estados Unidos cuenta 15.068 Talleres que se reparten entre 49 Grandes Logias y 2 Supremos Consejos, sin contar las Grandes Logias de color, accesibles a los negros, quienes son rigurosamente excluidos de las Logias consideradas regulares.

Los masones americanos profesan por la Biblia una veneración un poco supersticiosa. Tienen por otra parte gran afición por los altos grados y buscan sobre todo el grado 32 que hace los Príncipes del Real Secreto. El escocismo está fuertemente organizado, sobre todo en los Estados del Sur. Sus miras han sido brillantemente sostenidas por el Hermano Alberto Pike, de Charleston, que ha sido apodado, muy gratuitamente por cierto, “el Papa de los Francmasones”.

América Latina

La Masonería mexicana ha estado largo tiempo mezclada a las luchas políticas y no posee organización estable.

La Gran Logia de Cuba, fundada en 1859, cuenta 102 Logias. Un Supremo Consejo de Cuba, Colón y Puerto Rico, fundado el mismo año, rige 33 talleres superiores.

La Gran Logia de Puerto Rico, fundada en 1885, cuenta 37 Logias.

El Gran Oriente Nacional de Haití, fundado en 1824, rige 64 Logias, 49 Capítulos y 34 Arcópagos.

El Supremo Consejo de Santo Domingo, data de 1861 y cuenta 13 Logias.

En Guadalupe, tres Logias dependen del Gran Oriente y una a la Gran Logia de Francia. Las dos Obediencias francesas poseen además, Logias en la Martinica y en la Guayana.

En 1870 se fundó en San José de Costa Rica un Supremo Consejo de la América Central, donde funciona desde 1899 una Gran Logia con 7 talleres.

El Gran Oriente de Guatemala, fundado en 1887, cedió su lugar en 1903 a la Gran Logia de la República de Guatemala que cuenta 12 Logias.

Las cinco Logias de Colombia son administradas por un Supremo Consejo fundado en 1827.

Las de Bolivia, en número de 3, dependen de la Gran Logia de Chile.

El Gran Oriente Nacional de Venezuela, fundado en 1865, cuenta 9 Logias.

En Brasil, el Gran Oriente y el Supremo Consejo, fusionados en 1882, cuentan 390 Logias y numerosos talleres de grados superiores. Durante largo tiempo, los masones brasileros han combatido la esclavitud. No sintieron la necesidad de romper con los usos católicos y con frecuencia se ha producido conflictos a propósito de ceremonias religiosas de las cuales se les quería excluir.

La Gran Logia del Perú, fundada en 1831, tiene 33 Logias. El clericalismo culpa a los masones peruanos de todas las crisis políticas que ha atravesado el país y hace circular, al respecto, las fábulas más dramáticas.

El Supremo Consejo, Gran Oriente de la República del Uruguay, fundado en 1855, cuenta 18 Logias.

Se le debe la fundación del Gran Oriente Argentino en 1899, que agrupaba 81 Logias en 1866. Después de disensiones lamentables, estos talleres se han distribuido en varias federaciones independientes. El Gran Oriente de la República Argentina se reconstituyó, sin embargo, en 1895 y cuenta actualmente 115 Logias.

Entre los Talleres sobresalientes de las Obediencias extranjeras, la Logia los Amigos de los Náufragos, que depende del Gran Oriente de Francia y data de 1852, se hace notar por una actitud verdaderamente ejemplar.

Conviene recordar que en 1814, Bolívar y otros masones de Cádiz, fundaron en Buenos Aires la Logia Lautarina, que debía ejercer una influencia decisiva sobre los destinos de toda la América del Sur, ya que sus miembros fueron los instigadores del movimiento republicano y de la proclamación de la independencia de los Estados del Sur (1810-1826).

África

El Gran Oriente de Francia ha constituido 21 Logias en Argelia, 4 en Túnez y 3 en Marruecos. Posee, además, 3 Logias en el Senegal, 1 en Gabán, 1 en Abisinia, 2 en Madagascar, 1 en la Reunión y 2 en la Isla Maurice.

La Gran Logia de Francia tiene por su parte 7 Logias en Argelia, 1 en Túnez, 3 en Marruecos, 1 en Guinea, 1 en Djibouti y 2 en Madagascar.

En Egipto trabajan 12 Logias bajo los auspicios de la Gran Logia de Francia y 3 bajo la Obediencia del Gran Oriente de Francia. La Gran Logia Nacional de Egipto agrupa además una cuarentena de talleres con un total aproximado de 500 miembros.

La Masonería está representada en Africa, por otra parte, por numerosas Logias británicas y por algunos talleres holandeses.

Conviene mencionar en fin, una Gran Logia de la República de Liberia, fundada en 1850.

Asia

La Masonería fue introducida en las Indias en 1729. Está extendida en todo el Indostán, donde las Logias dependen de Constituciones inglesas, escocesas o irlandesas. En ninguna parte presta mejores servicios a la civilización la Orden simbólica. Las razas enemigas y las castas rivales no fraternizan en las Indias sino en los templos masónicos.

Las Logias de Singapore, Cantón y Shangai, dependen de la Masonería inglesa, que penetró igualmente en el Japón en 1888. Se dice que una Logia fue fundada en Cantón en 1768 por la Gran Logia de Suecia.

El Gran Oriente de Francia tiene Logias en Saigón desde 1868, en Hanoi desde 1886, en Haiphong desde 1892, en Pnom-Penh desde 1906 y en Tourane desde 1907. La Gran Logia de Francia tiene por su parte una Logia en Saigón y otra en Hanoi.

Australia

La Francmasonería echó raíces en Sydney en 1828. Numerosas Logias se han constituido después en Australia bajo la Obediencia de 3 Grandes Logias británicas. Estas Logias rompieron sus lazos con la metrópoli para constituir una serie de Grandes Logias independientes, primero en la Australia del Sur en 1884 (78 Logias), después sucesivamente para Nueva Gales del Sur en 1888 (289 Logias), Victoria en 1889 (234 Logias), Tasmania en 1890 (33 Logias), Nueva Zelandia en 1890 (26 Logias), Australia Occidental en 1898 (94 Logias) y Queensland en 1903 (62 Logias).

La Masonería francesa tiene sin embargo talleres en Noumea (Nueva Caledonia) y en Papeete (Tahití).

Cada trimestre, la Oficina Internacional de Relaciones Masónicas publica un Boletín dirigido a todas las Logias, que contiene informaciones que permiten a sus lectores seguir los acontecimientos de la historia masónica, a medida que se desarrollan. Esta publicación debiera ser regularmente leída por todos los francmasones.

PORVENIR DE LA FRANCMASONERÍA

Es preciso conocer muy mal a la Francmasonería para ver en ella una institución envejecida y próxima a disolverse después de haber cumplido la parte más esencial de su misión. Un serio examen de la cuestión nos llevará más bien a concluir que la Francmasonería apenas salida de su período de infancia, lejos de estar próxima a morir, por así decirlo, aún no ha vivido. Nacida ayer, se ha desarrollado, ha engrandecido, pero aún no ha alcanzado la edad adulta, esa faz que permite a los seres tomar posesión de sí mismos.

Estando todavía en la cuna, ha ahogado, como Hércules, las serpientes que una diosa llena de celos había excitado en su contra. Pero esta hazaña es insignificante en comparación con los trabajos que aún le quedan por desarrollar.

La Francmasonería está llamada a rehacer el mundo y la tarea no es, en ningún caso, superior a sus fuerzas, a condición de que siga siendo lo que debe ser.

¿Podrá lograrlo? - Ciertamente, puesto que tiene la facultad de perfeccionarse y de adquirir todo lo que le falte.

Y lo que más le falta es la conciencia de sí misma. Es igual al adolescente que siente en sí despertarse el sentido del pensamiento.

Los masones no han actuado hasta hoy sino por instinto; guiados por sentimientos más o menos confusos, antes que por un discernimiento razonado. Pero ya la razón se ha manifestado en ellos, por ese espíritu de rebelión, que los lleva a preguntar: “por qué?”. Resistiéndose a aceptar los usos, únicamente porque son antiguos, se quiere saber qué los justifica. Es, pues, el momento de hacer comprender la Masonería. No debe ya contentarse con ser simplemente simbólica, es preciso que se haga iniciática.

Y cuando los masones estén instruidos, cuando sean verdaderos Iniciados, Pensadores en toda la extensión de la palabra, entonces, ¿cuál no será su poder?.

Han hecho tanto, aún actuando inconscientemente, así es que de ellos se puede esperar la realización de obras todavía más gigantescas, de transformaciones que modifiquen la faz de las cosas y aseguren la salud colectiva de los hombres.

LA INICIACIÓN MASÓNICA

Los tres Grados

La Francmasonería tiende a formar Iniciados, es decir, hombres en la más alta acepción del vocablo. Se dedica a desarrollar al individuo, enseñándole a conquistar las más nobles prerrogativas de la naturaleza humana. De un ignorante y grosero ella hace un pensador y un sabio.

Pero una transformación como ésta no puede hacerse de improviso: exige un trabajo sostenido, que se verifica en tres fases.

Se trata, en primer lugar, de proceder a una especie de pulimiento intelectual y moral, que tiene por objeto desembarazar el espíritu de todo lo que impide que la luz pueda llegar hasta él. De ahí las “purificaciones” a que debe ser sometido el Aprendiz; ellas lo conducen a “ver” la luz.

Pero no debe contentarse con reconocer simplemente la verdad. Es esencial, sobre todo, actuar conforme a la razón. Es la manera de atraer la luz hacia sí e impregnarse totalmente de ella.

El simbolismo del grado de “Compañero” se refiere a esta “iluminación” propia del verdadero “Iniciado”.

El hombre verdaderamente iluminado que ha logrado saturarse de luz, se hace a su turno un foco luminoso. El irradia, él ilumina a los demás, se encuentra, por este hecho, revestido de la dignidad de “Maestro”.

De esta creación del hombre por sí mismo nace el hombre perfeccionado, o sea el “Hijo del Hombre” del Evangelio. El trabajo de este perfeccionamiento está representado por la “Gran Obra” de los filósofos herméticos. El masón debe, pues, operar sobre sí mismo una trasmutación semejante a la de los alquimistas. El oro es el símbolo de lo puro y perfecto. Corresponde al “Aprendiz” realizar la primera parte de “La Obra de los Filósofos”: el Ritual del grado le traza un programa exacto de las operaciones que deberá efectuar con este objeto.

Los Metales

El profano que se presenta para ser admitido en la Francmasonería es inmediatamente introducido en un sitio retirado donde se le invita a despojarse de todos los objetos metálicos que lleva consigo: dinero, alhajas, armas, decoraciones, etc., todo debe ser entregado al Hermano Experto.

Es que los metales representan todo lo que brilla con engañoso destello. Cuando el espíritu es inexperto, se deja seducir fácilmente por falsas nociones, admitidas por el común de las personas. El pensador debe desconfiar de las opiniones que recibe. La moneda corriente de los prejuicios vulgares constituye una riqueza ilusoria que el sabio debe aprender a despreciar. Es preciso hacerse pobre en espíritu, si se quiere entrar en el Reino

de los Cielos, es decir, si se quiere ser iniciado y llegar a concebir la verdad. Se está más cerca de ella cuando nadá se sabe, que cuando se permanece apegado a los errores. Más vale no tener nada que tener deudas.

El hombre que aspira a ser libre, debe aprender desde luego a liberarse de las cosas fútiles. Los sabios de la antigüedad despreciaban el lujo. La razón les permitía reducir sus necesidades a lo estrictamente necesario y buscar la riqueza en la ausencia de los deseos inmoderados. El que vive contento con nada lo posee todo.

Sin embargo, el Iniciado no está costreñido a hacer voto de pobreza. Debe simplemente acordarse que la concupiscencia es el eje de todos los vicios antisociales: es el gran elemento de desorden que las antiguas cosmogonías representaban con la figura de una serpiente; la ambición individual provoca la ruptura de la armonía general, hace rechazar la humanidad del Edén, destruye la Edad de Oro.

El pensador debe colocarse a sí mismo, en las condiciones de pureza y de inocencia que se atribuyen al estado natural.

Volviendo a la simplicidad de la edad más tierna, es como se realizan las condiciones más favorables para la búsqueda desinteresada de la verdad.

El Gabinete de Reflexión

Para aprender a pensar, es necesario ejercitarse en aislarse y abstraerse. Esto se logra entrando en sí mismo, mirando “hacia adentro” sin dejarse distraer por lo que pasa “afuera”.

Los antiguos comparaban esta operación con un descenso a los infiernos. Para el pensador se trata de penetrar hasta el centro de las cosas, a fin de llegar a conocer su esencia íntima. Debe aprisionarse el espíritu de las entrañas de la tierra, hasta donde no se filtra ningún rayo del día exterior (según las nociones proporcionadas por los sentidos).

En el seno de estas tinieblas absolutas, la lámpara de la razón ilumina sólo unos fragmentos de esqueleto, que parecen evocar espectros.

Estos restos de osamenta figuran la realidad, tal cual aparece si se la despoja de su decoración sensible. Es la verdad brutal, privada del velo de las ilusiones, la verdad enteramente desnuda, que se oculta en el fondo de un pozo.

Este pozo, que termina en el centro del mundo, es el interior del hombre. A él se hace alusión en la palabra “Vitriol” cuya interpretación era un gran secreto entre los alquimistas. Las letras de que se compone les recordaba la fórmula:

“Visita Interiora Terrae Rectificando Invenies Occultum Lapidem” (Visita el interior de la tierra y rectificando (por purificaciones) encontrarás la Piedra oculta de los Sabios).

Esta piedra, la famosa Piedra Filosofal, no es otra cosa que la “Piedra cúbica” de los francmasones. Es la base de certeza que cada uno debe buscar en sí mismo, a fin de poseer la piedra angular (el núcleo de cristalización) de la construcción intelectual y moral que constituye la Gran Obra.

En los misterios de Ceres a Eleusis, el Recipiendario representaba a la semilla sumergida en el suelo, que sufría la putrefacción a fin de dar origen al nacimiento de la planta, virtualmente encerrada en el germen. El profano sometido a la “prueba de la tierra”

está análogamente llamado a poner en juego, las energías latentes que lleva en sí. La iniciación tiene por objeto favorecer la plena expansión de su individualidad.



Los Emblemas del Gabinete de Reflexión. Entremos en nosotros mismos: profundicemos, hagamos abstracción de las apariencias exteriores, y penetremos hasta el esqueleto mismo de la realidad despojado de todo manto seductor. cuando Saturno haya llevado a cabo su obra, el Gallo de Mercurio despertará nuestra inteligencia abierta entonces a las verdades iniciáticas.

En el encierro del futuro iniciado habrá un pan y un cántaro con agua. Es la reserva alimenticia que en el fruto y en el huevo sirve para alimentar el germen en vía de desarrollo. El sabio debe aprender a contentarse con lo necesario sin hacerse esclavo de lo superfluo.

Los muros de la cueva contienen inscripciones como éstas: “Si la curiosidad te ha encaminado hasta aquí, ¡vete!”. “Si temes que se te muestren tus defectos, estarás mal entre nosotros”. “Si eres capaz de disimular, ¡tiembla!, se te descubrirá”. “Si eres aficionado a las distinciones humanas, ¡salid! aquí no se las conoce”. “Si tu alma ha sentido miedo, ¡no vayas más lejos”. “Si perseveras, serás purificado por los elementos, saldrás del abismo de las tinieblas, ¡verás la Luz!”.

Estas sentencias están agrupadas alrededor de un gallo y de un reloj de arena, emblemas pintados que acompañan las siguientes palabras: “Vigilancia” (sobre tus acciones) “Perseverancia” (en el bien).

El reloj de arena es un atributo de Saturno, el Tiempo que se desliza disolviendo las formas transitorias (putrefacción - color negro de los alquimistas).

El Gallo hace alusión al despertar de las fuerzas dormidas. Anuncia el fin de la noche y el próximo triunfo de la luz sobre las tinieblas.

Ceres.- Mitología. Hija de Saturno y de Cibeles, diosa de la Agricultura, dio nombre a los *cereales*.

Eussius.- Famosa ciudad de Atica, célebre por su templo de Ceres y sus Misterios.

La Sal y el Azufre

El Ritual dispone que se coloquen delante del candidato dos vasos, de los cuales uno contiene “Sal” y el otro “Azufre”.

Esta práctica se justifica sólo por la teoría de los tres principios de los alquimistas: Azufre, Mercurio y Sal.

El azufre corresponde a la energía expansiva que parte del centro de todo ser (columna J). Su acción se opone a la del Mercurio, que penetra todas las cosas por una influencia que viene del exterior (columna B). Estas dos fuerzas antagónicas están equilibradas en la Sal, principio de cristalización, que representa la parte estable del ser.

El Pensador no puede recogerse en sí mismo, sino aislándose de las influencias mercuriales. Es por esto que, en la Sala de Reflexión, el *Azufre*, principio de iniciativa y de acción personal, actúa sólo sobre la Sal, símbolo de todo aquello que, bajo el punto de vista intelectual, moral y físico, constituye la esencia misma de la personalidad.

El Testamento

Los emblemas fúnebres de la Cámara de Reflexión deben recordar el fin necesario de las cosas, la fragilidad de la vida humana y de la vanidad y ambiciones terrenales. El profano, después de haberse abstraído suficientemente en este orden de ideas, debe responder por escrito tres preguntas que se refieren a los deberes del hombre para con Dios, para consigo mismo y para con sus semejantes.

Esta división ternaria de todas nuestras obligaciones morales está basada en los tres principios de la alquimia de que se acaba de tratar.

Dios es el ideal que el hombre lleva en sí mismo, es la concepción que puede tener de lo Verdadero, lo Justo y lo Bello, es el guía supremo de sus acciones, el Arquitecto que preside la construcción de su ser moral. - No se trata absolutamente del ídolo monstruoso forjado por la superstición sobre el modelo de los déspotas terrestres. - La divinidad está representada en el hombre, por lo que de más noble tiene en sí, por lo más generoso, lo más puro. - Llevamos en nosotros un Dios, que es nuestro principio pensante. De él emanan la razón y la inteligencia, cosas interiores a que los herméticos se referían con el azufre. (El sol oculto que brilla en la mansión de los muertos, Osiris - Serapis - Plutón la columna J, centro de iniciativa, de acción expansiva).

Los deberes para consigo mismo son indicados con la Sal, esencia de la personalidad; y los deberes para con nuestros semejantes, con el Mercurio que representa la influencia penetrante del medio ambiente. - O sea que todo está necesariamente comprendido en la reunión de: el contenido (Azufre) - el continente (Sal) y el ambiente (Mercurio).

- Las tres preguntas propuestas abarcan, pues, todo el dominio de la moral universal. Después de contestarlas el pensador no debe limitarse a la teoría. Renunciando a todas las debilidades del pasado, le corresponde morir para la vida profana para renacer a un modo superior de existencia. - El candidato se prepara a esta muerte simbólica haciendo su testamento, acto en el que consigna los mandatos de su voluntad que deberán ser ejecutados por el futuro Iniciado.

Osiris.- Dios creador y fuente del bien entre los egipcios, rival de Tifón.

Plutón.- Hijo de Saturno y de Rea; hermano de Júpiter y Dios de los infiernos.

Serapis o Apis.- Famoso buey adorado por los egipcios en el templo de Ménfis. Este templo se llamaba Serapión porque en él se enterraba a los bueyes Apis, que al morir se convertían en Osiris y se llamaban Osor Apis, de donde los gritos formaron Serapis.

Preparación del Candidato

La planta que atraviesa la superficie del suelo deja en la tierra la corteza que protegía la semilla. El niño al nacer se despoja también de las envolturas que encerraba al feto. Por analogía el profano no sale de la Cámara de Reflexión sin despojarse de algunas de sus prendas de vestir.

Ya está con el corazón descubierto, la rodilla derecha desnuda y el pie izquierdo descalzo.

Se le descubre la tetilla izquierda, indicando con esto que el masón no debe estar separado del resto de sus hermanos por ninguna restricción egoísta.

La rodilla derecha al desnudo, indica los sentimientos de piedad filosófica que deben presidir la búsqueda de la verdad.

El pie descalzo, remeda el uso de los orientales, que se descalzaban, antes de pisar el suelo de un recinto sagrado. Es además un símbolo que se encuentra en la leyenda de Jason (Jefe de los héroes griegos, que con el nombre de Argonautas, en el navío Argos se transportaron a la Cólquide y conquistaron el vellocino de oro - maestro del Centauro Quirón - protegido de Juno, hija de Saturno y Rea, hermana y esposa de Júpiter, célebre por su odio a los troyanos). Jason encontró en la margen de un río a una anciana deseosa de pasar y sin titubear la tomó sobre sus hombros, hasta dejarla en la ribera opuesta. Cual no sería la sorpresa de Jason, al ver que la pobre vieja tomaba súbitamente el majestuoso aspecto de Juno, la diosa del cielo, y que en pago de su buena acción, le prometió protegerlo en todas sus empresas —Jason había perdido una de sus sandalias en el lecho del río, pero estaba tan contento de su aventura que ésto no le importó y entró a la vecina ciudad con un pie desnudo. Pébas, rey de ese país, había sido advertido por un oráculo, que debía desconfiar de un hombre que llevara un solo pie calzado. Inquieto el rey a la vista de Jason, le preguntó: ¿Qué harías tú con un ciudadano, al que una predicción te lo hubiera denunciado como que debería atentar en contra de tu vida?. - Lo enviaría a buscar el

Vellochino de oro contestó Jason, pronunciando así su propia sentencia. - La pérdida de un zapato vino, pues, a ser la causa de la expedición de los Argonautas. - Corresponde a los espíritus reflexivos buscar el sentido profundamente iniciático de este mito.

La Puerta del Templo

Privado de sus metales, despojado de una parte de sus vestiduras y cubiertos los ojos con una gruesa venda, se consiente al profano golpear a la puerta del santuario. Sus golpes resuenan de una manera desordenada y vienen a turbar los trabajos interiores. Interrogado, manifiesta su intención de ser recibido masón y hace constatar que ha nacido libre y de buenas costumbres. Esta constatación hace que se le acuerde la entrada al Templo. Se abre la puerta con estrépito y para franquear el umbral el profano se encorva hasta el suelo. - En la antigüedad se obligaba al profano a arrastrarse a través de un conducto estrecho, imitando al niño que viene al mundo. - La Cámara de Reflexión, figura la matriz en que se desarrolla el germen; el niño deja las membranas que lo contenían; después, a continuación de un supremo esfuerzo, viene al mundo, quedando retenido por el cordón umbilical, representado por la cuerda que prende del cuello del candidato a la iniciación. - En las iniciaciones modernas se trata sobre todo de hacer comprender que la verdadera ciencia es hija de la humildad. El ignorante, presuntuoso, cree saberlo todo y no experimenta necesidad alguna de instruirse. Se realiza, pues, un primer progreso, dándose cuenta de que no se sabe nada. Muchos masones se imaginan que conocen la Masonería, cuando ni siquiera vislumbran la existencia de sus misterios y de su esoterismo. Son los que no han sabido inclinarse al penetrar al santuario, donde se comportan como intrusos, como profanadores. - El profano introducido al templo con los ojos vendados no ve, pero puede sentir, es lo que le hace notar apoyando sobre su pecho la punta de un puñal. Es de esas verdades de orden intuitivo, que se adivinan y se perciben sin que sean expresadas. - La espada flamígera es el símbolo del Verbo o, dicho de otra manera, del pensamiento activo. Es la única arma del iniciado, quien no podrá vencer sino por la potencia de la idea y por la fuerza que ella encierra en sí misma.

Primer Viaje

El hombre que se ejercita en pensar marcha al principio ciego, avanza por tanteos, tropezando a cada paso contra obstáculos, que no podría salvar sin la ayuda de protectores expertos.

El candidato que partió del Occidente (el dominio de los hechos - la realidad objetiva - el mundo sensible) se aventura a través de las tinieblas de la región Norte. Emprende la marcha por este oscuro bosque pintado por el Dante y citado por Virgilio como que escondía el ramo de oro que procuró a Eneas el acceso a los inflejos. - Este ramo, consagrado a Proserpina, es la facultad de inducción que lleva al espíritu a generalizar los hechos observados. Esta operación mental puede conducir a las más falsas hipótesis. El pensamiento humano comienza por caer de un error en otro. Son otros tantos lazos y celadas de los que la inteligencia debe lograr desprenderse. La lucha es larga y penosa. Ella conduce al candidato hacia el Oriente (el dominio de la abstracción - la

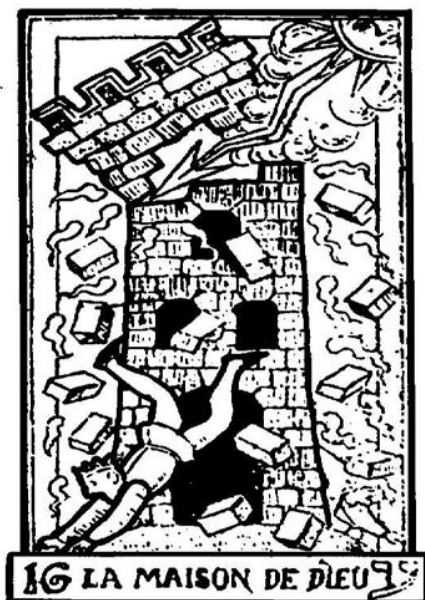
realidad subjetiva - el mundo inteligible). - Nociones racionales y sintéticas pueden explicar los hechos, Fluyen deducciones, es decir un retorno hacia el Occidente (los fenómenos sensibles) por la vía del Mediodía.

El camino de regreso, no está sembrado de obstáculos como al partir, pero el viajero se impone las más duras fatigas para ganar laboriosamente la cumbre de una abrupta montaña. No bien se felicita de haber alcanzado una altura que domina vastas regiones, cuando es repentinamente cogido por una violenta borrasca. El rayo crepita, el suelo tiembla y el granizo fatiga al imprudente que al fin es arrastrado por los torbellinos de un viento furioso y precipitado a través del espacio, hasta el sitio de donde partió.

Es la purificación por el aire, de las antiguas pruebas iniciáticas. - El soplo impetuoso de la opinión general quebranta el andamiaje falso de las teorías personales.

El Tarot, libro hieroglífico que nos ha sido conservado bajo la forma de juego de cartas, nos recuerda esta prueba.

- Se ve a un hombre proyectado desde lo alto de una torre (¿La de Babel?) que el fuego del cielo decapita -. Bajo el punto de vista moral, el primer viaje es el emblema de la vida humana. El tumulto de las pasiones, el choque de los diversos intereses, la dificultad de las empresas, los obstáculos que multiplican a nuestro paso los competidores empeñados en dañarnos y siempre dispuestos a molestarnos, todo eso está figurado por la irregularidad del camino que el candidato ha recorrido y por el ruido que se ha hecho alrededor de él. El ha subido a una altura de la cual habría sido lanzado a un abismo si no lo hubiera sostenido un brazo protector. Esto indica como, aislado, entregado a sus recursos individuales y únicamente preocupado de triunfar en la vida, a menudo se da mucho trabajo, para sólo recoger ruinas y decepción. El egoísmo es un guía engañoso, que conduce a los más desastrosos resultados.



La Casa de Dios.- El viejo cuadro XVI de Tarot hace alusión a las empresas quiméricas de las cuales no resulta sino ruina y decepción.

Segundo Viaje

Un primer fracaso no debe acobardar. El pensador resuelto se esfuerza en discernir la causa de sus errores, después vuelve sobre sus pasos. Avanza con circunspección, porque la experiencia lo ha puesto desconfiado. Titubea por temor a las antiguas celadas, a veces se detiene y tan pronto marcha ligero, como lentamente. Una gran incertidumbre pesa sobre su espíritu. Le falta confianza en sí mismo y retrocede ante las conclusiones inesperadas a que es conducido. Para devolver al candidato su confianza se le somete a la purificación por el Agua. Es una especie de bautismo filosófico que lava de toda impureza. Todas las fantasmagorías que falsean la imaginación deben ser arrancadas por las ondas de este gran río que Hércules hizo correr a través de los establos de Augias (Argonauta y rey de Elide - la limpia de sus famosos establos fue uno de los 12 trabajos de Hércules).

El Iniciado debe también saber resistir a la atracción de las corrientes, a las que en la vida se abandonan las naturalezas vulgares. Le corresponde en particular, pensar por sí mismo, sin esclavizarse a las opiniones de otros. - Al ruido aturdidor del primer viaje, ha sucedido el de armas que chocan, emblema de los combates que el hombre debe sostener constantemente, para rechazar las influencias corruptoras que lo rodean y pretenden dominarlo. Debe luchar sin cesar para sustraerse a la tiranía de las inclinaciones viciosas. - El sabio sabrá, no obstante, mantenerse alejado de los conflictos que las pasiones egoístas desencadenan alrededor de él. - Atravesará imperturbable el campo ensangrentado en que chocan los intereses opuestos, guardándose bien, sobre todo, de dejarse seducir por los ambiciosos sin escrúpulos que deben halagar los apetitos y atizar los odios en su solo provecho.

Pero no es suficiente abstenerse del error y del vicio. Las virtudes negativas, indicio sin embargo de una sabiduría muy rara entre los hombres, están lejos de poder ellas solas dar derecho al título de Iniciado. Una última prueba hay que pasar todavía, y es la más temible.

Tercer Viaje

Para contemplar la Reina de los Inflejos, es decir, la verdad que se esconde dentro de él mismo, el Iniciado debe franquear un triple círculo de llamas. Es la prueba del Fuego. El candidato impasible que avanza con paso firme, llega al término sano y salvo, después de haber estado tres veces envuelto en un manto de llamas. El marcha sin dificultad, no tropieza con ningún obstáculo, ni oye ruido alguno. - La facilidad de este viaje es efecto de la perseverancia del candidato que a la fogosidad de las pasiones (llamas), ha sabido oponer la calma de la serenidad. Se ha hecho apto para juzgar serenamente: es lo que le ha permitido penetrar hasta el foco central del conocimiento abstracto, simbolizado por el Palacio de Plutón (columna roja, cerca de la cual el aprendiz recibe su salario). - El Iniciado se mantiene en medio de las llamas (las pasiones) sin quemarse, pero se deja penetrar por el calor benéfico que de ella se desprende. El entusiasmo bien orientado es una fuerza de la que es preciso sacar provecho, porque ella comunica la energía necesaria para realizar grandes cosas. Un ardor vivo, pero sabiamente gobernado, debe elevar al Iniciado, hacia

todo lo que es noble y generoso. Le corresponde, más que nada, no dejar que jamás se extinga en su corazón el amor a sus semejantes. Una irradiación de simpatía se desprenderá así de él para rodearlo de una atmósfera saturada de benevolencia, aureola de energías ocultas que permiten obrar los prodigios más inesperados.

El Cáliz de la Amargura

Todo progreso intelectual, aumenta nuestra responsabilidad moral. Nada puede exigirse al ser inconsciente; pero el pensador contrae deberes tanto más extensos, cuanto más avanza en el conocimiento del bien y del mal. El que bebe en la copa del saber, obtiene un líquido fresco y dulce que, vuelto súbitamente amargo, toma de nuevo, y finalmente, su dulzor primitivo. Así ocurre en la vida del Iniciado. La indiferencia propia de los seres vulgares le está vedada. El hombre culto no debe ya vivir sólo para sí mismo, se debe a sus semejantes, y lejos de no poder pensar sino en sus personales intereses, debe llevar en adelante, todo el peso de las miserias de los demás. Es una carga fatigosa para el hombre de corazón, que se consagra a sus deberes y cuyas intenciones son desconocidas. Su desinterés es una anomalía a los ojos de los egoístas, por consiguiente su conducta es sospechosa, sus actos son tergiversados, es calumniado, perseguido, abandonado, traicionado y despreciado de todos.

Apurada la amargura, el justo está a punto de desesperarse y de sucumbir, agobiado por la ingratitud de los hombres. Pero esta suprema prueba no debe sorprender al Iniciado. Lejos de dejarse abatir y de rechazar el cáliz fatídico, debe tomarlo, decidido a vaciarlo hasta la última gota. Entonces el licor acre y ardiente se troca en un brevaje reconfortante. El Iniciado bebe las aguas del Leteo (uno de los ríos de los infiernos, cuyas aguas borran el recuerdo del pasado). Olvida las injurias, ya no siente penas y persistiendo en su abnegación, vuelve a encontrar en medio de las tormentas de la vida, toda su serenidad de espíritu. Gozando en adelante de la paz de los sabios, es admitido en las delicias de los bosques elíseos. Su grandeza moral lo eleva a una altura tal, que la rabia de los malvados no podrá alcanzarlo. Los acontecimientos más crueles no le perturbarán, está por sobre todo: es verdaderamente libre y digno del título de Iniciado.

La Beneficencia

Al comunicar al candidato que ha sido definitivamente admitido en la Francmasonería, se le invita a formar parte de la cadena de unión de los masones, lo que no es posible sin que antes haga con ellos acto de solidaridad por la participación en las obras de beneficencia de la Orden. La vida masónica se inaugura, pues, con una donación voluntaria que cada cual proporciona según sus medios y cuyo valor permanece ignorado. Debemos ayudar a nuestros hermanos, con tacto y discreción. Ellos tienen derecho a nuestra protección, porque aquellos a quienes les falta lo necesario, son acreedores de aquellos que gozan de cosas superfluas. La caridad es, pues, un acto de mera justicia, debe cumplirse como un deber de solidaridad, sin que jamás sea pretexto para actos de ostentación o de vanidad, fuentes de orgullo para el que da y de humillación para el que recibe. Todos podemos ser útiles unos a otros, cada uno tiene necesidad de los demás, y el

que rehusare socorrer a su semejante se excluirá él mismo por este solo hecho de la comunión de los Iniciados.

La Luz

Después de llenar su primer deber de masón, el Neófito es conducido al altar, donde termina por ligarse con un compromiso solemne. Promete por su honor guardar mvi olablemente todos los secretos de la Francmasonería y no revelar ninguno de sus misterios, si no es un masón regular y bueno. Promete dedicarse con toda su inteligencia a buscar la Verdad y consagrar todas sus fuerzas al triunfo de la Justicia.

Promete amar a sus Hermanos y socorrerlos según sus facultades. Promete en fin, someterse a todas las leyes que rigen la Francmasonería. Consiente, si se hiciere perjuro, en sufrir las penas que hubiera merecido y a ser considerado un ser vil, sin honor ni dignidad. El neófito deberá tener siempre presente en su espíritu las obligaciones contraídas por su propia y espontánea voluntad, estar listo para renovar su compromiso en cualquiera ocasión y a sentirse con fuerzas para cumplirlo. Con la seguridad de que el juramento que acaba de pronunciar no le da ninguna inquietud, se le acuerda la Luz y la venda cae a la señal acordada. El Templo se ilumina con repentina claridad, con la que el neófito queda al punto deslumbrado, pero a medida que su vista se acostumbra a la luz ve los asistentes de pie y que dirigen las espadas contra su pecho. No es una amenaza; con su actitud ellos anuncian el nuevo hermano que volarán en su socorro en todas las circunstancias difíciles en que pudiera encontrarse. Las hojas centelleantes dirigidas hacia él indican además la irradiación intelectual, que cada masón proyectará en adelante hacia el neófito. Esas espadas están mantenidas con la mano izquierda, costado del corazón, aludiendo, así, a los efluvios de simpatía que de todas partes se concentran sobre el recién nacido, que se acoge con júbilo en el seno de la familia masónica.

El Mandil

El Iniciado se acerca al Oriente para renovar su compromiso. El antiguo ritual le hacía poner en tierra la rodilla izquierda y la pierna derecha doblada en escuadra (sumisión, respeto a todo lo que es equitativo y justo). En la mano izquierda un compás abierto, una de cuyas puntas estaba apoyada en la tetilla izquierda (perfecta sinceridad de los sentimientos expresados). La mano derecha colocada sobre la espada flamígera del Venerable que estaba sobre los estatutos de la Orden y más antiguamente, sobre el Evangelio, abierto en el ler. Capítulo de San Juan, Renovado su compromiso, el Venerable toma la espada flamígera con la mano izquierda y extendiéndola sobre la cabeza del neófito, pronuncia la fórmula de consagración, dando 3 golpes de mallete sobre la hoja. Después toca con la espadas los hombros del neófito y lo abraza llamándolo “mi hermano” única expresión que el recién iniciado recibirá en lo sucesivo. Al mismo tiempo se le reviste con las insignias de su grado: un mandil, emblema de trabajo que recuerda al neófito que un masón debe siempre llevar una vida activa y laboriosa. No podrá presentarse en Logia sin decorarse con el mandil. También los grandes hombres se honraron llevando el modesto mandil de piel de cordero. El pensador ve en esto el cuerpo físico, la envoltura material, con la que el espíritu

debe revestirse para tomar parte en la obra de la Construcción Universal. A este respecto se puede recordar las túnicas de pieles de que se habla en el Génesis. Adán y Eva las recibieron como vestido, cuando fueron forzados a renunciar al Paraíso (el goce, la inacción, el reposo). Si los textos antiguos mostraban el trabajo como un castigo, a la Masonería le toca glorificarlo. El esclavo puede maldecir su trabajo forzado, pero al hombre libre le repugna la molición, la ociosidad; experimenta la necesidad de desplegar su actividad y encuentra al *súmmum* de la dicha, en una acción constante, fecunda y útil a mayor número.

Los Guantes

En la Edad Media, el nuevo Aprendiz debía ofrecer un par de guantes a todos los miembros del Taller. En la Masonería moderna, al contrario, él recibe un doble par de guantes blancos, de los que uno le está destinado. Deberá cuidar de no ensuciar su blancura, porque las manos de un masón deben permanecer siempre puras. El otro par lo ofrecerá el Iniciado a la mujer que más estime. La Francmasonería rinde así homenaje a las virtudes del sexo, que ella rehusa obligar a la aridez de los trabajos ordinarios. La mujer es la sacerdotisa del hogar doméstico. Ella vela dentro, mientras el hombre se debate afuera. Cuando éste llega rendido de los combates del vivir, recobra sus fuerzas al lado de la fiel compañera que cura sus heridas. Inteligente, animada de un valor distinto al suyo, ella lo sostiene en sus horas de desfallecimiento, le da valor en sus generosas empresas y se hace, de esta manera, su incesante colaboradora. Y cuando el hombre experimenta la tentación de olvidar sus deberes, corresponde a la mujer recordárselos. La Francmasonería ha querido darle este potente medio. Los guantes blancos recibidos el día de su iniciación evocan al masón el recuerdo de sus compromisos. La mujer, que se los mostrará cuando él esté por desfallecer, se le aparecerá como su conciencia viva, como la guardadora de su honor. ¿Qué más alta misión se lo podría encomendar a la mujer, que más se estima?. El Ritual hace notar que ésta no siempre es la que más se ama, porque el amor, a menudo ciego, puede engañar acerca del valor moral de la que debe ser la inspiradora de todas las obras grandes y generosas. Goethe, iniciado en Weimar el 23 de Junio de 1780, se apresuró a rendir el homenaje a estos guantes simbólicos a la Sra. Von Stein, haciéndole notar que si el regalo en apariencia era de ínfimo valor tenía en cambio la particularidad de no poder ser ofrecido por un Francmasón, sino una sola vez en la vida.

Restitución de los Metales

Se comunica al neófito las palabras, signos y tocamientos, que le permitirán darse a conocer como Aprendiz Masón, y se le conduce hacia los Vigilantes que lo retejan haciéndolo ejecutar la marcha “en un cuadrado largo”. En seguida se le proclama miembro activo de la Logia que lo ha recibido, y en lo sucesivo todos los masones del mundo le deberán ayuda y protección. La asamblea aclama al recién iniciado con la batería usual, y se le hace ocupar un sitio frente a los hermanos colocados delante de la columna del Norte (la primera pieza de un edificio, debía ser la del ángulo Nor-este).

El Venerable lo exhorta a merecer, por su asiduidad a los trabajos de la Logia y por la práctica de las virtudes masónicas, e penetrar más adentro en los misterios de la Orden. Hace notar al neófito que en el espacio de pocas horas se le han dado motivos para que reflexione durante toda su vida. El lenguaje alegórico de la Francmasonería debe, en efecto, ser meditado con cuidado. Los símbolos generalizan lo que las palabras especifican y permiten expresar ideas generales que representan las leyes inmutables del pensamiento humano. No tienen un valor determinado e invariable, al contrario, son susceptibles de ser mirados bajo múltiples puntos de vista, dando lugar cada vez a interpretaciones análogas pero diferentes. No se podría, pues, exponer todo lo que puede significar un símbolo. En un símbolo no hay jamás otra cosa, que lo que se sabe ver en él. El simbolismo es una escritura que es preciso aprender a leer. Es por eso que los símbolos no son letra muerta, puede decir un Pensador y un verdadero Iniciado. El ceremonial de la recepción termina por donde principió: se devuelven al Iniciado los metales de que se despojó al profano; ya el falso brillo de las cosas no debe ilusionar al hombre que ha sido intelectual y moralmente purificado. En cuanto a las riquezas no se trata de despreciarlas, sino más bien de buscarlas, teniendo sólo en vista emplearlas en bien de todos.

La iniciación al primer grado constituye un ciclo completo: las purificaciones que enseñan simbólicamente al neófito a desprenderse de los prejuicios y defectos de los profanos a fin de ponerse en condiciones de ver efectivamente la Luz. El recién iniciado no podrá retener desde el primer momento los detalles del Ritual, acerca de lo cual debe meditar; no completará pues, su iniciación sino asistiendo a otra. Esforzándose en profundizar el sentido del ceremonial a medida que se vaya desarrollando en su presencia, contribuirá con su actitud a hacer más profundo el recogimiento en medio del cual se verifican las iniciaciones.

CONCEPCIONES FILOSOFICAS RELATIVAS AL RITUALISMO DEL GRADO DE APRENDIZ

Las Tradiciones

Ciertas teorías han ejercido una influencia preponderante sobre el pensamiento humano. Un Iniciado no debe ignorarlas. Expondremos aquí algunas ideas de los Antiguos, susceptibles de aclarar la cuestión: ¿De dónde venimos?. Queda entendido que la Francmasonería no preconiza ninguna manera de ver, determinada. Ella solicita al pensamiento independiente y, para estimular mejor las inteligencias, evita lanzarlas hacia soluciones arbitrarias. Que se tome cuidado en lo que va a seguir.

Como referencia vamos a esforzarnos en reproducir las teorías de los antiguos hierofantes. Nuestro objeto es procurar un alimento a las reflexiones de lo que deseen pensar y no el de sostener una tesis. La Francmasonería rechaza todo dogmatismo y no podría hacerse el campeón de ninguna doctrina. Rehusa tomar un partido y busca el acuerdo entre los pensadores, porque es en este acuerdo del que surge la Verdad.

La Regeneración

Nada comienza ni nada termina de una manera absoluta. No hay comienzo ni fin sino en apariencia. En realidad todo se mantiene, todo continúa, para sufrir incesantes transformaciones que se manifiestan por una serie de formas sucesivas de existencia. Estas formas son variadas. Todo que se realiza “en acto” ha existido precedentemente “en potencia”. Las energías que se agrupan para dar nacimiento a un ser subsistían antes de su aparición. Todo ser tiene, pues, sus raíces en el origen mismo de todas las cosas. Consideraciones de este género han hecho mirar la vida terrestre de cada ser como una faz particular de una vida más extensa. Esta faz aún no ha aparecido sino como un accidente en la vida permanente del ser. El hombre parece haber hecho su entrada en el escenario del mundo como el escenario de un teatro. Se introduce transitoriamente en la piel de una persona. (Persona, en latín, significa “máscara” y por extensión “rol”, “actor”). La identificación es tan perfecta que la mayor parte de los humanos toman su rol en serio: ellos creen, como se dice familiarmente, “que las cosas han ocurrido”. Caracterizados, toman el lenguaje, el tono, los gestos, los modos del personaje que tienen que representar, actúan después con tal convicción que olvidan completamente que, a la caída del telón, los actores arrojan máscaras y oropeles para volver a ser quienes son en realidad.

Los antiguos Iniciados pretendían estar por sobre estas ilusiones, que juzgaban indispensable no destruir en el vulgo. Para ello, místicos refinados, la vida integral del hombre tenía fases alternativas de acción y de reposo. La vida presente es un período de actividad material. Pero antes de nacer ya habíamos vivido en un estado imperceptible para nuestros sentidos. Estábamos entonces entregados a la vida del sueño y según los recuerdos conservados, de un precedente período de actividad, éramos presa de las pesadillas del

remordimiento o gustábamos la dulce satisfacción del deber cumplido. Era la morada del alma en el reino de Plutón (el mundo invisible. Plutón, hijo de Saturno y de Rea, hermano de Júpiter y Dios de los Infiernos). Pero las penas de Tártaro (el más terrible de los lugares infernales de la mitología) no eran eternas y el reposo elíseo no *tenía* nada de definitivo. En un momento dado la parte persistente del ser era llamada a nuevos destinos terrenales. Entonces había olvidado el pasado. El Profano estaba despojado de sus metales. El ser renunciaba a todo lo que había adquirido. Se reconstruía a sí mismo rehaciéndose por la base. Rehacía toda su evolución, recomenzando por el comienzo y volvía a partir de donde había venido primitivamente. Estas no son sino puras extravagancias para quien no se de la molestia de profundizarlas, pero el pensador podrá obtener útiles conocimientos en el tesoro de estas venerables tradiciones, sobre todo si posee algunas nociones de embriología.

La Génesis Individual

Los datos nebulosos del misticismo antiguo se aclaran de una manera neta y precisa gracias a los descubrimientos de la ciencia moderna. Las ideas de los antiguos no deben, pues, ser desdeñadas. Métodos con los cuales estamos poco familiarizados han podido conducirlos a soluciones singularmente aproximadas a las nuestras. ¡No debe ésto sorprendernos!. No hay más que una Verdad y ella es la que inspira todas las meditaciones. Pero la Verdad fundamental se altera por la expresión. Desde que se la reviste de una forma su augusta desnudez se disfraza y se manifiestan las divergencias de vista. Corresponde, pues, al Iniciado hacer abstracción del signo exterior. En materia de fórmulas, de teorías, de sistemas, debe el pensador ejercitar su penetración de espíritu a fin de desentrañar el pensamiento primitivo que casi siempre le aparecerá como una verdad resplandeciente sumergida bajo una acumulación de errores. Las alegorías de la Cámara de Reflexiones se relacionan plenamente con esta búsqueda del pensamiento puro, tomado en un estado anterior a toda concreción. Este pensamiento generalizado, que escapa a toda expresión, corresponde a la Materia Primera de los Sabios, punto de partida de la Gran Obra. Pero miremos las cosas desde otro punto de vista. Consideremos el óvulo materno que acaba de fijarse en la pared uterina. Es una simple vesícula acuosa en el seno de la cual la fecundación parece haber encendido un foco de iniciativa (columna B), de suerte que en ella se unen el Fuego y el Agua, o el Azufre y la sal, como lo querían los antiguos ritualistas. El Candidato permanece alegóricamente encerrado durante nueve días en el seno de la tierra. Esto recuerda los nueve meses de la gestación humana. Mientras dura la prueba el postulante sólo se alimenta de pan y agua; además no habla con nadie. Estas austeridades han podido sugerir la idea de los retiros religiosos y las novenas.

Las Pruebas

El niño es moral e intelectualmente ciego. Principia la vida sostenido por sus padres, que no podrán abandonarlo a sí mismo, sino cuando esté en plena posesión de sus facultades. Estas se desarrollan poco apoco. El hombre se forma progresivamente, sus fuerzas crecen a medida que actúa, las dificultades que encuentra son un estimulante, ellas nos obligan a adquirir lo que nos falta. Si todo se hiciera solo no tendríamos ninguna razón

de ser, porque, como todo órgano, no existimos sino en vista de la función que debemos llenar. Si no tuviéramos nada que desear, vencer y conquistar, nuestro rol sería nulo. La lucha nos forma, ella preside nuestra evolución y nos hace lo que somos. La vida es, pues, una escuela. No se está en ella para divertirse, sino que para formarse e instruirse. Debemos conquistar nuestros grados en la jerarquía de la existencia y subir uno a uno los escalones del perfeccionamiento individual. Pero en primer lugar, se trata de alcanzar la edad adulta. El hombre debe entonces haber aprendido a gobernar las fuerzas de que dispone. Cuando la construcción corporal está terminada, dócil a los impulsos voluntarios, el organismo es el instrumento de trabajo del espíritu.

Es el vestuario (el mandil) que el hombre invisible emplea como una escafandra para sumergirse en el dominio de los sentidos, a fin de cumplir su tarea. El principio inteligente se desprende transitoriamente de este aparato y pierde entonces todo contacto con el mundo sensible. Es el caso del sueño o de los estados análogos que interrumpen el curso de los trabajos simbólicos. Estos vuelven a tomar “fuerza y vigor” desde que volvemos a nosotros por el despertar, es decir, cuando el hombre invisible se apresura a ceñirse de nuevo el mandil alegórico. El hombre que ha llegado a poseerse enteramente es comparable al artista, que se ha hecho maestro de su instrumento hasta el punto de hacer estrictamente lo que desea. En este estado de armonía y de acuerdo, entre el espíritu que manda y el cuerpo que obedece, sucede que éste se beneficia con la experiencia adquirida por la parte trascendental del Ser. El atavismo, en efecto, no basta para explicar los talentos y las felices disposiciones que ciertos individuos manifiestan en grado tal que parece que recordaran lo que hubieran podido aprender en una existencia precedente. Este sería un efecto de la “restitución de los metales”. Por extrañas que puedan parecer estas ideas, no tengamos la presunción de rechazarlas con excesivo desdén. Ellas son susceptibles de meditarse y el Iniciado no puede simplemente contentarse con pensar como hombre de su época y de su país. Debe procurar comprenderlo todo para asimilarse el pensamiento de todas las épocas y el espíritu íntimo de todas las filosofías. Todo es verdadero o falso, según se comprenda o no.



Plutón.- Plutón reina sobre el mundo interior. Cerbero es el guardián de las regiones infernales. Sus tres cabezas significan: ¿De dónde venimos?. ¿Qué somos?.

¿Adónde vamos?. Los infiernos corresponden al mundo interior que llevamos en nosotros. Por eso, lo invisible no es concebible sino por oposición a lo visible. Como lo indica el cetro bifurcado de Dios, no se penetra en los dominios del esoterismo sino imaginando lo que sugieren los contrastes.

DEBERES DEL APRENDIZ MASÓN

Deberes Generales del Iniciado

Los ritos iniciáticos no tienen ninguna virtud sacramental. El profano que ha sido recibido masón, según las formas tradicionales, no ha adquirido por este solo hecho aquellas cualidades que distinguen al pensador ilustrado del hombre grosero e inculto. El ceremonial de recepción no tiene valor sino en cuanto importa el primer paso hacia el desarrollo de un programa que el Neófito debe cumplir para entrar en posesión de todas sus facultades. El aprendiz Masón tiene, pues, como primer deber el de meditar las enseñanzas del Ritual a fin de proceder en conformidad a ellas. Este es su deber por excelencia, su solo deber que abarca todos los demás. Pero un principiante necesita prescripciones más precisas. Estas están comprendidas en el compromiso que contrajo antes de recibir la Luz:

Callar ante los Profanos.

Buscar la Verdad.

Querer la Justicia.

Amar a sus hermanos.

Someterse a la Ley.

Discreción Masónica.- Privarse de hablar, para limitarse a escuchar, es una excelente disciplina intelectual cuando se desea aprender a pensar. Las ideas se maduran por la meditación silenciosa, que es un conversación consigo mismo. Las opiniones razonadas son el resultado de debates íntimos que se empeñan en el secreto del pensamiento. El sabio piensa mucho y habla poco. Un masón joven debe, pues, en general, mostrarse muy reservado. Le está privado todo proselitismo intempestivo. No hay peor error que la verdad mal comprendida. Hablar para hacerse entender mal es a la vez peligroso y nocivo. Es preciso, pues, que siempre nos pongamos al alcance de los que nos escuchan. Tratar de asombrar exponiendo ideas atrevidas es esencialmente antimasónico. ¿Para qué escandalizar a los espíritus tímidos? Las inteligencias deben estar preparadas para que reciban la luz: una brusca claridad, ciega en vez de iluminar. Cuando cae de sus ojos la venda simbólica el Iniciado ha podido constatar que el deslumbramiento produce una sensación dolorosa. Estemos, pues, atentos a no herir ninguna convicción sincera. Escuchemos a todos con benevolencia sin hacer cuestión de nuestra manera de ver. Tenemos que formar nuestra opinión ya este fin nos es ventajoso oír a los abogados de las causas más contradictorias. Aprendamos a juzgar sin el menor prejuicio, así llegaremos a ser pensadores independientes o libres pensadores en el verdadero sentido de la palabra.

El Secreto.- Un masón debe abstenerse de divulgar todo aquello que pueda perjudicar a la Francmasonería o a sus miembros. Todos los miembros de la Orden están solidarizados por un formal contrato de reciprocidad. Tienen obligaciones los unos para con los otros y para cumplirlas es indispensable que se puedan distinguir de los profanos. Los

medios de reconocerse deben, pues, ser objeto del secreto más absoluto. En cuanto al detalle de los ritos que se practican en el seno de los templos masónicos es prohibido hablar de ellos afuera. Los espíritus superficiales no podrían sino tomarlos como pretexto para ridiculizar a la Francmasonería. En este sentido no hay que arrojar perlas a los puercos.

El formulismo del ritual masónico no ha permanecido, por lo demás, en absoluto secreto. Ha sido divulgado en numerosas obras aparecidas desde los comienzos del último siglo. Pero a este respecto no se puede hacer conocer sino el lado material de nuestras prácticas. El “esoterismo” no es susceptible de ser divulgado. La disciplina del silencio llevaba a los antiguos masones a no contestar las calumnias de que eran objeto. Ellos esperaban estoicamente que luciera la verdad, ella triunfa siempre y necesariamente, como lo da a entender la vieja máxima: Obrar bien y dejar murmurar. El pensamiento es además en si mismo una fuerza que actúa en el exterior de una manera misteriosa. El puede influenciar la voluntad de otro sin expresarse por escrito ni de palabra. Esto es lo que revela el estudio de las leyes ocultas del pensamiento. El Iniciado, conocedor de estas leyes, se dedica a callarse, se concentra a fin de imprimir a sus ideas una tensión más alta. Es un conspirador que dispone del más potente de todos los medios de acción: el pensamiento dirigido con pleno conocimiento de causa. Pero en estas materias conviene unir el ejemplo al precepto y no infringir, porque no está permitido, la ley del silencio.

La Tolerancia.- Es siempre presuntuoso convertirse en juez de una opinión, cualquiera que ella sea. Todas las maneras de ver divergentes son igualmente respetables cuando emanan de personas sinceras. Ellas expresan la verdad bajo los diferentes aspectos que puede tener en razón de los múltiples puntos de vista de que es susceptible de ser considerada. Se encuentra, pues, una parte de la verdad en todas las opiniones. Nadie está en el error absoluto y nadie, por otra parte, puede enorgullecerse de poseer la verdad perfecta. Seamos, pues, indulgentes y no pidamos a los demás que vean las cosas como nosotros mismos. Las inteligencias son débiles y no se aproximan a la Verdad sino recorriendo una serie de etapas que es preciso alcanzar una a una. Para favorecer el progreso de los espíritus es preciso, pues, tomar en cuenta las fases sucesivas de toda evolución intelectual. Se obtendrán los mejores resultados con una discreta acción. Nunca será excesiva la aplicación de la divisa de Rabelais:

“Noli ire, fac venire”. No fustiguéis a los retrasados para obligarlos a marchar contra su voluntad, contentaos con precederlos dándoles valor: no tardarán en seguirnos. Cuidaos sobre todo de no proceder por afinaciones, por fórmulas y por dogmas. Nada está más lejos del espíritu masónico. No tratéis de imponer nuestra manera de ver; llevad a los demás a descubrir lo que vos mismo habéis encontrado. Pensad y haced pensar.

Investigación de la Verdad.- La Francmasonería se distingue de las iglesias en que no pretende absolutamente estar en posesión de la Verdad. Las enseñanzas masónicas no envuelven dogmas ni credo de ninguna especie. Cada masón está llamado a construir por sí mismo el edificio de sus propias convicciones. Con este propósito se ha iniciado en la práctica del Arte del Pensamiento. Este arte se ejecuta en materiales que es preciso desbastar. En otros términos: se trata de eliminar los errores que desfiguran la verdad, la verdad está en todas partes, pero oculta. Ella pide ser extraída de todo lo que parece falso o supersticioso. La superstición no es sino la petrificación, la envoltura o el cadáver de una noción verdadera que no se ha sabido alcanzar ni expresar correctamente. No rechazemos, pues, nada “a priori”. Toda prevención, todo prejuicio, se opone a nuestra imparcialidad de

juicio. El verdadero amigo de la verdad no sabría ser un espíritu limitado, sistemáticamente encerrado en el estrecho círculo de su horizonte mental. Debe ser una inteligencia ampliamente abierta a todas las ideas susceptibles de provocar una modificación en las convicciones presentes. El que tiene sus ideas estancadas y trata de conservarlas no es un hombre de huy de progreso: es un pontífice que cree que sabe y que tiene fe en su infalibilidad. Si la iniciación no logra desengañarlo es porque cierra los ojos y tiende a permanecer Profano.

Realización.- Si la Francmasonería se dedicara sólo a la especulación pura se quedaría en el dominio abstracto, sin compartir los males que acosan a la humanidad. Estos males tienen su repercusión sensible en el corazón de todo hombre generoso. El iniciado, en consecuencia, no se aísla del mundo, se guarda bien de imitar a los místicos egoístas que buscan la perfección lejos del contacto de la corrupción general, mucho menos comparte la indiferencia de los satisfechos que sólo tienden a gozar los favores acordados a unos pocos. El hombre de corazón se siente herido por toda iniquidad aun cuando no sea él una víctima directa. Desinteresarse de la suerte de otro es romper los lazos de solidaridad que une a todos los miembros de la familia humana. Y la fuerza de los individuos tiene su origen en la colectividad, de la que ellos forman parte. Separarse de aquella a que se está incorporado es entregarse a la muerte.

El egoísta que sólo quiere vivir para sí mismo, deja de participar de la vida general, se hace un cuerpo extraño en el seno del organismo humanitario, un elemento mórbido, una causa de enfermedad social. La francmasonería es una alianza universal de hombres honrados que se consagran sin cermamente al bien de todos. Una acción irresistible se ejerce sobre las voluntades débiles por la unión de un conjunto de fuertes voluntades. En este sentido hay que “querer la justicia”, porque lo que se quiere con persistencia y firmeza no puede dejar de obtenerse.

Fraternidad entre los Iniciados.- La fuerza de una asociación reside esencialmente en la cohesión de sus miembros. Mientras más unidos, más potentes son. En Masonería la unión no es el efecto de una Disciplina impuesta: esa unión no puede nacer sino del afecto que experimentan los iniciados entre sí. Es, por lo tanto, de la más alta importancia estrechar por todos los medios los lazos que unen a los masones. Antes que nada es necesario verse, a fin de conocerse, apreciarse y estimarse. Deben, pues, seguirse con la mayor asiduidad todas las reuniones masónicas. Hay que tratar de merecer la simpatía de cada uno de los Hermanos y, por otra parte, se deberá ser indulgente con los defectos de los otros. El hombre es siempre imperfecto. No hay que detenerse en las debilidades de los demás; apreciemos las cualidades de nuestros colaboradores y pasemos la plana sobre imperfecciones de las piedras que debe unir indisolublemente el cemento de la más franca amistad.

Respeto a la Ley.- Por sobre las leyes convencionales hay una Ley ideal, escrita en el corazón de los hombres de bien. A esta Regla Soberana es a la que el Iniciado se somete sin reserva. En cuanto a las leyes positivas, por imperfectas que sean, no son menos respetables. Ellas constituyen el elemento fundamental de toda civilización, nos dan garantías contra las arbitrariedades, aseguran el orden y se imponen como una sanción necesaria del pacto social. Un Iniciado se somete, pues a las leyes aun cuando fueran injustas. El se inclina ante la voluntad general aunque ésta esté equivocada. Sócrates prefirió beber la cicuta antes que sustraerse a la sentencia legal, pero inicua que lo

humillaba. Robespierre cayó rehusando llamar al pueblo a la revuelta. Son éstos grandes ejemplos.

Los francmasones se someten escrupulosamente a la legislación de todos los países en que se les permite reunirse libremente. Ellos no conspiran contra ninguna autoridad legalmente constituida. Su acción humanitaria, no puede, pues, hacer sombra sino a los gobiernos que tienen conciencia de tener contra ellos el derecho. En lo que concierne a la ley masónica, los masones observan sobre todo su espíritu. Los reglamentos no les son impuestos con una inflexibilidad tiránica, sino que preconizan una línea de conducta que tiene la autoridad de una larga experiencia. Pero no hay que perder jamás de vista que estas prescripciones reglamentarias están dirigidas a hombres que piensan y que están guiados por la lógica. Para el Pensador, la razón es la ley suprema, contra la que no podrá invocarse ninguna estipulación escrita. El Iniciado goza de entera libertad, porque es plenamente razonable y, por consiguiente, no puede hacer sino un buen uso de su voluntad. En este sentido el Masón debe ser libre en la Logia libre. Cuando Rabelais resumió la regla de los Telemítas diciendo: “Haz lo que deseas” él entendía que: “hombres libres, bien nacidos, bien instruídos, que frecuentan compañías honestas, tienen por naturaleza un instinto y una tendencia que siempre los impulsa a hechos virtuosos y alejados del vicio; eso es lo que llaman honor. Pero cuando están vilmente sujetos y constreñidos, se sienten deprimidos y esclavizados; desvían la noble afección que los hace amar la virtud y procuran sacudir el yugo de semejante servidumbre, porque emprenden siempre lo que es prohibido sin justicia y codician lo que se les niega en razón”.



La Justicia.- En este cuadro se hace alusión a la ley universal del equilibrio que lleva fatalmente cada cosa a su lugar.

CATECISMO INTERPRETATIVO DEL GRADO DE APRENDIZ

A cada grado masónico corresponde una instrucción en forma de preguntas y respuestas.

Las preguntas están formuladas para estimular la reflexión. El pensador debe esforzarse en responder con lógica y no contentarse con retener simplemente las respuestas convencionales.

Algunas de estas respuestas deben darse textualmente al ser retejado; son las que se escriben con letra especial.

P.- ¿Cuál es el lazo que nos une?

R.- La Francmasonería.

P.- ¿Qué es la Francmasonería?

R.- Es una alianza universal de hombres ilustrados, unidos para trabajar en común por el perfeccionamiento intelectual y moral de la Humanidad.

P.- ¿Es una religión?

R.- No lo es en el sentido estrecho de la palabra; pero, mejor que ninguna otra institución, tiene por objeto unir a los hombres entre sí (religare - unir). Por esto es una religión en el sentido más amplio y elevado del término.

P.- ¿Es Ud. masón?

R.- Mis hermanos me reconocen como tal.

P.- ¿Por qué contesta así?

R.- Porque un aprendiz masón debe desconfiar de sí mismo y temer formarse un juicio antes de haber acudido a las luces de sus Hermanos.

P.- ¿Qué es un masón?

R.- Es un hombre nacido libre y de buenas costumbres, igualmente amigo del rico que del pobre, si son virtuosos.

P.- ¿Qué significa “nacido libre”?

R.- El hombre “nacido libre” es aquel que, después de morir para los prejuicios del vulgo, se ha visto renacer a la vida nueva que confiere la iniciación.

P.- ¿Por que dice Ud. que un masón es igualmente amigo del rico que del pobre si son virtuosos?

R.- Para indicar que el valor individual debe apreciarse en razón de las cualidades morales. La estima no debe medirse sino en razón de la constancia y la energía que el hombre aporte a la realización del bien.

P.- ¿Cuáles son los deberes del masón?

R.- Huir del vicio y practicar la virtud.

P.- ¿Cómo debe el masón practicar la virtud?

R.- Prefiriendo a todas las cosas la Justicia y la Verdad.

P.- ¿Dónde fue Ud. recibido de masón?

R.- En una Logia Justa y Perfecta.

P.- ¿Qué es necesario para que una Logia sea Justa y Perfecta?.

R.- Tres la Dirigen, Cinco la Iluminan, Siete la hacen Justa y Perfecta.

P.- Explique esta respuesta.

R.- Los Tres son el Venerable y los dos Vigilantes; estos Oficiales, con el Orador y el Secretario son las cinco luces de la Logia. Pero es preciso que se reúnan a lo menos siete miembros de una Logia para poder proceder a efectuar iniciaciones regulares. De estos siete, tres a lo menos deben ser Maestros y dos Compañeros. Tres masones, de los que a lo menos uno es Maestro, constituyen una Logia Simple, apta para deliberar. La reunión de cinco masones de los que, a lo menos, tres son Maestros y uno Compañero, forman una Logia Justa, competente en materia de instrucción judicial. Por fin, la Logia Perfecta compuesta, como se ha dicho, de siete miembros, es la única que posee la plenitud de la soberanía masónica.

P.- ¿Desde cuándo es Ud. masón?.

R.- ¡Desde que recibió la Luz.

P.- ¿Qué significa esta respuesta?.

R.- Que no nos tornamos realmente masones sino desde el día en que nuestro espíritu se ha abierto a la inteligencia de los misterios masónicos.

P.- ¿En qué lo reconoceré como masón?.

R.- En mis signos, palabras y tocamientos.

P.- ¿Cómo interpreta Ud. esta respuesta?.

R.- Un masón se conoce en su manera de actuar siempre equitativa y franca (signos) - en su lenguaje leal y sincero (palabras) - y, en fin, en la solicitud fraternal que manifiesta por todos aquellos a los que está unido por los lazos de la solidaridad (apretamiento de la mano, tocamiento).

P.- ¿Cómo se hacen los signos de los masones?.

R.- Por Escuadra, Nivel y Perpendicular.

P.- Explique esta respuesta.

R.- El masón en sus actos debe inspirarse en ideas de Justicia y de equidad (Escuadra, debe tender a la nivelación de las desigualdades arbitrarias (Nivel) y contribuir, por fin, a elevar sin cesar el nivel social (Perpendicular).

P.- Deme el signo.

R.- (Se da).

P.- ¿Qué significa este signo?.

R.- Que preferiré que se me corte la garganta antes que revelar los secretos que me han sido confiados.

P.- No tiene este signo otra significación?.

R.- La mano derecha puesta en escuadra sobre la garganta parece contener el hervidero de las pasiones que se agitan en el pecho, preservando así a la cabeza de toda exaltación febril, susceptible de comprometer nuestra lucidez de espíritu. El signo de Aprendiz significa a este respecto:

Estoy en posesión de mí mismo y me afano en juzgarlo todo con imparcialidad.

P.- Deme la palabra sagrada.

R.- No sé leerla ni escribirla, sólo puedo deletrearla. Deme la primera letra, yo le diré la segunda.

P.- (Da la primera).

R.- (Se la palabra letra por letra).

P.- ¿Qué significa esta palabra?.

R.- Fuerza. Es el nombre de una columna de bronce erigida a la entrada del templo de Salomón. Los Aprendices recibían sus salarios junto a ella.

P.- Por qué dice Ud. “no sé leerla ni escribirla”? ¿A qué se refiere su ignorancia?.

R.- Al lenguaje emblemático empleado por la Francmasonería. Su sentido no se discierne sino progresivamente y el Iniciado, al principio de su carrera, deletrea con dificultad lo que, más tarde, será para él algo de lectura corriente.

P.- ¿Que os indica la manera de deletrear la palabra sagrada?.

R.- El método de enseñanza de la francmasonería que solicita los esfuerzos intelectuales de cada uno, evitando en absoluto inculcar dogmas. Se pone al neófito en el camino de la Verdad, dándole simbólicamente la primera letra de la palabra sagrada; debe él encontrar por sí mismo la segunda, después se le indica la tercera, a fin de que adivine la cuarta.

P.- ¿Qué se llama “salario” en Masonería?.

R.- Es la recompensa del trabajo, el resultado que produce para el obrero.

P.- ¿En qué se traduce el “salario” de los masones?.

R.- En un perfeccionamiento gradual de sí mismo.

P.- ¿Por qué los Aprendices reciben su salario cerca de la columna B.:?.

R.- Porque ella simboliza el foco del que irradia la actividad humana.

P.- ¿Cuál es este foco?.

R.- Es el centro consciente al que se relaciona en el individuo la concepción del “yo”. El Aprendiz masón debe absorberse en sí mismo, replegarse sobre la fuente inicial de su pensamiento, a fin de buscar en la razón pura el punto de partida de sus conocimientos. Por esto al principio de su iniciación está encerrado en el seno de la tierra, donde, entrando en sí mismo, debe descender hasta las profundidades del pozo en que se encuentra oculta la Verdad.

P.- ¿Cuál es la forma de vuestra Logia?.

R.- Un rectángulo.

P.- ¿Cuál es el sentido de su largo?.

R.- De Oriente a Occidente.

P.- ¿Y su ancho?.

R.- De Sur a Norte.

P.- ¿Su alto?.

R.- De Zenit a Nadir.

P.- ¿Qué quieren decir estas dimensiones?.

R.- Que la francmasonería es universal.

P.- ¿Por qué está vuestra Logia situada de Oriente a Occidente?.

R.- Está “orientada”, como todos los antiguos edificios sagrados, para recordar que la Masonería señala a sus adeptos la dirección de donde viene la Luz. Corresponde a los Masones alistarse en la vía trazada a fin de marchar por sí mismos a la conquista de la verdad. Es de notar que las catedrales construidas por los masones de la Edad Media siempre tenían su eje mayor paralelo al ecuador terrestre.

P.- ¿Qué entiende Ud. por la palabra Logia?.

- R.- Es el lugar secreto que sirve de abrigo a los masones para cubrir sus trabajos.
- P.- ¿Por qué deben desarrollarse a cubierto los trabajos masónicos?.
- R.- Porque las fuerzas destinadas desplegarse útilmente afuera deben centrarse, primero sobre sí mismas, a fin de que después de ser maduras por la comprensión puedan adquirir el súmmum de energía expansiva.
- P.- ¿A qué puede compararse una Logia regularmente cubierta?.
- R.- A la célula orgánica y más especialmente al huevo que contiene un ser en potencia de realizarse. Todo cerebro pensante representa, además un taller cerrado: es una asamblea deliberante, al abrigo de la agitación exterior.
- P.- ¿Qué dice Ud. cuando los trabajos no están a cubierto?.
- R.- “Llueve” (esta expresión permite a los masones hacerse una advertencia cuando su conversación corre el riesgo de ser advertida por oídos profanos).
- P.- ¿Qué sostiene a vuestra Logia?.
- R.- Tres grandes pilares que se llaman Sabiduría, Fuerza y Belleza y que están simbólicamente representados por el Venerable Maestro y los Vigilantes.
- P.- ¿Cómo pueden estos pilares alegóricos sostener vuestra Logia, es decir, presidir el trabajo constructivo de los masones?.
- R.- La Sabiduría inventa, la Fuerza ejecuta y la Belleza adorna.
- P.- ¿Por qué os habéis hecho recibir francmasón?.
- R.- Porque estaba en la tinieblas y he deseado la luz.
- P.- Explique esta respuesta.
- R.- La sociedad en medio de la cual vivimos sólo está medio civilizada. Las verdades esenciales están todavía rodeadas de espesas sombras, las vencen la ignorancia y los prejuicios, la fuerza prima sobre el derecho. La mayor parte de las verdades y luces se encuentran mejor en los Templos Masónicos, consagrados al trabajo y al estudio por hombres probados y escogidos.
- P.- ¿Cómo estaba Ud. cuando se procedió a su iniciación?.
- R.- Ni desnudo ni vestido, en un estado decente y desprovisto de todos los metales.
- P.- ¿Por qué en ese estado?.
- R.- Despojado de parte de mis vestidos para recordar que la virtud no necesita adornos.
- El corazón al descubierto en señal de sinceridad y franqueza.
- La rodilla derecha desnuda para marcar los sentimientos de humildad que deben presidir en la búsqueda de la verdad.
- El pie izquierdo descalzo, imitando una costumbre oriental y por respeto al lugar, que es santo, porque se busca la Verdad. (La voz que salía de la zarza ardiendo dijo a Moisés:
- No te acerques más; quita los zapatos de tus pies, porque el sitio en que estás es una tierra santa).
- Desprovisto de todos los metales, como prueba de desinterés y para aprender a privarse sin pensar de todo lo que pueda perturbar nuestro perfeccionamiento.
- P.- ¿Cómo fue introducido a la Logia?.
- R.- Golpeando tres veces.
- P.- ¿Qué significa eso?.

R.- Pedid y os darán (la Luz), buscad y encontraréis (la Verdad), golpead y os abrirán (las puertas del Templo).

P.- ¿Qué os ocurrió después de vuestra introducción al Templo?.

R.- Después de sufrir diversas pruebas y de obtener el acuerdo de mis Hermanos el Maestro de la Logia me recibió masón.

P.- ¿Qué pruebas son éstas y qué significan?.

R.- Consistieron en tres viajes destinados a enseñarme el camino que conduce a la Verdad.

P.- ¿Qué hizo Ud. después de sufrir las pruebas?.

R.- Prometí guardar los secretos de la Orden y actuar en todas circunstancias como buen y leal masón.

P.- En qué consisten los secretos de la Orden?.

R.- En el conocimiento de verdades abstractas, cuya traducción sensible es el simbolismo masónico.

P.- ¿Qué notó al entrar en la Logia?.

R.- Nada que el espíritu humano pueda comprender; un espeso velo me cubría los ojos.

P.- ¿Cómo explica esta respuesta?.

R.- No es suficiente poner al hombre en presencia de la Verdad para que le sea inteligible. La Luz no ilumina el espíritu humano sino cuando nada se opone a su irradiación. Mientras nos ciegan la ilusión y los prejuicios, reina en nosotros la oscuridad y nos hace insensibles al esplendor de la Verdad.

P.- ¿Qué vio al recibir la Luz?.

R.- Al Sol, la Luna y al Maestro de la Logia.

P.- ¿Qué relación simbólica hay entre los astros y el Maestro de la Logia?.

R.- El Sol representa la Razón que ilumina las inteligencias; la Luna, la imaginación que reviste las ideas de una forma apropiada y el Maestro de la Logia simboliza el principio consciente que se ilumina bajo la doble influencia del razonamiento (Sol) y de la imaginación (Luna).

P.- ¿Dónde se coloca el Maestro de la Logia?.

R.- Al Oriente.

P.- ¿Por qué?.

R.- Como El Sol que aparece en el Oriente para abrir la carrera del día, así el Maestro se sitúa en el Oriente para abrir la Logia y poner los obreros en trabajo.

P.- ¿Dónde se colocan los Vigilantes?.

R.- Al Occidente, para ayudar al Maestro de la Logia en sus trabajos, pagar los obreros y despedirlos contentos.

P.- ¿Qué significa el Occidente con relación al Oriente? R.—El Oriente señala la dirección de donde proviene la luz y el Occidente, la región sobre la cual se detiene. El Occidente representa el mundo visible que impresiona los sentidos y, de una manera general, todo lo que es concreto. El Oriente, por el contrario, representa el mundo inteligible que sólo se revela al espíritu: en otros términos, todo lo que es abstracto.

P.- ¿Dónde se colocan los aprendices?.

R.- Al Septentrión, que representa la región menos iluminada, porque todavía no han recibido sino una instrucción masónica elemental y, por consiguiente, no están en estado de soportar una luz muy fuerte.

P.- ¿A qué horas abren y cierran los masones sus trabajos?.

R.- Los trabajos se abren alegóricamente a medio día y se cierran a medianoche.

P.- ¿Qué significan estas horas convencionales?.

R.- Indican que el hombre alcanza la mitad de su carrera, la mitad de su vida, antes de poder ser útil a sus semejantes, pero que, desde este momento, hasta su última hora, debe trabajar sin descanso por la felicidad común. (Según la leyenda, Zoroastro, uno de los fundadores de los misterios de la antigüedad, recibía a sus discípulos a mediodía y los despedía a medianoche, después del banquete fraternal que ponía término a los trabajos).

P.- ¿Qué nos enseña la costumbre de informarse de la hora antes de principiar?.

R.- La acción no es útil sino cuando es adecuada. Las conquistas del progreso no se cumplen sino cuando llega su debido tiempo. Mostrándose muy impaciente se corre el riesgo de hacer abortar lo que está en vía de preparación. Es preciso saber esperar el momento psicológico: actuar muy pronto o muy tarde, acarrea igual fracaso.

P.- ¿Qué edad tiene Ud.?

R.- Tres años.

P.- ¿Qué significa esta respuesta?.

R.- Informarse de la edad masónica de un Hermano es preguntarle su grado. El Aprendiz masón tiene tres años porque debe ser iniciado en los misterios de los tres primeros números.

P.- ¿Cuáles son esos misterios?.

R.- Son las consecuencias lógicas que se deducen de las propiedades intrínsecas de los números. La razón se basa sobre estas nociones abstractas cuando se aplica a resolver el problema de la existencia de las cosas.

P.- ¿Qué ha aprendido por el estudio del número Uno?.

R.- Que todo es uno, puesto que nada podría existir fuera del Todo.

P.- ¿Cómo formula Ud. los principios que le revela el número Dos?.

R.- La inteligencia humana asigna artificialmente limitaciones a lo que es Uno y sin límites. La Unidad se encuentra de esta manera encerrada entre dos extremos, que no son sino simples abstracciones, a las que las palabras sólo prestan una falsa apariencia de realidad.

P.- ¿Qué deduce Ud. de eso?.

R.- Que el Ser, la Realidad o la Verdad, tiene por símbolo el número tres.

P.- ¿Por qué?.

R.- Porque el Ser, o “aquello que es”, nos aparece como un tercer término, término medio, en el que se concilian los extremos opuestos.

P.- ¿En qué trabajan los Aprendices?.

R.- En desbastar la piedra bruta, a fin de despojarla de sus asperezas y de acercarla más a la forma que esté en relación con su destino.

P.- ¿Cuál es esta piedra bruta?.

R.- Es el grosero producto de la naturaleza que el arte debe pulir y transformar.

P.- ¿Cuáles son los útiles del Aprendiz?.

R.- El cincel y el mazo.

P.- ¿Qué significan?

R.- El cincel representa el pensamiento determinado, la resolución tomada y el mazo, la voluntad que los pone en ejecución.

P.- ¿Qué significa la marcha del Aprendiz?

R.- El celo que debemos mostrar yendo hacia el que nos ilumina.

P.- ¿Tiene Ud. alguna ambición?

R.- Una sola, aspiro al honor de ser recibido entre los Compañeros.

¡Trabaje y persevere!.

PRIMEROS ELEMENTOS DE LA FILOSOFÍA INICIÁTICA

Los Misterios.

La ciencia era antiguamente el patrimonio de unos pocos. No se transmitía sino bajo el sello del secreto a hombres escogidos, a los que se exigía raras cualidades morales. Estos elegidos eran puestos en presencia de emblemas y símbolos, porque al lenguaje le faltaban términos para expresar las cosas abstractas. Se estaba, pues, forzado a revestir las concepciones filosóficas con un velo de imágenes que debía ser transparente para los espíritus perspicaces. La ciencia no estaba dirigida sino a las inteligencias selectas. Para adquirir los conocimientos propios de los antiguos sabios no era bastante el ejercitar la memoria y poner en juego cierta facilidad de asimilación. Hubo un tiempo en el cual no se instruía sino logrando resolver enigmas. Las verdades que de este modo se descubrían no tenían nada de común con los conocimientos usuales que hoy se procura esparcir tan ampliamente. La sabiduría de los antiguos se dedicaba a las más altas especulaciones: buscaban las causas y sobre todo la Causa de las causas. La ciencia moderna, por el contrario, estudia los efectos: observa, calcula: pero muy a menudo no se ocupa en pensar. La antigüedad tendía a producir Sabios en tantos que hoy día sólo tenemos doctos. El muy legítimo triunfo del experimentalismo no debe, a lo menos, hacernos perder de vista el orden de estas verdades que están en nosotros y no fuera de nosotros. El pensamiento está sometido a leyes cuyo conocimiento sólo puede hacernos distinguir en todas las cosas la realidad de la apariencia. El hombre que ignora estas leyes es juguete de perpetuas ilusiones, porque no sabe ni controlar ni rectificar los datos que le proporcionan sus sentidos. Por el contrario, el pensador que está iniciado en los Misterios del Ser, concibe las condiciones necesarias de toda existencia y no podrá ser engañado por ningún falso miraje. Cuando se ha sabido conquistar esta iniciación, se deja de agitarse ciegamente en las tinieblas del mundo profano, se ilumina con una luz que disipa la obscuridad que se lleva en sí, se tiene el hilo de Ariadna que permite entrar sin extraviarse en el laberinto de las cosas incomprendidas.

El Esoterismo

La ciencia que se enseña en nuestras universidades no toma en cuenta sino aquello que aprecian nuestros sentidos. No mira sino el lado externo de las cosas y rechaza las nociones de orden permanente, inteligible. Esta ciencia de lo eterno, de lo presente, de lo visible, es la ciencia profana (de pro fanem - ante el Templo). No se trata de despreciarla pero no debe ella hacer que descuidemos lo que en otro tiempo se llamaba la Ciencia sagrada, es decir, la ciencia de lo que está oculto, de lo invisible o interior. Un ejemplo hará comprender claramente los caracteres distintos de esta dos ciencias. Supongamos un volumen impreso y roguemos a un docto examinarlo según los métodos que le son propios.

El mirará el libro como un objeto dotado de propiedades físicas que determinará con maravillosa exactitud. Podrá medir las dimensiones del volumen con una aproximación de diez milésimas de milímetro, el peso estará indicado tomando en cuenta la menor fracción de miligramo, contará las letras del texto, encontrará las reglas de su repartición. La ciencia, además, dará el análisis químico del papel y de la tinta de imprenta. Sus investigaciones irán a este respecto hasta los límites más extremos de la minuciosidad. Pero todas estas referencias no os interesan sino de una manera secundaria y la cosa esencial será el conocer el pensamiento del autor. Cuidaos, sin embargo, de interrogar a este respecto, al hombre de los instrumentos de precisión. Os respondería, no sin cierta suficiencia, que le corresponde permanecer en el terreno de los hechos y que debe cuidarse comprometer la dignidad de la ciencia exponiéndola al acaso de las especulaciones metafísicas. Esta respuesta que no es de las que pueden satisfacer la curiosidad humana, hace llegar a la conclusión de que los conocimientos profanos son insuficientes. Nadie se complace, en verdad, con esta docta ignorancia que se llama agnosticismo. Ellos se obstinan en permanecer detenidos delante de la fachada del Templo y se satisfacen con la vista exterior de las cosas, cuya íntima esencia se les escapará siempre en tanto que no hayan penetrado al interior del santuario.

Los Números

Lo que no es visible se revela al que sabe mirar dentro de sí. Esta mirada, replegada sobre sí misma hace descubrir un vasto dominio de conocimientos independientes de toda observación material. Son nociones que se imponen por su propia evidencia. Ellas se refieren a lo que es necesariamente y constituyen así la ciencia de lo absoluto que no sufre más inexactitudes que las matemáticas. Esta ciencia que es la más importante de todas está encerrada en nuestro espíritu que la descubre como un tesoro ignorado desde que logra percibirse a sí mismo. Es así que el conocimiento de sí mismo es el punto de partida de toda filosofía. Pero es imposible conocerse directamente a sí mismo sin el auxilio de un espejo. Las abstracciones que están en nosotros no se hacen perceptibles hasta que se reflejan en un signo exterior. Estos símbolos intervienen entonces para hacernos manifiestas las verdades que están en nosotros. Ellos nos presentan la imagen fiel de lo que contiene nuestro espíritu. Cuando éste está vacío no tienen por consiguiente ninguna significación. La culpa no es de los símbolos sino de aquel que no sabe ver nada. Nada puede salir de una inteligencia vacía. Los símbolos al menos no hablan por sí mismos. Para hacerlos elocuentes es preciso haber abierto el santuario de las verdades abstractas, gracias a la llave que nos proporciona el estudio de las propiedades intrínsecas de los Números. Todas las escuelas iniciáticas han preconizado este estudio. Los antiguos lo han hecho la base de su ciencia sagrada, también los números juegan un rol preponderante en el simbolismo de todas las religiones, Pitágoras pretendía que los números rigen el mundo. En su correspondencia particular los masones se saludan “por los números que le son conocidos” (P.: L.: N.: Q.: L.: S.: C.:). La Francmasonería además no actúa en todas sus cosas sino que según números determinados y relaciona los conocimientos especiales de cada grado con la filosofía numeral de los antiguos. Para el aprendiz se limita a los números uno, dos, tres y cuatro que debe examinar desde el punto de vista de deducciones lógicas que se desprenden de la noción de la Unidad, el Binario, el Ternario y el Cuaternario.

La Unidad

Para facilitar el estudio de los números, la Francmasonería hace uso de emblemas que atraen la atención sobre sus propiedades esenciales. El nuevo Iniciado, a lo menos, no distingue ningún símbolo que se relacione con el número uno. Debe necesariamente ser así, porque nada de lo que es sensible puede admitirse como representación de la Unidad.

No percibimos para nosotros mismos sino la diversidad y multiplicidad. Nada es simple en la naturaleza todo es complejo.

Pero si en lo que no es exterior no aparece la unidad; parece, por el contrario, que reside en nosotros. Todo ser pensante tiene el sentimiento de que es uno. Esta unidad que está en nosotros se manifiesta a la vez en nuestra manera de pensar, de actuar y de sentir. Nuestras ideas, ligadas a la idea de un todo armónico, hace nacer en nosotros la noción de lo Verdadero. Nuestros actos, relacionados a una ley establecida para todos, se reglan sobre esta unidad moral que corresponde a lo Justo y al Bien. Llevados a coordinar nuestras sensaciones, nace de esta necesidad de unidad estética las artes que realizan lo Bello. Lo Verdadero, lo Justo y lo Bello traducen, pues, en diferentes dominios un mismo principio de Unidad que es el Ideal, el polo único hacia el cual tienden todas las aspiraciones. La Unidad no tiene nada de objetivo. Es una abstracción que se refiere al Centro inaccesible a que nosotros referimos nuestro yo. Este Centro que no está localizado en parte alguna parece estar en cada uno de nosotros. Pero esto no es más que una ilusión. El pensamiento es uno. No hay sino un solo principio pensante común a todos los seres. Es el Centro Omni presente, que está a la vez en nosotros y fuera de nosotros. (Brahma, Osiris, Dios Padre, el Anciano de los días, etc.).

Todo centro supone una circunferencia. La unidad abstracta está, pues, indisolublemente ligada a la multiplicidad concreta. El Padre universal (Osiris) está unido a la Madre universal (Isis o la Naturaleza). Esto quiere decir que los efectos son inseparables de las causas que se resumen en una causa primitiva simple. - ¿Cuál es esta causa?. ¿Cuál es el principio primero del que derivan todas las cosas?. - La Unidad absoluta que engloba toda existencia pasada, presente y futura, ha sido en otro tiempo simbolizada por una serpiente que se muerde la cola, el famoso Ouroboros que acompañaba la leyenda: Uno en el Todo.

Este Un-Todo escapa necesariamente a nuestra comprensión. Es el Misterio por excelencia, el Arcano de los Arcanos. La existencia no se explica, se constata. El Ser, o lo que es, se revela a nuestros sentidos bajo su aspecto de multiplicidad, como se muestra a la razón en su carácter de unidad. A la vez uno y múltiple, ha sido representado en la Biblia por la palabra AElohim, plural que rige un verbo en singular (Beraeschidth bará AElohim. En el principio A El - los - Dioses crea...).

Para los Alquimistas todo proviene de la Materia primera de los Sabios, substancia no diferenciada que no podría impresionar nuestros sentidos. Esta entidad misteriosa no es nada para el vulgo, pero lo es todo para los filósofos. Los ignorantes no la ven en ninguna parte, mientras que para los sabios está en todas partes. La substancia una es por lo demás, para nosotros como si no existiera. Nosotros no percibimos las cosas sino en razón de los contrastes que necesariamente faltan en lo que es uno y uniforme. No pudiendo ser distinguida o separada de otra cosa, la Unidad absoluta se concibe, pues, como el Vacío o la

Nada. Es el Abismo, la Noche o el Caos de las diferentes cosmogonías. Hieroglíficamente es un disco negro, o un círculo vacío O, el cero de nuestra numeración que representa el Todo-Nada o Ser-no-Ser de los cabalistas.

El Binario

Nosotros no podemos comprender, es decir, tomar mentalmente sino lo que da asidero a nuestras facultades intelectuales, pero éstas no pueden alcanzar el Ser en su unidad radical. El infinito escapa a nuestra razón que tiende a inclinarse ante las verdades trascendentales reconociendo su importancia (El candidato se inclina hasta el suelo al franquear el umbral del Templo). No percibimos un objeto sino cuando se diferencia de su medio ambiente. La diferenciación es, pues, indispensable al conocimiento y esto es lo que hace de el Dos el número de la ciencia. En el simbolismo antiguo estaba ésta representada por una mujer sentada entre dos columnas, imagen del Binario en sus diferentes aspectos.

Esta mujer es negra, para indicar el carácter misterioso y secreto de la ciencia antigua. Sus manos hacen el signo de esoterismo (lo que es interior, inaccesible a los sentidos y de orden puramente inteligible). La mano derecha está dirigida hacia el cielo, la izquierda hacia la tierra. Eso significa: “Lo que está arriba es como lo que está abajo”. Es el principio de la analogía universal, base de la interpretación de todos los simbolismos. De las dos columnas, una es roja (B) y la otra es blanca (J). Ellas corresponden a las antítesis siguientes:

Sujeto - Objeto	Actuar - Imaginación
Agente - Paciente	Razón - Sentir
Activo - Pasivo	Inventar - Comprender
Positivo - Negativo	Mandar - Obedecer
Macho - Hembra	Movimiento - Reposo
Padre - Madre	Espíritu - Materia
Dar - Recibir	Osiris - Isis
Crear - Producir	Sol - Luna
Desarrollar - Conservador	Abstracto - Concreto

Las columnas simbólicas recuerdan los obeliscos cubiertos de hieroglíficos que se elevaban delante de los templos egipcios. Se les vuelve a encontrar en las dos torres del portal de las catedrales góticas.

Son las columnas de Hércules que marcan los límites que limitan el espíritu humano. Este dominio de lo que nos es conocido tiene por imagen el velo de Isis, tendido de una columna a otra. Este velo nos impide ver la verdadera Realidad, que se encierra en los misterios de la Unidad.

Nosotros atribuiremos una objetividad engañadora a las cualidades contrarias que atribuimos a las cosas. Así somos el juguete de Maya, la diosa de la Ilusión, que nos tiene fascinados con el hechizo de sus encantos.

Para sustraerse al imperio de la eterna maga, el pensador no debe dar sino un valor meramente relativo a las entidades antagónicas que imaginamos, tanto por un atraso del

lenguaje como del pensamiento. Lo Verdadero y lo Falso, el Bien y el Mal, lo Bello y lo Feo, etc., se refieren a extremos que sólo existen en nuestro espíritu. Son los límites ficticios del mundo que conocemos, pequeño jirón, porque nos seduce por los reflejos cambiantes de las sedas de que está tejido. Este velo, suspendido entre las columnas del Templo, oculta la entrada y debe ser levantado por el pensador que quiere entrar. El candidato a la iniciación lo deja tras de sí cuando ha pasado las pruebas y le ha sido acordada la luz. El Iniciado está entonces entre las dos columnas de pie sobre el mosaico que es uno: reunión de piedras blancas y negras. Estos colores contrarios nos enseñan cómo, en el dominio de las sensaciones, todo se compensa con rigurosa exactitud. Nuestras percepciones se pliegan a la ley de los contrastes. No disfrutamos del reposo sino porque él repara una fatiga; apreciamos el placer comparándolo con el dolor que nos es conocido; el goce es proporcionado a la pena o a la ansiedad que lo ha precedido; el error manifiesta la verdad; el bien nos atrae en la exacta medida en que nos repugna el mal; lo bello nos place en proporción del horror que nos inspira lo feo; la luz no se concibe sino en oposición a las tinieblas y la dicha no se gusta sino cuando nos salva del infortunio.



Isis.— Diosa del misterio.

Está sentada sobre la piedra cúbica y enseña a adivinar lo que está oculto.

La existencia no adquiere valor sino por la lucha contra las dificultades que hay que vencer. El goce no reside sino en el triunfo.

La vida resulta de un perpetuo conflicto; la oposición engendra todas las cosas, como la rebelión contra el individuo, porque es preciso sublevarse para ser. Tal es el

sentido del mito de la caída de Adán. Un poco de iniciativa individual no se constituye sino bajo la inspiración del egoísmo radical (Serpiente del Génesis) que incita al automatismo fisiológico a hacerse corriente y a querer ser semejante a “El los Dioses” CAE lohin) conociendo el bien y el mal”.

El Ternario

Dos es el número del discernimiento que procede por análisis, estableciendo incesantes distinciones, sobre las que nada podrían basarse. El espíritu que rehusa detenerse en este camino se condena a la esterilidad de la duda sistemática, a la oposición impotente, a la disputa perpetua. Este Binario es el de Mefistófeles, el contradictor que siempre niega.

El Iniciado sabe conjurar el demonio después de haberlo evocado, porque la Unidad radical no se desdobra a sus ojos sino para reconstituirse trinitariamente. Dos revela Tres y el Ternario no es sino un aspecto más inteligente de la Unidad. La Tri-Unidad de todas las cosas es el misterio fundamental de la Iniciación intelectual.

El masón que adorna su firma con tres puntos en triángulo da a entender que sabe llevar por el Ternario, el Binario o la Unidad. Si realmente se ha elevado a la altura del punto que domina a los otros dos, no se perderá jamás en yana discusiones, porque percibirá sin dificultad la solución que se desprende de un debate contradictorio. Juzgando con altura de miras, sin el menor prejuicio y con toda libertad de espíritu, hará surgir la luz del choque de la afirmación y de la negación.

Síntesis – Solución.

●
Tesis – Afirmación ● ● Antítesis – Negación.

El vulgo discute comúnmente con una parcialidad llena de candor. Lejos de pesar en cada cosa el pro y el contra, no quiere conocer sino el pro de lo que él es partidario, así como no se aficiona sino al contra de lo que él combate. Las víctimas del espíritu de partido no pueden ver claro porque permanecen aprisionadas por un único punto de vista. El pensador no teme cambiar de sitio para adquirir la óptica de su adversario, porque no lograría de otra manera colocarse por sobre el debate. Es en razón de la excepcional importancia del Ternario por lo que la Francmasonería recuerda la ley en sus símbolos principales. Uno de los más sobresalientes a este respecto es el Delta luminoso.

Se distinguen tres partes en el conjunto del emblema:

1. Un triángulo, que lleva en su centro el ojo de la inteligencia o del principio consciente;
2. Rayos, que expresan la actividad, la expansión constante del ser, en virtud de la cual el punto matemático, sin dimensiones, que está en todas partes, llena la inmensidad sin límites;
3. Un Círculo de nubes, que figuran la vuelta sobre ellas mismas, de las emanaciones expansivas, más exactamente, su condensación bajo la presión de su choque, puesto que se trata de vibraciones que provienen de una infinidad de focos. El todo es un esquema

del Ser en la multiplicidad infinita de sus manifestaciones, porque todo es a la vez triple y único. Para convencerse, es suficiente considerar un acto cualquiera, que no se comete sino como acción ejercida sobre algo para obtener un resultado. En todo lo que se hace, en todo lo que existe, intervienen, pues, tres términos: 1°. Un agente que actúa, 2°. Un paciente que sufre la acción y 3°. Un efecto producido. El misterio de la Trinidad se aplica así universalmente aunque bajo diversas formas, se le encuentra en los sistemas de numerosas escuelas, como lo indican las relaciones siguientes:

Cuadro Analógico del Ternario

En este cuadro, el primer término es activo, el segundo pasivo, en relación al primero, pero activo en relación al tercero que es plenamente pasivo.

Nombres	I	II	III
Delta luminoso	Triángulo	Rayos	Nubes
Brahmanismo	Brahma	Vishnú	Shiva
Cristianismo	Padre	Hijo	Espíritu Santo
Platonicismo	Principio	Verbo	Substancia
Misticismo	Espíritu	Alma	Cuerpo
Hermetismo	Archée	Azoth	Hyle
Alquimia	Azufre	Mercurio	Sal
Ideogramas	+	+	
F.: M.:	Sabiduría	Fuerza	Belleza

Otros términos ponen en relación dos términos contra dos (Pasivo-Negativo) cuya combinación engendra el tercero (Neutro o Equilibrado).

1	2	3
Activo	Pasivo	Neutro
Padre	Madre	Hijo
Osiris	Isis	Horus
Sol	Luna	Triángulo
Razón	Imaginación	Inteligencia
Expansión	Comprensión	Equilibrio
Atracción	Repulsión	Estabilidad
Fuerza	Materia	Trabajo
Acción	Resistencia	Movimiento
Nivel	Perpendicular	Escuadra
B.:	J.:	M.:
	—	┌

Delta Luminoso

Los alquimistas veían en este emblema sus tres principios reunidos: Azufre, Mercurio y Sal, que se distinguen necesariamente en todo ser y en toda casa.



Las joyas distintivas de los tres primeros Oficiales son una clara manifestación de la ley del Ternario. El Nivel del 1° Vigilante quiere en efecto que nadie domine a otro; la Perpendicular del 2° Vigilante, al contrario, solicita que cada uno se eleve tan alto como sea posible, al mismo tiempo que descienda hasta los abismos más profundos del pensamiento. Hay, pues, conflicto entre la horizontal igualitaria y la vertical jerárquica, pero todo se cambia en la Escuadra que decora al Maestro de la Logia. Este acuerda a todos los obreros una misma estima en razón del igual celo que todos aportan al trabajo lo que no le impide apreciar a cada uno según sus particulares capacidades, tanto que él pide a uno lo que no sabría exigir de otro. La equidad, de la que la Escuadra es el emblema, preside así las relaciones de los Masones, quienes por lo demás se tallan simbólicamente en bloques cuadrados con cuidado, porque sólo matinales rectangulares pueden ajustarse entre sí sin solución de continuidad, condición indispensable para la cohesión del edificio. Pero la solidez de éste depende de la estricta horizontalidad de los cimientos, que controla el Nivel. En cuanto a la construcción en altura, se estabiliza con ayuda de la Perpendicular que asegura que ningún muro se incline a uno y otro lado. Todo depende de la correcta talla de las piedras. Es preciso que sean normales, es decir en concordancia con la Escuadra (Norma, en latín) de otra manera no interviene arte alguno y todo se reduce a un grosero hacinamiento de bloques informes. La Escuadra es, pues, en Masonería, el instrumento primordial, porque ella dirige el desbastamiento de la piedra bruta, o dicho de otra manera, la formación del individuo en vista del exacto cumplimiento de su función humanitaria y social.

Las Trilogías

Los antiguos masones hacían descansar su obra sobre tres grandes pilares llamados Sabiduría, Fuerza y Belleza, en honor de antiguos dioses a los que los fabricantes de imágenes de la Edad Media han consagrado tres de las 22 composiciones alegóricas del tarot.

La Sabiduría se nos muestra con los rasgos de una celeste Emperatriz, alada como la Virgen zodiacal o Venus Urania. Es la Sophia de los Gnósticos, la madre original de las ideas generatrices de las formas. Es ella la inteligencia que concibe el proyecto del edificio y decreta el plano. La fuerza ejecuta las concepciones dominando las energías rebeldes. No es un atleta, sino una mujer graciosa y frágil que domina sonriente a un león, emblema de las pasiones que es preciso someter y disciplinar en bien de la gran Obra que debe proseguirse.

Tal cual la Verdad, la Belleza se muestra desnuda. Ella riega la tierra árida que al momento se adorna de verdura y de flores. Es la Idealidad, el hada que embellece y hace amar la vida a despecho de sus miserias y de sus crueldades.

El triángulo masónico es a veces comentado por las palabras:

Pensar Bien

Hablar Bien

Hacer Bien.

Pero a los ojos de la Masonería latina él evoca la divisa:

Libertad, Igualdad, Fraternidad.

En política esta fórmula ha podido reservar decepciones; no es lo mismo en iniciación.

La verdadera Libertad pertenece al hombre libre de la tiranía de los vicios y de las pasiones, tanto como la servidumbre de errores y prejuicios. Ella es solamente don del Iniciado que permanece libre aunque estuviere cargado de cadenas por los enemigos del bien. La Libertad real es inalienable: el hombre la lleva en sí mismo y ningún déspota puede atentar contra ella.

La Igualdad sólo es efectiva a los ojos del filósofo que considera al mundo como un teatro en el que cada uno juega un rol convenido. Bien ridículo sería el actor disfrazado de príncipe si despreciara a su camarada llamado a desempeñar el papel de mendigo. ¿No son igualmente comediantes?. Y si el uno es superior al otro, no es acaso el que haya interpretado mejor las instrucciones del dramaturgo?.

La Fraternidad fluye de los anglo-sajones, de la persuasión de que todos somos hijos de un mismo Dios. Haciendo abstracción de toda teología, los Latinos fundan en el sentimiento de solidaridad humana la convicción de que hay entre los hombres lazos más potentes que los de la simple consanguinidad. El género humano es mucho más unido que lo que podría serlo una gran familia, porque constituye un cuerpo único del cual somos las células animadas de una misma vida general.

Engañar a otro es hacerse mal a sí mismo, por el daño causado a la colectividad. Dedicarse al bien de todos se traduce, al contrario, por un desarrollo benéfico del valor individual, y el bien realizado repercute sobre su autor.

El Cuaternario

La cuádruple purificación sufrida por el iniciado debe enseñarle a vencer las atracciones elementales. Estas se ejercen oponiéndose dos a dos. Se hace corresponder la primera a la Tierra, que simboliza la pesadez, la oportunidad, el positivismo material, la inercia, etc. Esta tendencia a lo bajo es combatida por la tendencia a lo alto, figurada por el Aire, elemento liviano sutil, transparente, pero inconsistente y difícil de tomar.

El Agua llena lo que está vacío; así la idea de una materia universal que se pliega a todas las formas. Ella busca, además el reposo, la horizontalidad; calma, apaga, de ahí la tendencia a la languidez ya la pereza que se le atribuye.

A su pasividad, a su indiferencia, a su frialdad, se opone el Fuego, cuya actividad estimula todas las energías. Moderado, vivifica, pero muy violento, seca y mata.

El Iniciado debe mantenerse al centro de la cruz cuyas extremidades corresponden a los términos del cuaternario.

Los pitagóricos explicaban por la Tétrada los misterios de la creación y la Biblia representa al Ser de los seres por un hierograma de cuatro letras: palabra sagrada que no debía ser pronunciada.

Estas explicaciones deben ser aquí suficientes porque el estudio más profundo del Cuaternario entra en el programa del grado de Compañero.

El Templo

La decoración y el arreglo interior de un lugar de reunión ejercen una marcada influencia sobre el espíritu de los que se reúnen. Un templo masónico debe, pues, ser diferente de una simple sala de conferencias.

No hay, sin embargo, ninguna necesidad de que sea un local lujoso. Es suficiente que se recuerden constantemente a los masones ciertos datos simbólicos, a fin de que éstos se impongan a su meditación.

Es así cómo, a imitación del Universo sensible, tal cual se lo figuraban los antiguos, el Taller será más largo que ancho y convencionalmente orientado, según los puntos cardinales.



La puerta se abrirá al Occidente entre dos columnas huecas con capiteles armados de lys egipcios y coronados de granadas entreabiertas; estas granadas recuerdan la familia masónica, de la que todos los miembros están armoniosamente ligados por el espíritu de orden y de fraternidad. La Columna del Sur es blanca, ella marca el sitio del primer Vigilante, cuya insignia es el Nivel.

La Columna del Norte es roja, cerca de ella se sitúa el segundo Vigilante, que decora la Perpendicular. Estas dos columnas se levantan sobre el pavimento mosaico, de cuadros alternados blancos y negros.

El Oriente está ocupado por un estrado alto de tres gradas, sobre el cual se sitúa el Maestro de la Logia, llamado Venerable Maestro o simplemente Venerable, asistido por el Orador (Sur) y el Secretario (Norte). El sitial presidencial (trono) tiene en lo alto un dosel cuyos pliegues encuadran el Delta luminoso, que se encuentra de este modo suspendido entre el Sol (Sur) y la Luna (Norte) de manera que forma con estos astros un triángulo invertido.

El techo está sembrado de estrellas. Es aquél como la bóveda celeste que envuelve por todas partes a la tierra, figurada por el parquet del local.

Un lambrequín dentado forma friso y sostiene una cuerda terminada por borlas que se reúnen junto a las columnas B.º y J.º. Este ornamento ha sido impropriamente designado con el nombre de borla dentada. La cuerda se anuda con enlazadas, llamadas lazos de amor y representa la cadena de Unión que liga a todos los masones. Los nudos pueden ser doce, para corresponder así a los signos del Zodíaco.

La iniciación se confería primitivamente en grutas naturales, después en criptas talladas en el flanco de las montañas. En recuerdo de estos santuarios, la Logia no tiene ventanas. Igualmente se ha querido con esto recordar que el Universo sólo es visible desde

el interior, porque no hay que suponer el aspecto exterior al Todo que lleva la inmensidad sin límites. Se impone, pues, en Logia un alumbrado artificial: esto se provee con un mínimo de 5 luces situadas cerca de los 5 primeros oficiales.

El Tesorero se sitúa cerca del Orador (Sur) y el Hospitalaño junto al Secretario (Norte).

Los asistentes se colocan al Norte y al Sur, dándose frente. Los Aprendices están al Norte y piden la palabra al segundo Vigilante. Ellos no sabrían explicarse, desde luego, todos los símbolos que atraen su atención en la Logia, pero los Maestros tienen la misión de instruirlos y ayudarlos a descifrar el enigma de las cosas.

El Aprendiz se considera como una Piedra bruta, todavía no tallada convenientemente. El es, a la vez, el sujeto y el objeto de su trabajo, puesto que está llamado a transformarse en un block rectangular capaz de ocupar exactamente su sitio en el edificio que debe construirse. Con este fin sus útiles son el cincel y el martillo. Cuando haya demostrado que sabe usarlos en pro de su perfeccionamiento intelectual y moral, será propuesto para el grado de Compañero.

El Cuadrado Largo

Encierra los símbolos esenciales del grado del Aprendiz. Se trazaba sobre el piso de la Logia en los antiguos tiempos en el momento de la apertura de los trabajos y se borraba cuidadosamente cuando dichos trabajos se cerraban. Era el equivalente al círculo mágico a propósito para las evocaciones. Los conjurados se figuraban que el Espfritu masónico había descendido en medio de todos ellos, aunque se encontrasen en el más humilde de los locales, y así lo transformaban por la magia del ritual y la fe de los asistentes en un santuario más venerado que el templo más fastuoso.

